



LO MEJOR DE  
**RUIDO BLANCO**  
VOLUMEN 2

Luis Carlos **BARRAGÁN** • Leandro **CARABALLO**  
Tarik **CARSON** • Arwen **CRUZ**  
Marcelo **DAMONTE** • Carlos María **FEDERICI**  
Magela **GARCÍA CABRERA** • Juan **GARCÍA PEYRALLO**  
Maielis **GONZÁLEZ** • Alejandro **KAPENIAK**  
Alvaro **PANDIANI** • Ana **SOLARI**

  
**MIG21**  
EDITORA

  
EDICIONES

# Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2

selección de  
VÍCTOR RAGGIO

  
**MIG21**  
EDITORA

Primera edición: octubre de 2023

*Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2*

Copyright © Luis Carlos Barragán, Leandro Caraballo, Tarik Carson, Arwen Cruz, Marcelo Damonte, Carlos María Federici, Magela García Cabrera, Juan García Peyrallo, Maielis González, Alejandro Kapeniak, Álvaro Pandiani y Ana Solari.

ISBN: 978-9915-41-960-2

De los cuentos por *Ruido Blanco*  
@ MMEditiones

De la presente selección:

© Mig21 Editora

Washington Beltrán 1758 ap 2,  
Montevideo, República Oriental del Uruguay  
mig21editora@gmail.com

Ilustración de portada: Unlimited Dream Co.

Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz

Selección: Víctor Raggio





# **CEFALOMORFOS**

LUIS CARLOS BARRAGÁN

**Luis Carlos Barragán** (Bogotá, 1988). Escritor e ilustrador, estudió Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia e Historia del Arte Islámico en la Universidad Americana del Cairo. Es autor de la colección de cuentos *Parásitos Perfectos* (2021) y de las novelas *Vagabunda Bogotá* (2011, X premio de la Cámara de Comercio de Medellín, nominada al Rómulo Gallegos), *El gusano* (2018) y *Tierra Contrafuturo* (2021). Sus cuentos han sido publicados en las revistas *Próxima*, *Supersonic* y *Cosmocápsula*, entre otras, y en las antologías *Verbum*, *America Fantástica*, *Paisajes perturbadores*, *Fabricantes de sueños*, *Relojes que no marcan la misma hora*, *Lo sintético: Narraciones sobre robots, seres poshumanos e inteligencias artificiales*, *Ruido Blanco 7*, *Cuentos y relatos de la literatura colombiana Tomo III*, *El Tercer Mundo después del sol* y *Antología iberoamericana de ciencia ficción*. «Cefalomorfos» fue publicado en *Ruido Blanco 7*.

Comenzaron a nacer por las esquinas del baño, y no salían fácilmente con productos de higiene general. En los vértices de las baldosas mohosas, después de años de haberme bañado ahí, jamás había visto una especie tan particular, y con un crecimiento tan rápido. Comencé a bañarme con sandalias, para que no se me pegara nada, y compré un arsenal de desinfectantes que utilicé los sábados. Era un hongo difícil, incluso necesité una pala pequeña para retirarlos completamente, y lanzar los restos amarillos a la basura. De lejos parecían bolitas, como las cabezas de los hongos silvestres, o pequeños champiñones lisos, pero si uno se acercaba podía ver que no eran hongos comunes, daban la impresión de ser algo un poco más inquietante, algo que me daba miedo mirar, pero no sabía por qué. Hubo un fin de semana en que no pude lavar la ducha, tuve muchísimo trabajo, apenas pude prepararme el desayuno, y no me podía despegar del computador, así que pasaron dos semanas sin sacar los hongos, y el sábado del dieciseisavo día finalmente me puse la pantaloneta, saqué la pala y los productos de limpieza y me agaché para



examinar los pólipos esféricos, amarillentos, creciendo en una colmena, como racimos de uvas enfermas de las esquinas inferiores de la ducha, antes de destruirlos con mis herramientas.

En cucullas, poniendo la luz del celular, pude ver que aquellas bubas no eran otra cosa que pequeñas cabecitas humanas de un material relativamente esponjoso, creciendo con los ojos cerrados, con cachetes, naricitas y ojitos del tamaño de cacahuates. Caritas gordas con pecas se habían hinchado todo este tiempo, sin moverse, extendiéndose de un minúsculo tallo blanco. Hice una cara de asco, conteniendo las arcadas, y sentí algo en el ano, como siempre que me encuentro con algo que me impresiona. Fui corriendo a la cocina por un cuchillo y volví a la ducha, y sin aguantar mis muecas de horror, toqueteé las cabezas con cuidado, moviéndolas a un lado y a otro, como si me pudieran hacer daño, notando su textura cauchosa pero endeble, terriblemente delicada. Una pisada y las habría convertido a todas en papilla. Intenté tomarles fotos con mi celular, pero todas quedaron borrosas o demasiado oscuras, y me moría de ganas por contarle a alguien, pero no conocía a nadie en esa ciudad, excepto a mis compañeros de trabajo, y ellos no eran mis amigos.

Di vueltas por el apartamento pensando en qué hacer. Daban asco las malditas cabezas fungiformes, pero al mismo tiempo parecían vivas, como si cada una de ellas fuera una persona real, bebecitos regordetes de materia micótica, algunos mezclados, como siameses de cara, con los labios medio abiertos, como si estuvieran tomando una siesta plácida. Parecía que tenían alma, que respiraban tiernamente. Tuve la idea de decapitar una y sacarla para

examinarla a la luz, (mi baño no tenía ventanas), pero de inmediato tuve la sensación de que lo que estaba haciendo podía llamarse asesinato, y que podía ir a la cárcel. ¿Qué tan fácil es matar algo, solo porque es pequeño y bulboso? No, solo son unos hongos que crecen en las baldosas de mi baño, recapacité. Empuñé el cuchillo con fuerza y decapité una de las cabecitas calvas, con la suavidad con que se corta un cubo de mantequilla o con que se saca una cucharada de aguacate. Era la cabeza diminuta de un bebé dorado que puse en un plato pequeño y llevé junto a la ventana de mi apartamento. Así debe sentirse decapitar a un bebé, pensé, y luego tuve la pulsión, como de sacar una espinilla, que requiere rapidez y precisión para que no duela tanto, de espichar con ambos dedos los cachetes angelicales del bebecito y ver qué salía de su boca. Opté por usar un cuchillo muy afilado y cortarlo a la mitad, como a una uva que uno quiere repartir entre dos pobres. Pasé el filo del cuchillo por la frente, de forma vertical, dividiendo la nariz, los labios y el mentón, y el interior estaba lleno de una especie de jugo negro repleto de semillas babosas, aún verdes, que se regaron en el plato. Me dio tanto asco que me tuve que apartar, y dar vueltas por la sala conteniendo el vómito.

Lo dejé secando al sol. Al menos había comprobado que adentro no tenían esqueleto, solo esa pulpa negruzca, carnosa, y las pequeñas semillitas, y un olor a moho. Sentía que acababa de matar a alguien, que tenía que tirar todo, y entregarme a la policía, pero no. ¡No! Solo son unos hongos que crecen de las baldosas mal selladas de mi ducha.

No limpié nada ese fin de semana, y el lunes me metí a la ducha a bañarme, sin apartar la mirada de los cientos de pequeñas pápulas, hinchándose, al recibir el agua caliente, y apenas si pude restregarme, con miedo de acercarme de nuevo, y ver sus repugnantes caritas de angelitos deformes con sus cachetes flácidos. El miércoles de esa semana noté que el inodoro también tenía un brote, manchando la cerámica por los lados, como un untado de caviar amarillo, y me dio asco orinar ahí. De todas formas lo hice, apuntando mi chorro de orina directamente a sus pequeñas caritas, notando que sus labios se movían, y que podía adivinar sus dientes y lengüitas. Las bolitas de la ducha comenzaban a crecer verticalmente de tallos cada vez más gruesos, y al siguiente sábado de limpieza volví a acurrucarme y a poner la luz del celular. Pensé en lo terriblemente triste que era no poder contarle a nadie de mi hallazgo, y en lo extraño que era que no existiese ese tipo de hongo en las clasificaciones que me mostraba Wikipedia. Podía ser una nueva especie, aparecida hasta hacía poco tras el malfuncionamiento de las plantas nucleares japonesas. Pero ahí estaban, creciendo febrilmente, casi burbujeando de un caldo terriblemente fértil. La cabecita pequeña que había sacado la semana anterior se había secado por completo, convirtiéndose en una cáscara vacía, con los rasgos indeterminados y de piel negra, y las semillas, o esporas, eran apenas un polvito gris.

Los dejé crecer más, sin dejar de mirarlos por una semana, y luego otra semana sin lavar el baño y de repente tuve la sensación de que los hongos podían leer mi mente, paseándose por mis recuerdos como Pedro por su casa mientras dormía. No podía dejar de pensar en el hongo, apenas cerraba los ojos su forma parecía crecer

y multiplicarse, y las caras sonreían sardónicamente en el centro de mi mente. Cada vez que estaba solo, al salir del trabajo, mientras estaba sentado en el inodoro, los hogos reaparecían tras mis párpados, como una impresión retiniana llena de pupas frenéticas. La sensación de su presencia en mis sueños quedó confirmada cuando noté que unos de los rostros monstruosos creciendo en la ducha eran de personas que conocía, que los rasgos antes planos de bebés se estaban convirtiendo en rostros adultos, o de niños que había conocido cuando yo era niño. Me quedé casi media hora sin poder creer que el racimo tenía a mis amigos del colegio, que las caras habían adoptado los rasgos y que una de ellas era Gina Tatiana, y otra era Santiago Villamarín, solo que sin cabello, como copias cancerígenas de mis amiguitos de primero de primaria. Algunas habían colapsado por sí mismas, con la misma velocidad con que una de las cabecitas adoptó los rasgos de mi padre, comenzó a desgajarse, derritiéndose, partiéndose en pedazos, y dejando caer la carne negra y babosa de su interior por una herida paranasal, o por un ojo podrido. Una de las cabecitas se estaba convirtiendo en mi abuela, y otra en mi tía Estela, pero con una mueca de sufrimiento incurable.

Busqué como un loco alguna explicación científica, tenía que haberla. Tenía que saber de dónde venía, qué le permitía saber qué personas conocía yo, cómo había copiado sus rasgos con tanta perfección: las mismas narices, arrugas, ojos y sonrisas incómodas, con los ojos cerrados, ligeramente deformados, inflados de esporas, como sacos de una materia casi espumosa, casi vegetal, tremendamente suaves al tacto. La mente del hongo seguía en mi mente, como si esa fuese parte de su ciclo reproductivo. La

mente del hongo se había asentado en las profundidades cavernosas de mi cerebro, como un visitante sin voluntad, copiando caras sin saber qué eran, pegando fragmentos a otros fragmentos, pero sin consciencia de hacerlo.

Y en vez de querer matarlos, quise dejarlos crecer. No tenía con quien hablar después del trabajo, llegaba a casa cansado sin tener a quién contarle mis historias, y por fin tuve el alivio de ver rostros conocidos en un país distante, sostenidas de troncos tan gruesos como penes erectos repletos de venas azules, hinchados, granulosos y cambiando de piel. Mi hermana, que había muerto hacía doce años, apareció entre todos, con una ligera sonrisa, inmortalizada en la pupa pecosa, parecía renacer, florecer, y yo me cubrí la boca el día que la vi. Casi me ataco a llorar, fue inevitable intentar tocar su piel de hongo y susurrar su nombre. ¿Sandra? No movió la boca, no movió los ojos. Las pupas fungiformes no tenían cerebro, eran solo sacos velludos de esporas, pecosos, esponjosos como champiñones, carentes de cerebro y de músculos, con filas intrincadas de telitas grises bajo el mentón, como muchos otros hongos, y la cara de mi hermana seguía allí, dándome la sensación de que Sandra seguía viva de alguna forma. Luego lloré. La mantuve entre mis manos, y recordé cómo había muerto. Y por ella era que había huido de todo, y que siempre terminaba en lugares aislados, en países en los que no entendía el idioma, incapaz de tener amigos.

Las cabezas más maduras llegaron a crecer hasta ser más grandes que cabezas humanas, algunas, diría yo, eran más grandes que balones de pilates, doblándose del tallo y saliendo por la puerta de vidrio, con los cachetes contra

el suelo del baño arrastrándose por el suelo, unas cabezas sobre otras, incluyendo las que salían del inodoro. La de mi hermana se había vuelto morada, la de mi mejor amiga, Juanita, tenían un tallo retorcido, y había cambiado de color a marrón oscuro. Otras habían perdido dientes en el proceso de maduración y la mayoría estaban gordas, aún calvas, pero con los ojos abiertos, con pupilas grandes y sonrisas amplias. Yo las cuidaba, les echaba agua, las limpiaba, tenía miedo de perderlos a todos y me sentía como un jardinero podándolos, retirando la piel muerta que descamaban cada semana, mientras crecían y mientras les contaba lo que me había pasado en el trabajo. Podía soltarme, no me iban a juzgar. «No sé por qué me da tanto miedo admitir que me siento solo». Mi hermana me miraba desde el suelo, con un ojo entreabierto. «Creo que en mi ciudad me enseñaron que estar solo era de valientes, por eso no quería... no me salen las palabras para describir esta soledad». Mi hermana seguía en la misma posición, hinchada como un globo. «Quería decirte que te extrañé. Te extrañé muchísimo. No había cómo decírtelo antes, pero ahora que estás acá todo tiene sentido. La última vez que te vi viva te traté mal, quería pedirte perdón».

El hongo con la cabeza de mi hermana apareció claro y brillante en varios de mis sueños, y supuse que era la presencia telepática del cerebro de colmena. No volví a salir de la casa, ni volví a bañarme ni afeitarme. Perdí mi trabajo, me imagino, tampoco volví a cargar el celular, y abracé las caras amoratadas de mis seres queridos por horas. Había descubierto que eran parientes de los «pedos de lobo» o puffballs gigantes, y que eran una epidemia en varios lugares del mundo desde el año pasado. Que la gente no los mataba, que en Costa Rica una mujer dijo

que sus hongos cefalomorfos tenían la cara de Jesús, y en otras latitudes la de padres muertos e ídolos de fútbol. Que todos comenzaban a enloquecer en sus casas, cada vez más obsesionados con el racimo de cabezas hinchadas. Los hongos me estaban desequilibrando, comenzaba a perder la cuenta de los días, ya no me cepillaba los dientes ni podía dormir, solo podía verlos, como si el hongo estuviera siempre vigilándome, tras la esquina del baño, con los ojos muy abiertos.

La siguiente fase en el desarrollo de los hongos tenía que ver con la diseminación de las esporas, y comenzó antier, cuando las caras comenzaron a emitir un olor delicioso, y me enviaron una señal telepática:

– Cómenos. Come. Ábreme y cómeme.

Pasé un día entero abrazando el volumen entero de la cabeza de mi hermana. Me podía acostar sobre todas las caras y pasar la noche sobre ellos, pero finalmente la idea se incubó en mi cabeza. Comer a mis seres queridos me haría tenerlos por siempre en mí. Era relativamente consciente de que uno no piensa eso generalmente. Uno no quiere devorar a sus seres queridos para que nunca lo abandonen, eso no es normal, pero he abierto las caras regordetas con un cuchillo de cocina, en silencio, hundiéndolos hasta el núcleo, trazando una línea con el cuchillo desde la frente hasta la mandíbula, y abriéndola en dos, dejando caer la masa negra como una sopa infecta de semillas maduras. Tomé una de las mitades de la cabeza de mi hermana y hundí mi cabeza entera en ella, me llené la boca de gelatina negra, y me la estoy comiendo como un postre. A medida que mastico y trago, mi mente se ha comenzado a aclarar. Ya adentro, las semillas están aseguradas, y llegaran por mi excremento a... al mar. Esta es mi teoría, que no es otra que

la de la selección natural, pero con sorpresas: el hongo que no se adapta muere con productos de aseo, como cualquier peste, y esta pequeña belleza había aprendido a leer las mentes para conquistar el corazón de sus predadores naturales: los humanos. Y ahora los humanos las querían de mascotas, para tener viva la nostalgia de la que eran parásitos por siempre. Pero lo que era realmente brillante de la evolución de los hongos, era que habían convertido a su predador natural en su simbiote, y yo me sentía completo, y feliz, como si hubiese hecho por fin las paces con mi hermana antes de su muerte, y me sentía fuerte, como para volver a mi país y volver a comenzar. ☼





**E6664**

LEANDRO CARABALLO

**Leandro Caraballo** (Sauce, Uruguay, 1990). Sus cuentos han sido publicados en diversas revistas y libros, entre ellos *Contaminación Futura 3*, *Contaminación Futura 7* y *Ruido Blanco 10*. En 2022 obtuvo el segundo premio en el concurso internacional de cuentos Carbono Alterado, con el cuento que incluimos aquí.

El chasquido lo arrancó del efecto narcótico de la droga. Miró alrededor, sin entender realmente las cosas y los sonidos que lo envolvían. Sintió frío y el fuerte siseo del aire rasgado lo asustó. Sin embargo, recuerdos fragmentarios comenzaron a plasmarse en su cabeza, recordándole dónde estaba y por qué. El aparato debía de haber atravesado la espesa atmósfera del planeta pocos minutos atrás.

Parpadeó repetidas veces. Cuando sus ojos lograron tolerar la penumbra vio a través del cristal. El valle desierto pasaba veloz muchos metros más abajo. El color era violeta. Todo afuera era violeta y la imagen le resultó antinatural y extraña, a pesar de que no era la primera vez que la veía.

Sobre su cabeza unas letras se encendieron en la pantalla de navegación. En minutos llegaría a la oficina de la Agencia desde la que se supervisaba la estructura. Se enderezó y sintió la presión del cinturón de seguridad en su pecho. En ese momento una voz eléctrica inundó la cabina de metal.

Inicialmente la transmisión deformada por la estática lo sobresaltó, pero en seguida logró reconocer su origen; el asistente de vuelo recitaba el informe de rutina: el clima en el valle era estable y despejado y la luna del planeta ocupaba su segundo periodo. Sin embargo, el campo electromagnético cercano al valle se encontraba en transición de un estadio al siguiente. Alberto frunció el entrecejo. Tenía que esperar a que este fenómeno concluyera para acercarse a la estructura y comenzar con su trabajo: según la información del asistente serían como mínimo dos semanas, un sexto del tiempo del que disponía. Golpeó rítmicamente el apoyabrazos con el dedo índice. No podía entender que la Agencia ignorara estos eventos a la hora de organizar nuevas excursiones.

Mientras escuchaba comenzó de inmediato a buscar maneras de agilizar ciertos procedimientos, para lograr mantener al día la investigación. A pesar de esto no logró evitar sentirse ansioso. Miró alrededor. Ya estaba totalmente despierto. Afuera y cientos de metros más abajo el valle violeta seguía deslizándose a una enorme velocidad.

Finalmente, y luego de promocionar una marca de refresco gasificada con argón, el asistente de navegación enmudeció. El ruido del viento dominó una vez más el paisaje sonoro dentro del aparato.

Tomó su teléfono celular y revisó su correspondencia. De inmediato comprendió que el día no había terminado todavía de empeorar. Varios mensajes —el más antiguo enviado hacía 12 días, poco después de que él empezara su viaje narcótico, y el último hacía unas 22 horas— lo pusieron al tanto de que su hermana había vuelto a ser admitida en el Sanatorio Sánchez para el Tratamiento de las Adicciones. Dejó el teléfono sobre su regazo y se frotó

los ojos. Hizo esto por unos segundos y luego relajó los brazos, apoyándolos en la silla. Mantuvo los ojos cerrados.

Todo parecía repetirse una y otra vez. Cada vez que se alejaba un poco, ocupado por su trabajo o lo que fuese, su hermana recaía. Alberto la odiaba por eso. No lograba comprender el origen de su comportamiento errático y autodestructivo: ella había tenido las mismas oportunidades que él, nunca le había faltado nada y su infancia había sido feliz. En su mente no encontraba justificación posible para su comportamiento. Sus padres habían hecho todo lo que estaba a su alcance para garantizarles una vida digna a ambos, pero ella elegía una y otra vez degradarse.

La imaginó muchos años atrás, jugando en el jardín con sus muñecas y dinosaurios fluorescentes, y no pudo unificar la imagen de esa niña con la mujer caótica en que se había convertido. Decidió no pensar más en eso.

Un sacudón hizo que abriera los ojos y volviera a concentrarse en el exterior. Lo sorprendió ver que ya estaban en tierra. A pesar de que este era su tercer viaje no terminaba de acostumbrarse al silencioso desplazamiento de los aparatos empleados por la Agencia.

Su cinto se aflojó poco después. Alberto se levantó, moviendo con cautela sus piernas entumecidas, y comenzó a avanzar rumbo a la puerta que se abría lentamente al polvo violeta del valle.

\*

La arena gruesa lo incomoda y le lastima los pies. A pesar de eso se esfuerza por mantener el ritmo y avanzar a la par de su madre, que lo agarra de la mano derecha. Las dunas

que separan el estacionamiento y la playa son amplias, y el camino que las recorre, construido con viejas tablas de madera, da varias vueltas entre ellas esquivando los promontorios más grandes.

Tiene calor y está cansado, pero no quiere que su madre se enoje, por lo que sigue avanzando en silencio. Cada pocos pasos sus dedos encuentran abrojos o piedras que lo hacen trastabillar con su pinchazo. En esos momentos la madre lo tironea obligándolo a mantener el ritmo.

Por alguna razón el día parece noche. Siente el calor del sol y hasta lo ve allá arriba entre las pocas nubes y el humo, pero todo lo que lo rodea está apagado. Como si tuviera un par de lentes de sol oscuros, piensa. Una y otra vez se pasa la mano por la cara pero no tiene nada puesto.

El verde oscuro casi negro de las plantas que crecen entre las montañas de arena le causa una sensación fea, como si algo desagradable se escondiera detrás de ellas.

Cuando levanta la vista se encuentra con la esfera negra que es el gorro de paja de su madre. Ella tiene la mirada clavada hacia adelante. A él le parece que camina cada vez más rápido, como escapando de algo. Sin embargo no hay nadie alrededor.

En un momento se encuentra a sí mismo buscando algo, girando su rostro hacia ambos lados del camino mientras continúan su avance. Al principio no sabe qué busca. Luego se da cuenta. ¿Dónde están su padre y su hermana? Ahora se acuerda de que en un momento miró hacia atrás y los vio a ambos a la distancia, alejándose entre unas dunas con árboles y pasto alto.

Vuelve a mirar atrás, pero no encuentra a nadie. Solo ve arena, plantas y dos largos rastros de huellas que se pierden en el último giro del camino.

Quiere hablar, preguntarle a su madre a dónde fueron los dos, pero no se anima. Ella parece molesta, enojada. Con su rostro fijo hacia adelante camina y camina, siempre acelerando.

\*

La puerta automática se abrió, revelando el interior del recinto: un largo pasillo en penumbras lleno de polvo y basura. Alberto se detuvo un instante y miró hacia atrás, al estacionamiento polvoriento. Tenía la curiosa sensación de no recordar su trayecto desde el aparato hasta la puerta de entrada. De seguro le habían dado las drogas baratas otra vez, olvidó revisar antes de tomarlas.

No podía bajar la guardia ni un segundo, pensó: la Agencia recortaba costos indiscriminadamente. Se enderezó y atravesó la primera puerta de la derecha, que se abrió a una minúscula sala de espera.

En la puerta de madera que separaba la salita de la oficina que había en el interior se leía “Control de N evos Ingres s”. Se acercó y tocó la puerta. Nadie respondió. Cuando volvió a llamar, esta vez golpeando con más fuerza, percibió algo de movimiento dentro de la oficina. Finalmente la puerta se abrió. Un gordo con cara de dormido emergió de ella y se lo quedó mirando.

—Buenos días, soy Alberto Neumann. Hoy comienzo mi turno en la estructura—el hombre lo miró absorto, sin tomar la tarjeta de identificación que Alberto sostenía en su mano—. Acabo de llegar.

—¿Acabás de llegar? ¿En qué aparato?— el hombre, que emanaba un fuerte olor a transpiración, se dio vuelta y



revolvió unos papeles—No tengo registrado ningún arribo para hoy. Bueno, pasá, pasá.

Alberto ingresó y se dispuso a explicar. De seguro había alguna confusión con las fechas. Bastaría con mirar dos días adelante o atrás en el calendario para encontrar su nombre (los aparatos que la agencia alquilaba a los canadienses tenían esa variación en sus tiempos de viaje, lo sabía porque le había pasado exactamente lo mismo unos meses atrás), pero el otro lo interrumpió con un movimiento brusco. En un segundo sacó un recipiente de metal, escondido debajo del escritorio, y vomitó con violencia en su interior. Alberto se quedó inmóvil.

Cuando el hombre terminó se pasó la mano por la boca y resopló trabajosamente. Un fino hilo de saliva conectaba sus labios gordos con el cuello de la camisa.

—El campo me tiene como el culo, no puedo esperar para irme a la mierda. ¿Ya escuchaste?

— ¿Lo del campo? Sí, me enteré al despertarme.

Alberto avanzó unos pasos en dirección al escritorio, el olor a vomito ya comenzaba a instalarse en la oficina caliente.

—Yo sé que sos solo un pasante, pero, ¿me podés explicar cómo a la Agencia se le pasó este período de transición a la hora de agendar mi viaje? Voy a pasarme un sexto de mi estadía esperando y...

—No escuchaste un carajo.

— ¿Perdón?

—Que si me preguntás eso es porque no escuchaste un carajo. A ver...—el gordo guarda el balde debajo del escritorio— la estructura resultó ser meta periódica. Los estudios de los bolivianos al parecer estaban incompletos— El gordo hizo una pausa, en la que respiró y se pasó un

pañuelo por la boca, luego agregó, entre risas—. Los canadienses se quieren cortar las pelotas por venderle esta estructura a la Agencia. No sé si sabés, pero fueron ellos los que la encontraron, junto con todas las demás en este sector. Pero bueno, así es la cosa.

Finalmente el pasante tomó la tarjeta de identificación de la mano de Alberto. Momentos después lo encontró en el calendario (su llegada estaba marcada para el jueves, tres días antes).

Alberto apenas prestó atención a los movimientos del otro. Estaba extático, evaluando los efectos que esta información podría tener en su trabajo para la Agencia y, principalmente, en su sueldo. Sin duda pasaría a cobrar un bono por trabajo insalubre, como mínimo, dados los peligros de estar alrededor de un objeto con esas características. Ya bastante peligroso era trabajar dentro y alrededor de objetos capaces de desaparecer, trasladándose en el espacio y el tiempo en patrones a corto plazo. Pero esto era otra cosa: las estructuras meta periódicas poseían periodos de periodos que podían tardar (según se teorizaba) milenios en repetirse. Con ese tipo de lugares nunca se sabía. Al pensar esto intuyó de inmediato que el bono no sería suficiente para justificar esos nuevos peligros.

—Muy bien licenciado Neumann, todo en regla. Ya te ingresé al sistema. Desde hoy y por tres meses sos parte del equipo. Lo que tenés que hacer ahora es ir a hablar con la doctora Shimamura. Su oficina está en la tercera puerta por el pasillo, a la izquierda.

Antes de que Alberto pudiera responder el hombre lo empujó amablemente hasta la salita de espera y cerró la puerta de su oficina. Mientras salía al pasillo escuchó el cuerpo que se dejaba caer sobre la silla del escritorio.

Se encaminó a la oficina de la doctora, pero a unos pasos de la puerta se detuvo. Casi lo había olvidado. Saco su teléfono celular y, apoyado contra la pared del pasillo, se tomó unos minutos para escribir una carta a su hermana. Fue fácil: la mayoría de las ideas las había venido trabajando desde que leyó los mensajes al despertar ese día; le recriminó la falta de fuerza de voluntad y los futuros costos de internación, que estaba seguro él terminaría pagando.

Una vez que terminó de escribir presionó el botón de enviar. Observó con fastidio que la barra tardaba mucho en llenarse: no había casi nada de señal. De seguro se debía al campo de la estructura, que no estaba a más de diez kilómetros de la oficina. El mensaje tardaría mucho en llegar y más tardaría, pensó, en recibir él la respuesta.

Guardó el dispositivo, decidido a olvidarse de todo eso por el momento. Avanzó unos pocos pasos y tocó en la puerta que tenía en frente.

\*

La playa está llena de bichos. La línea de la marea deja la resaca de miles de cuerpos ahogados: una línea negra y ondulante que se pierde a ambos lados hasta donde alcanza la vista. Él se mantiene inmóvil, aguantando el dolor.

Hace unos minutos estaba en el agua. Los finos y largos gusanos estaban con él. Ellos no lo picaron, está seguro. Tienen cientos de diminutas patitas, son simpáticos e inofensivos. Cada ola que rompe a sus pies trae una nueva

camada de ellos. Algunos todavía se retuercen, pero la mayoría están muertos.

El pinchazo persiste y hace que apriete su mano derecha. De seguro lo picó una de las avispas que sobrevuelan la arena. Mientras se mantiene de pie ve las manchas negras con su visión periférica, sobrevolando los miles de bichos muertos. Cuando enfoca su visión logra verlas con claridad

No quiere decirle a su madre que lo picaron.

Él se siente fuerte al soportar el dolor en silencio. La sensación lo mantiene inmóvil sobre la arena, mientras a sus pies llegan con cada ola nuevas líneas de cadáveres diminutos. El viento marino hace que entrecierre los ojos.

Se siente maduro a pesar de tener solo ocho años.

No tiene que darse vuelta para saber que detrás de él, a unos metros, están su madre y su hermana menor. Las imagina sentadas sobre la toalla. Luego se voltea y las encuentra en el lugar esperado. Mira unos segundos y vuelve a enfocarse en el mar.

Su hermana menor está llorando. La mueca dibujada en el rostro de su madre no le gustó. Los dos rostros persisten en su mente.

También vio otra cosa. Fue solo un instante, cuando su hermana descruzó las piernas.

La mancha roja se mezcla en su mente con el cuerpo de su padre, que ve apenas entre las olas. Los brazos suben y bajan a la distancia, salpicando de espuma blanca el mar revuelto.

Él no entiende lo que vio pero hizo que se sintiera incómodo, equivocado.

Se agacha y concentra sus pensamientos en la pequeña porción de arena en la que se apoyan sus pies. Toma entre sus dedos el cuerpo pequeño de un gusano. Lo mira. Los

cientos de patitas están inmóviles. Al bicho le falta la parte inferior de su cuerpo y desde la porción cercenada comienza a emanar una sustancia viscosa.

Él mira la gota oscura que se forma: una lágrima de pura suciedad, piensa. Y se sorprende de ese pensamiento que parece ajeno a su cabeza. El viento gana intensidad. Tiene frío. Quiere desviar la mirada pero algo dentro de él no lo deja. El tiempo pasa. La gota no deja de crecer, emanando desde el cuerpo del pequeño gusano. Dentro de ella el líquido que la forma adquiere complejidad y textura.

\*

La placa había sido construida a medio camino entre la oficina de la Agencia y la Estructura, sobre una gran roca de mineral rosado que se erguía varios metros por encima de las dunas más altas de esa sección del valle. En su superficie tenía grabado en laser los nombres de las siete personas que se perdieron durante los primeros años de la investigación, cuando los bolivianos lucharon con la falta de tiempo y presupuesto para lograr mapear los periodos de la estructura. Mapa que, a pesar de todo el esfuerzo, se había mostrado insuficiente.

La primera vez que Alberto pasó frente a ella había sentido algo bastante parecido a la solemnidad. En cambio, esa tarde la placa no fue otra cosa para él que la señal de que todavía les faltaba la mitad del camino por recorrer. El calor del valle le oprimía la sien y le quitaba energía a sus piernas, que se sentían cada vez más pesadas. Para peor, sus botas se enterraban en el polvo fino, volviendo el avance mucho más difícil.

Alberto se detuvo y levantó la mirada. Unos cien metros más adelante notó la pequeña mancha que era el cuerpo de Shimamura. La doctora siempre les sacaba una distancia similar durante el recorrido y él pensaba que lo hacía para presumir de su buen estado físico (Shimamura era una conocida fitness freak y consumía esteroides con frecuencia). Al girarse y mirar atrás encontró a su vez al chileno, que llegaba con dificultad a la cima de la duna que él acababa de descender. Fumaba un cigarro y parecía no importarle ni un poco lo que tenía alrededor. Avanzaba a los tropezones y con cada paso levantaba grandes nubes de polvo que se mantenían suspendidas como una especie de neblina.

Los tres conformaban la nueva expedición, organizada por la Agencia días después de que la noticia sobre la estructura y sus periodos de traslación alcanzara a los jefes. La verdad es que no era muy diferente de la expedición original. Solo sumaron al chileno (Alonso Rojas, supuesto experto en estructuras meta periódicas) y extendieron el tiempo de estadía de Shimamura y Alberto.

La agobiante caminata de esa tarde era la cuarta visita a la estructura que emprendían los tres juntos, si bien ese día se adentrarían en ella por primera vez, lo que tenía a todos previsiblemente nerviosos.

Rojas había llegado hacía tres semanas y ese tiempo había sido suficiente para que Alberto comenzara a despreciarlo. Era un hombre intratable, sucio y adicto al porno, que consumía más del triple del tiempo de baño que tenía asignado en la oficina. Además, por alguna razón insistía en que le dijeran chileno y se jactaba de su pureza racial a pesar de que su familia ya llevaba dos generaciones en Buenos Aires.

Cuando Alberto alcanzó a la doctora el chileno no estaba muy lejos de ambos. Pronto los tres levantaban polvo a metros de la entrada.

—Más vale que esos aparatitos de mierda funcionen bien, china—el chileno se acercó resoplando—. Esta estructura es jodida de por sí como para encima perderse en una transición—llegó al lado de Alberto y lo miró con los ojos muy abiertos, luego dejó caer sus bolsos y mochilas.

— ¿Qué tengo que ver con eso? Los detectores los compró la Agencia, no yo—Shimamura miró al chileno con desdén, luego continuó engullendo de su botella de agua con cationes (la quinta que bebía en el día).

Alberto dio unos pasos alrededor, alejándose de los cuerpos de sus compañeros. En su mente acompañó el deseo del chileno, aunque le pareció que la preocupación que él mismo sentía era mucho mayor. Los aparatos predecían que la estructura se mantendría estable y en su sitio por muchos días más, pero él no podía sacarse de la cabeza que los dispositivos eran solo prototipos promocionados por una empresa con escasa trayectoria y fama incierta.

Se alejó un poco más, deambulando entre las pequeñas dunas de polvo violeta que rodeaban el lugar. Las alucinaciones le preocupaban. Sabía que eran causadas por la estructura, el chileno se los había explicado en el primer viaje que habían hecho: E6664 era especial, su campo emitía con el doble de potencia y sus ondulaciones tenían patrones inesperados. Pero a pesar de eso todavía sentía que algo no estaba del todo bien. Que eso (los efectos del campo en su mente) no era lo único que estaba sucediendo, aunque quizá solo fuera el cansancio y los nervios lo que lo hacían sentirse de esa manera.

En un principio creyó que lo que se introducía en su vigilia en forma de alucinaciones era solo el campo interactuando con sus pensamientos y recuerdos. Pero eso no explicaba que viera cosas de su pasado de las que jamás se había percatado antes. Estas adiciones, que mutaban recuerdos amenos en pesadillas, eran tan reales como las demás y emanaban de la misma fuente de su memoria. Pero si eran reales significaría que su pasado no era lo que él creía que era. Que su familia y su padre no eran lo que él creía. Y esa noción lo introducía en algo monstruoso de lo que no quería formar parte.

Llegó a la cima de una pequeña duna y sacó su teléfono celular. No tenía mensajes nuevos y comprendió que revisar había sido un gesto de pura ansiedad: la señal en esa sección era previsiblemente peor que en la oficina y él lo sabía. Sin embargo, necesitaba saber que su hermana había recibido su nuevo mensaje. Necesitaba saber...

Levantó la vista y observó unos instantes el gran cubo de concreto que esperaba, casi completamente enterrado en el polvo, en la parte más baja de ese conjunto de rocas y dunas. E6664 parecía torcida y a punto de ser engullida por el desierto. A pesar de esto la entrada todavía se veía con claridad: un gran rectángulo negro que ocupaba dos tercios de una de las caras.

A unos metros del cubo estaban los cuerpos de sus compañeros. El despliegue de cajas y aparatos que tenían alrededor le indicó a Alberto que ya estaban preparando el monitoreo de la zona. En breve debía unírseles y aprontar sus medidores para el descenso.

Sabía que no debía demorarse pero su mente estaba en otra parte. Por un segundo no logró enfocar su visión y se



sintió mareado. Era como si algo dentro de él le pesara de manera desmedida. Volvió a repetirse que debía de ser a causa del cansancio y comenzó a descender la duna.

Mientras se acercaba vio que la doctora y el chileno habían puesto en funcionamiento la mayoría de los equipos y se ocupaban en diferentes tareas. Momentos después de que él llegara el chileno terminó de escribir en la computadora y se levantó.

—Todo listo. Denme unos minutos que voy a mear y empezamos.

— ¿No necesitás llevar a tu amiga, Rojas? Digo, para que te ayude a mear—Shimamura sonrió mientras señalaba la computadora apoyada en el cajón, el chileno pareció dudar un instante, su labio inferior tembló—. Sino yo te puedo dar algo de material, ¿o tus intereses van por otro lado? A ver, Neumann, ayude a su compañero—la doctora miró a Alberto con una desagradable sonrisa.

—Usted es muy poco amable Shimamura, exponiéndome de esa forma—el chileno parecía molesto, aunque no perdía del todo su habitual cinismo—. Y para su información nada me interesaría menos que lo que ustedes tienen para ofrecerme. El señor Neumann lo sabe muy bien—al terminar de decir eso miró a Alberto con una mueca extraña.

Alberto no pudo evitar que esa tarde volviera a su mente. Había pasado dos o tres días después de que llegara el chileno. Él había entrado al baño sin tocar (en el programa era su turno de usar las instalaciones) y se había encontrado a Rojas masturbándose de pie frente a la computadora, que se apoyaba en la pileta.

El recuerdo de las imágenes proyectadas por el dispositivo le causó náuseas, iguales en intensidad a las

que había sentido aquella tarde en que vio el material por primera vez. Para dejar de pensar en eso se concentró en preparar sus terminales de medida. Faltaba poco para comenzar el descenso.

Minutos después se introdujeron en la estructura. Alberto era el último en la fila y por un instante no vio nada. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra distinguió algunos detalles. El lugar era un gran rectángulo totalmente vacío, el material de las paredes parecía concreto. En un rincón se abría un orificio desde el que bajaba una escalera vertical, hecha de hierro.

Tanto Shimamura como el chileno no dudaron en emprender el descenso, y pronto la doctora desapareció en el orificio. Cuando Alberto se acercó sintió una fuerte ráfaga de viento helado. El olor marino y el frío lo inmovilizaron por un momento. El chileno, que parecía no haber sentido nada, se burló y le dijo que no tuviera miedo. Segundos después su cabeza desapareció en el pequeño orificio, dejando a Alberto solo en el rectángulo en penumbras. Él dudó un instante pero finalmente se aferró al metal y apoyó su pie izquierdo en uno de los peldaños. Descendió un poco pero pronto algo más lo sobresaltó. El metal estaba sucio, cubierto de arena. Alberto cerró los ojos. Unos peldaños más abajo sintió un pinchazo en su mano. La impresión hizo que casi se soltara y su cuerpo se balanceó por un momento en la oscuridad. Cuando logró calmarse se frotó la mano contra el pantalón y continuó descendiendo.

Los brazos y piernas le arden de tanto aferrarse a la escalera, pero no puede hacer otra cosa más que seguir bajando. Piensa que el escaso brillo que entraba desde la puerta del valle los abandonó casi de inmediato.

Pisa los escalones en la oscuridad absoluta y se pregunta dónde estarán los demás. Los demás, así lo piensa: ya no recuerda sus nombres.

El material del que está hecha la escalera parece cambiar cada cierta cantidad de escalones. Algunas de estas variaciones tienen texturas inesperadas. En un principio intentaba encontrar patrones, secuencias, pero pronto resultó imposible. Su mente parece negarse a esa forma de pensamiento lógico. Procesar las diferentes texturas y sensaciones ocupa todo su aparato mental.

A pesar de que a su alrededor está completamente oscuro siente una gran diferencia al cerrar los ojos. La oscuridad que lo envuelve es espesa, vibrante: mucho más sombría y opaca que la negrura que ve al cerrar los párpados.

Cuando sus pies dan con el fondo apenas lo reconoce como tal y tarda varios minutos en moverse. La textura de la escalera en ese último tramo es cautivante. Siente infinidad de porosidades que se prolongan desde el metal y atraviesan su piel, pero sin hacerle ningún daño.

Finalmente suelta la baranda y se da media vuelta. En ese momento muchas luces parpadean en el techo del lugar, que es enorme, alargado y con infinidad de puertas que se abren a ambos lados. Las lámparas terminan por

encenderse y él empieza a recorrer el recinto. ¿Dónde estarán los demás? No tiene que avanzar mucho para descubrirlo.

Al atravesar uno de los arcos encuentra a su compañero, aunque tarda en reconocerlo como tal. Lo primero que escucha es una risa estridente, acompañada de gritos de dolor y placer. El cuerpo del chileno es devorado y penetrado por múltiples criaturas cuadrúpedas y peludas, parecidas a perros. La visión lo sobresalta y perturba. Quiere alejarse de ella y sigue caminando.

Como adelantos de películas cada habitación contiene escenas que pasan rápido frente a él mientras se adentra más y más en el lugar.

Su compañera aparece unas habitaciones más adelante. Ríe con vehemencia mientras inyecta jeringas en sus músculos inflados. A sus pies infinidad de jeringas usadas se mezclan con el líquido espeso y rosáceo que emana de su cuerpo. El conjunto de desechos se confunde con sus piernas enormes y destruidas: un altar.

Finalmente se acerca a una habitación extraña. La luz que desborda al pasillo hace que se sienta mal, nauseabundo y mareado. En ese momento se da cuenta de que no camina por voluntad propia. Algo lo empuja a seguir, a entrar a ese cuarto, a pesar de que no quiere hacerlo.

El lugar está vacío. Un viejo proyector pinta de luz blanca la pared que lo enfrenta.

Cuando logra manejar sus náuseas se da cuenta de que lo que está en la pared es un mensaje. Una respuesta, piensa. Pero no es la respuesta que está esperando. En un rincón astillado de la pared se lee que el remitente es el Sanatorio Sánchez para el Tratamiento de las Adicciones. «Lamentamos informarle que su hermana....»

Cae de rodillas y cierra los ojos. Las náuseas vuelven. La oscuridad densa y vibrante de la escalera vuelve a dominarlo todo.

Cuando abre los ojos otra vez está en una playa. El viento sopla en fuertes ráfagas que lo despeinan. Tiene frío y sus dedos hurgan en la arena mojada. No ve a nadie alrededor pero por alguna razón sabe que no está solo.

La arena es asquerosa, está llena de bichos muertos y suciedad. Quiere salir de ella, alejarse, pero no puede. Sus dedos parecen hundirse más y más. Por alguna razón no se atreve a mirar atrás.

\*

Cuando Alberto abrió los ojos sintió ganas de llorar, luego miró alrededor. Estaba acostado en una habitación desnuda y llena de escombros. A la derecha una puerta se abría a un pasillo largo y oscuro. A unos pasos vio al chileno que se movía de un lado para el otro. Shimamura no estaba en ninguna parte. Por unos instantes Alberto deseó que lo que había descubierto fuese solo una construcción de sus alucinaciones, pero por alguna razón estaba seguro de que no era así. No se molestó en revisar su teléfono celular.

Cuando el chileno notó que él había abierto los ojos se acercó desesperado.

— ¡Neumann, por fin te despertaste conchasumadre!  
¿Tenés idea de qué carajo está pasando?—la voz del

chileno era áspera y Alberto vio lágrimas en sus ojos. No sabía dónde estaban, pero tampoco logró que le importara demasiado. Una idea ocupaba su mente.

El chileno esperó unos instantes y ante la inmovilidad de Alberto se levantó y volvió a moverse de un lado para el otro.

Desde el suelo Alberto lo veía correr e insultar. Parecía estar juntando sus equipos, al menos los más caros. La tarea parecía demorarlo más de lo esperado. Notó que el aire alrededor del cuerpo de su compañero estaba enrarecido, al igual que en los rincones y cerca de las aberturas. En ese momento recordó la estructura.

—Chileno, ¿Qué chances hay, en tu opinión, de sobrevivir un desplazamiento temporal?—Alberto habló con lentitud, como si estuviera tomando café en la oficina.

—Infinitesimales, Neumann, prácticamente cero. ¿Vos te pegaste en la cabeza o algo? ¡Levántate, nos tenemos que ir! ¿Dónde se metió la mina esa? ¡Shimamura!

El chileno gritaba y corría, desplazándose entre la habitación y el pasillo. Juntaba enajenado los dispositivos y computadoras que le quedaban. En una de sus vueltas tomó a Alberto por el cuello de la camisa y lo levantó de un tirón.

Dentro de la estructura el aire parecía hervir y resplandecer. Cada movimiento tenía una duración impredecible.

—Claro. Pero en caso de sobrevivir, ¿Cuáles serían las chances de terminar en un pasado relativamente reciente? ¿De poder cambiar ese pasado?

—¿De qué hablás Neumann? Estás loco, ¿¡te das cuenta, no!? Tenemos minutos para rajar de acá y vos con esas pelotudeces. ¡Estás delirando!

—Son muy bajas, yo sé eso. Pero aun así es mejor que la alternativa—Alberto volvió a sentarse en el piso lleno de escombros. La alternativa. No podía tolerar la alternativa. El aire parecía crujir a su alrededor.

El chileno lo miró un instante, con los ojos rojos y desorbitados, luego se alejó corriendo por el pasillo. Ⓢ

# **SUZDAL REIVINDICADO**

TARIK CARSON



**Tarik Carson da Silva** (1946-2014) nació en la capital del departamento uruguayo de Rivera, pero pasó buena parte de su vida en Argentina, donde se desempeñó como escritor, pintor y orfebre. Publicó los libros de relatos *El hombre olvidado* (1973) y *El corazón reversible* (1986) y las novelas *Una pequeña soledad* (1986), *El estado superior de la materia* (1989), *Ganadores* (1991) y *Océanos de néctar* (1992). «Suzdal reivindicado» fue publicado en *Ruido Blanco* 10.

Ahora que los Directores han calculado que es más ventajoso para el Imperio abandonar la Perfección, y le han dado la libertad al hombre, abriendo las puertas de la muerte, de las enfermedades, de la escasez, de la opinión y de la información, de la lucha por la vida, y de todos los tipos de diferencias que trae la libertad y el libre albedrío, podemos referirnos a otras versiones de historias que fueron contadas durante milenios con una desmesurada inexactitud que, sin correcciones (como este relato), perdurarían en el error para siempre.

Fueron versiones de historias relatadas con miedo, historias maniatadas por lo que se consideraba buenas costumbres, los prejuicios y los límites de la época. Y también por los intereses creados que siempre han mordido, y que estarán mientras haya por lo menos dos hombres y uno quiera vivir de los sacrificios y sufrimientos del otro.

Hoy me gustaría ampliar con informaciones auténticas y comprobables la maravillosa y casi ominosa historia del

caballero y comandante Suzdal, narrada originalmente por el célebre analista Linebarger que se encubría al público letrado tras las siglas C. S.

Tampoco el comandante Suzdal se llamó así en verdad. Se llamó, realmente, Soor'Dool. Y, tal vez, por algún recuerdo asociativo sumergido y oculto en las mentes, y muy muy triste, inconmensurablemente triste, el nombre degeneró en Suzdal, más breve y práctico a la lengua casi atrofiada por los años de progreso y conocimiento y al avanzado mentalismo.

Empecemos así. El comandante Soor era un hombre robusto y de baja estatura, pero no era pelirrojo, alto y de ojos claros, de la raza preferida y privilegiada. Sus ojos eran oscuros y turbios, su piel era casi amarillenta, tenía buena salud y la cintura algo ancha. Era uno más de los miles de navegantes estelares que servían a los Directores, y los Directores, como a todos los navegantes, lo habían estudiado extremadamente bien a través de sus actos, aunque fueran mínimos, sin considerar las informaciones profundas que emitían las ocultas y diminutas láminas de cerámica en el cerebro que se injertaban por la nariz y en el momento de la circuncisión de los niños criados para navegantes.

Soor les daba confianza, o más exactamente, las informaciones que emitían aquellas láminas espías, que habían trabajado durante toda su vida. Creían conocerlo en un todo por medio de la esfera que recogía y alimentaba el Ordenador hasta las más imperceptibles tendencias genéticas del cerebro. Y con tan monstruoso alimento, no concebían que el Ordenador errara y diagnosticara lugares comunes, menos lo que ocurriría. Soor de esto no sabía y no podía saber nada, como los millones de crías del

Sistema. ¿Quién podía imaginar que el asunto fuera así? Sin embargo, aunque fuera increíble la dimensión de la acumulación informativa, los Directores sabían mucho de todo “aquello” de las profundidades de los hombres crías, y de la subgente y de toda la estela de vida inferior. Por eso dominaban los milenios de las razas, posicionados eternamente en la cima del poder, con las herramientas del despotismo y la crueldad absolutos.

Así que... con Soor ocurrió un accidente. Un terrible y trágico y, en cierta forma, maravilloso accidente. Soor no solo ignoraba esa debilidad frente al Sistema, tampoco podía entreverla con el computador a su servicio que rumiaba de continuo con sus cálculos de probabilidades fundadas en su fenomenal registro histórico en la agotada Tierra. Sí, los Directores tenían la sobre sabiduría, la información oculta y todo su inimaginable poder de engaño, pero eso no alcanzó.

Soor fue enviado a explorar algunos rincones de la Galaxia con una finalidad que ni el honorable informante C.S. ni su historia explican. Tampoco justifica esa historia el hecho de que los Directores le hubieran cedido el Tremendo Poder. El Poder Cronopático. El Distorsionador del Tiempo prestado al criterio de un mero navegante observador. C.S. argumenta que tenía la finalidad de librar a la nave de un no imposible extremo peligro, y podía ser usado solamente durante unos segundos. Pero ese motivo no es muy creíble.

Más adelante, el historiador afirma que los Directores jamás entregaban a los navegantes ningún arma o invento que remotamente pudiera ser capturado por enemigos y vuelto en su contra. Ellos siempre se reservaban el derecho de la primera ventaja. Y no es convincente el argumento de

que a un simple explorador rutinario le fuera entregado el Distorsionador así nomás. Tal vez, en un caso extremo, a un ejército de hecho o a un ejército virtual que penetrara y amenazara a las mentes rebeldes ocultas en la Galaxia. Pero no a un comandante aislado, a un ser que parecía no importar y carecer del menor peligro para el Sistema.

Sin embargo, así y todo, Soor fue equipado con el Distorsionador.

Iba acompañado, además, con diversas especies de animales, machos y hembras, encapsuladas, con los genes de mentes vírgenes para su despertar y programación en el momento necesario. También le habían permitido llevar los cubos de cerámica con cerebros de personalidades humanas, como, por ejemplo, un jugador de ajedrez o un pintor sin vanidad, del tamaño y aspecto del viejo Picasso (con un carácter maleable a la voluntad de Soor), o un general que odiaba las guerras, las armas y los cuarteles, o una hermosa mujer que despreciaba la comodidad de la riqueza. Y también podía componer los cubos, de manera que sus imágenes se pudieran entrelazar y sus caracteres corregir de acuerdo a sus humores transitorios.

– Me parecen innecesarios los cubos –había dicho Soor al oficial de carga.

– Tal vez, cuando se sienta muy solo... Una corte de buenos amigos que le hablaran, sería algo gratificante. Distrayente. Usted podrá jugar al tenis de mesa, al ajedrez, ordenar que le decoren la nave con distintos estilos y paisajes terrestres. Es bueno también oír voces diversas, dulces y sedantes. Imaginar que hay mucha dicha en movimiento.

Ambos hombres lo estuvieron pensando durante un rato.

—¿Usted viajó alguna vez por el espacio? —dijo Soor.

—No —dijo el oficial de carga—. Pero he estado muy solo.

—Bien. Provéame de lo habitual, no más. Tengo mi experiencia. Tengo a la gente-tortuga. Además, ¿podré programar algún animalito limpio y silencioso, si necesito con urgencia compañía?

—Naturalmente. Como le dije, también puedo prepararle programas de compañía a su gusto. El oficial sonrió socarronamente. Soor lo miró y no habló durante un largo rato.

—No será necesario —decidió, y en voz muy baja agregó—: Siempre me he arreglado así.

Soor dejaba en la Tierra a su mujer. Quería a su mujer, pero no parecía sentir inquietud por tener que dejarla durante quizá miles de años. Pensó en ella ahora, y pensó en lo difícil que sería adaptarse al regreso, pensó en lo difícil que sería soportar el tiempo y la soledad que lo rodearían en el espacio, pensó en su oficio de navegante, en su destino inmodificable y por varios lados terrible.

El oficial de carga insistió en acomodar en un cubo a una bailarina extasiante, a una deportista perfecta con la que pudiera haber soñado Soor. Después propuso a la mujer de Soor. Lo dijo con naturalidad y con buena voluntad. Pero Soor no quería hablar de eso. No le dio explicaciones, nunca hablaba con nadie sobre su intimidad. Ya se arreglaría, pensó, aunque tenía algo en...

—Una mujer entre las estrellas es una gran cosa — insistió el oficial—. Ha salvado a muchos navegantes de la locura, de la degradación física, de la disolución de la personalidad. No es bueno que un hombre...

—Está bien —dijo Soor—. Yo me arreglaré, pero no quiero que sea ninguna imagen. Ya he luchado demasiado con imágenes. Sé qué infinidad de navegantes viajan con mujeres imaginarias, y que al fin los fragmentan totalmente. Pero soy algo distinto, lo he probado y me han hecho un mal... Prefiero arreglármelas como siempre... Me ayudará la gente-tortuga. Soy... algo distinto, dirá usted, pero, es mi problema.

Así Soor nuevamente se preparó, y entonces el oficial de guardia lo proveyó de lo previsto, sin proponerle más. Y el Comandante partió al fin.

Durante los primeros miles de años hibernó 45 y solamente se despertó para vigilar a la gente-tortuga. La subgente tortuga hacía todo el trabajo con las computadoras, vivían normalmente, reproduciéndose y enseñándoles a sus crías el manejo de la nave y de lo demás, y también les repetían la historia de la Tierra y su cultura.

La gente-tortuga era inmejorable para esos viajes que podían durar decenas de milenios. Eran limpios, silenciosos, eficientes, comprensivos, amigos del hombre. Nunca eran agresivos o infieles. Pero los hombres nunca se podían adaptar a la lentitud de la gente-tortuga, eso era irremediable. Hablaban lentamente, caminaban lentamente, pensaban lentamente, y eso era difícil de soportar. Era como si vivieran en otra dimensión del espacio y del tiempo. Pero Soor era un hombre muy paciente. Amaba a la gente-tortuga más que a los humanos, tal vez, aunque no lo decía ni lo pensaba demasiado.

Soor era un hombre tímido, valeroso, honesto, fiel. Pero un viaje de miles de años era una forma de la atrocidad, para la cual la mente del hombre quizá no había sido concebida. Quizás... Soor jugaba al ajedrez

con las computadoras. Y siempre perdía. Podía estar estudiando las jugadas durante días, y entonces jugaba, y la computadora contestaba en unos segundos, a veces en el acto, y poco a poco lo iba descoordinando, y le iba disputando y robándole el poder en las casillas, hasta que se derrumbara sin jugadas aceptables para continuar. Soor entonces se sentía agotado ante la infinitud, cansado de pensar en lo imposible, abrumado y desesperado por la obligación de seguir sin el poder de modificar casi nada. (A él le gustaba jugar con la idea de mejorar las cosas, o de cambiarlas y esas licencias entretenidas que los pensantes se permiten en algunos momentos de la vida.) Y Soor también leía libros, elegía al azar uno de los millones que guardaba la computadora, hasta que se dormía. Observaba los conciertos y las películas permitidas. Corría por los silenciosos y metálicos pasadizos de la nave, oyendo en el silencio abismal solamente el golpeteo de sus zapatos contra el metal. Levantaba pesos. Nadaba en la piscina hasta sentirse totalmente exhausto, y a veces, casi ahogado, se impulsaba desde el fondo resoplando y se quedaba horas agarrado a los bordes de la piscina, hasta que empezaba a temblar adormecido por el leve movimiento del agua. Todo esto lo reanimaba, lo mantenía vigoroso y fuerte, y él sentía, sin embargo, que le faltaba lo importante, lo fundamental. Se miraba en su gabinete. Desnudo. Y a veces aullaba terriblemente mirando hacia el techo con los brazos estirados y los puños lívidos. Luego se bañaba con agua helada y para escapar al congelamiento corría desnudo hacia los tubos de hibernación.

Habían transcurrido cuatro mil años subjetivos cuando lo hizo. Le había ocurrido antes con su mujer. Era un impulso nervioso terrible. Una compulsión violenta con



un leve tinte de algo parecido a la vergüenza. Pero con la tortuga fue peor. Al principio fue realmente vergonzante para un hombre como el Comandante. Al día siguiente se lo explicó a la tortuga mayor.

—Creo que lo entiendo, Comandante —dijo con tardanza la tortuga mayor—. Es natural para nuestra comprensión. Usted no debería darnos explicaciones. Lo sabe.

—Lo sé —repitió Soor—. Lo sé.

Así fue como el comandante se mantuvo durante los miles de años subjetivos siguientes. Tenía la impresión de que el tiempo no había transcurrido, y nada había pasado. Y cuando hibernaba, a veces, tenía tremendos cargos de conciencia, con fiebre espacial y punzantes espasmos mentales. Sufría y, sin embargo, combatía contra los esquemas cerebrales, y los fue despuntando. Jamás abandonaría su amor y su gusto, pero no estaba dispuesto instintivamente a atrofiarse, y vio que el tiempo era una cuestión de estructura mental, y que la podía modificar también de acuerdo a la necesidad, aunque las leyes para los navegantes no instituyeran nada de eso.

En vigilia, retocaba la ruta, se presentaba ante las computadoras, hacía ejercicio, leía, y en las noches subjetivas, a veces noche por medio, a veces cada tres noches, recibía a la mujer-tortuga. Era joven, muy limpia y muy tranquila. Muy paciente y dócil. Y no era fría, sino cálida en extremo. Soor al principio solo la penetraba, y se aferraba desesperadamente a sus bordes casi filosos al exhalar toda su fuerza vital contenida durante milenios. Por momentos se sentía aterrorizado, como si su cerebro se fuera ablandando y empezara a chorrearle por las orejas.

Entonces sentía que la mujer debía estar siempre con el caparazón contra la cama, y él encima como adherido y desesperado. La mujer era terriblemente lenta. Mucho más lenta, pero tal vez no tan frígida, como una mujer normal. Y eso apenas contrariaba a Soor, que siempre había sido un caballero. De todas maneras, cuando Soor la penetraba, sentía finamente la exquisitez del alma de la mujer, y eso lo ayudaba a olvidar la innecesaria, aterciopelada y digna frialdad del caparazón. Soor concentraba todos sus sentidos únicamente en su aparato elemental y se abrazaba al caparazón con los ojos cerrados, y se lanzaba muy adentro con toda su alma solitaria. La mujer emitía débiles sonidos de placer que se alargaban a veces mucho después que había tenido el formidable y legendario orgasmo. Era un susurro cautivante e invencible. Soor, totalmente exhausto y vacío, se quedaba por amabilidad encima de la parte plana del caparazón, contra el terciopelo, con los ojos cerrados, y se retiraba lentamente cuando ya la mujer había dejado de emitir el melodioso murmullo de felicidad.

El comandante empezó a mejorar, a sentirse bien, después de unas centurias, y comprendió el sentido de la vida de aquella subgente. Quiso aún más a la gente-tortuga y se sintió mejor mientras fueron transcurriendo los milenios. No había palabras con promesas, no había dudas, no había degradación, no había engaños, no había estúpida vanidad, no había exigencias, no había intereses ni ambiciones. Soor se concentraba allí y se vaciaba de todo lo malo y se sentía bien luego, e incluso podía incluir en el olvido a la Vieja Tierra y los Directores, y sus habilidades y su dominio galáctico, y aún más, en el presentimiento de lo absurdo de los viajes inconmensurables por la incomprensible mente del universo.

No tiene mucha importancia la fecha estelar en que presintieron la cápsula con el lamento aterrador y el pedido de ayuda. Fue alrededor de los nueve mil años subjetivos. La nave de Soor no había encontrado nada nuevo a través de los sistemas solares que cruzaba. Los ordenadores lo tenían todo registrado, y nunca tuvieron necesidad de emitir señales de su presencia hacia algunos planetas habitados.

Desde el principio hubo algo extraño. Extraño para nosotros. No para Soor, que no lo percibió, porque la primera impresión era que esa voz era similar a un anzuelo exquisito e irresistible y capaz de encoger y minimizar cualquier infinitud del espacio.

La cápsula contó una historia que era falsa, en la que Soor creyó. Pero él creyó en la historia porque fue contada por la personalidad de una mujer con voz de contralto, una voz que tenía un timbre de tremendo poder sobre Soor. Algo inesperado, alarmante, impredecible. Era algo inefable, un aspecto de maravillosa mujer algo madura, bellísima y de voz y de quejidos y suspiros irresistibles. Era el ideal de Soor, la vibración perfecta, aunque él no supiera que pudiera existir, aunque quizá lo había soñado, o quizá no.

Y entonces tintineaba en aquel cuadrante. Y lo llamaba pidiendo auxilio, de forma irresistible. Y le contaba una historia que se grabó en las neuronas y repercutía misteriosamente en sus órganos genitales, y lo cegó, lo malogró, tal vez...

O tal vez no lo cegó, sino que no resistió la indescriptible vibración contra sus genitales débilmente humanos y excesivamente sensibles. Fue horrible.

Tal vez los intereses de los Directores en ese viaje exploratorio tenían algo que ver con el planeta Arachosia, que era el planeta de la hermosa voz de mujer. El planeta Arachosia estaba detrás, eso decía la comisión.

El historiador C.S. describe un mundo maléfico y hermafrodita que deseaba destruir a la Humanidad. Un mundo que odiaba a los hombres. Un mundo de hombres, de mujeres hombres, o de hombres con una especie de vientres artificiales y fecundos que les permitían sobrevivir como raza.

Según la historia, habían sido terrestres, y habían emigrado como emigraban infinidad de poblaciones en las gigantescas naves, en busca de nuevas tierras a través de los milenios montados en la infinitud de los números. Porque ni la vieja Tierra ni sus planetas cercanos podían albergar más población. Esa era la falla que nadie quiso nunca evitar.

Y luego, a unos breves veinte años después de la llegada, había sucedido la tragedia.

Soor debería haber huido de inmediato, conociera o no la verdadera historia, según los Directores. Porque los Directores protegían a la humanidad de la gente de Arachosia, y para ello habían tejido en la galaxia una red de engaño, de manera que los arachosianos no pudieran saber nada del hombre, y tornarlos así incapaces de llegar al hombre. Los Directores se preocupaban por la humanidad.

Arachosia había sido un mundo bueno, al principio, al germinarlo, el hombre pionero. Era un mundo con pájaros, con hermosas playas, con acantilados que hacían añorar a la querida Tierra. Tenía dos lunas, y un suave sol bastante cercano. Y los ingenios habían examinado la atmósfera, el

agua, la composición de la tierra, de los vegetales, y luego habían diseminado las especies de la Tierra. Esperaban que cuando los colonizadores empezaran a añorar la Tierra perdida, a adquirir la conciencia de que jamás volverían, y vieran en el nuevo planeta las mismas cosas de la Tierra vieja, recuperarían las ganas de vivir y recibirían la fuerza para hacerlo y sobrevivir a los peligrosos recodos del espacio o a los latigazos y aspiraciones y expiraciones del tiempo caprichoso e infinito.

Y según esto, todo había ido bien para los arachosianos.

Según el historiador, ese había sido el seductor mensaje de la cápsula.

Pero también, según él, esa no era la verdad sobre Arachosia. Era solamente una mentira irresistible, cabalgando elegantemente sobre aquella voz maravillosa, cálida, madura, de la mujer de edad media.

Decía que los jóvenes morían, que las granjas eran ricas, el trigo más rubio que en la Tierra, las flores más claras y las ciruelas aún más púrpuras. Le rogaba que se mantuviera alejado. Que le hablara de medicina, pues los jóvenes morían, aunque todo marchaba bien.

La mujer personificaba la desesperación absoluta. Soor había pensado: «¿Qué síntomas son estos, que nunca los estudié ni los tiene mi ordenador?»

La voz seguía con su lamento de muerte, como si la vida fuera arena que se escurre entre los dedos sin que nada pudieran hacer sin ayuda. Soor sintió que eso era verdad, que se terminaban y que él debía ayudarlos, si pudiera, cuanto antes. Había reactivado toda su energía de viejo telépata, y creía que no podía ser engañado ni por todas las acechanzas y oscuridades terribles que anidaban invisibles en el espacio infinito. Y, sin embargo, quizá fuera mejor

que no aterrizara, pensó en un momento. Que mirara al planeta de lejos, así podría historiarlo para la Tierra, para que la Tierra no olvidara a esos descendientes del Hombre perdidos en los confines de la galaxia.

Pero no había podido resistir. Estaba en su naturaleza no oponerse al destino, ni a las certidumbres que continuamente cruzaban su cabeza, enredándose en la telaraña que formaban esas certidumbres, dudas e ignorancias con las que lo habían programado para sobrevivir a las más imprevisibles misiones. Porque todo lo sabido por el Hombre era poco, o nada, ante la infinitud, y aún el Hombre no había querido ni podido rendirse ante la infinitud, y que sus neuronas o magnificentes computadoras tiraran sus banderas y aceptaran que estaban hechos para vivir sin saber sobre la Oscuridad Absoluta y la provocación intolerable de sus ambiciones de saber.

Después, al regresar a la Tierra, tras la cuarentena y la desconsideración alevosa, fue interrogado angustiosamente también por la actitud imperdonable de no considerar lo desconocido, las abrumadoras posibilidades matemáticas que tenía El Error a su favor y en contra del Hombre, Él en aquel caso trágico. Se había justificado, naturalmente. Habían transcurrido meses con los sensores penetrándole el cerebro, abrasándose, cegado por las luces de las drogas de la verdad, buscando razones y explicaciones. Pero no había convencido a los sensores ni a nadie humano. Lo desfragmentaron al fin, con insoportables sufrimientos y al fin sobrevino el estallido de su capacidad cerebral y su mente se vació para ser desde allí la forma y los meneos de las algas que flotaron por millones de años en los océanos terrestres.

Y eso fue todo y el fin para el Comandante Suzdal, o como quiera llamársele, espécimen único, que encontró en el espacio más lejano, y en «otra cosa», algunos retazos de la más antigua y sencilla felicidad que abandonó detrás de los cantos de sirenas de su propia naturaleza humana irremediable.

Pero no murió, ni prosiguió su sinuosa y nueva vida de alga carente de humanidad. Eso sería el perdón y el no sufrimiento. Los Instrumentistas no podían romper la ley, así que lo abrieron y le colocaron unos lóbulos innovados de percepción y agravada sensibilidad. Y en el planeta de castigo solo podría percibir y sufrir. Percibiría como un insoportable bramido una gota de agua que se rompe sobre el piso, y le perforarían los tímpanos el batido devastador de las alas de una mosca. Y eso cesaría por unos segundos, y cuando se diera cuenta de que estaba sin menoscabo y se recuperaba, sentiría otra cosa, y se recuperaría, y sentiría otra cosa, y así por la eternidad. ★

# **LA PENUMBRA**

ARWEN CRUZ



**Arwen Cruz** (Las Piedras, Uruguay, 2003) es escritora y estudiante de traductorado público. «La penumbra» obtuvo una mención de honor en el concurso Carbono Alterado 2022 y fue publicado en *Ruido Blanco 10*.

Sus ojos fueron lo primero que logré divisar en la oscuridad de la noche, eran carmesí, brillantes, con pupilas verticales como las de una serpiente. Lentamente, se acercó a los focos de luz que se hallaban a un par de metros de distancia. Pude observar un poco mejor el resto de su cuerpo, aunque su rostro aún se notaba difuso: era fuerte, musculoso. Me pareció que llevaba un corte al estilo punk; entonces fui yo quien se acercó a él, sentía curiosidad. En realidad, no tenía cabello; en su lugar, una cresta como la de un dragón y una serie de salientes y cúspides punzantes que recorrían su espina dorsal hasta la base de la columna, atravesando su camiseta gris.

Su piel era blanquecina, casi transparente, y se veían las venas a través de ella. A pesar de eso y del miedo que oprimía mi corazón, seguí caminando hacia él. Sus ojos rojos como la sangre me atraían. Su rostro era igual de pálido, labios azulados, y entre ellos sobresalían los colmillos superiores, más afilados que el resto de su

perfecta dentadura. Entreabrió la boca y pude apreciar una lengua bífida. A pesar de todo, sus rasgos convivían con cierta armonía.

—No puede ser.

Aquellas palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera contenerlas. El silencio se había roto y, como consecuencia, la tensión se tornó insoportable. Entonces, corrí...

Mis pies apenas rozaban el suelo; hasta que repentinamente dejaron de hacerlo, y fueron mis manos las que ocuparon su lugar.

Oí sus pasos acercándose. No corría, caminaba lentamente... Podría haber huido con facilidad, pero el miedo me paralizaba. En algún instante de aquella insufrible eternidad, el cielo comenzó a llorar y yo con él. Empapada, tanto por agua dulce como salada, miré sobre mis hombros, se había acercado lo suficiente. Ahora, también veía sus pies, pisando esta vez las diminutas lagunas provocadas por la lluvia, salpicándome.

En un último esfuerzo desesperado, intenté arrastrarme, alejarme, pero era imposible.

Me alcanzaría, solo lograría atrasar mi condena.

Cuando mi mano se apoyó en un trozo de vidrio roto y la sangre se diluyó en un charco de agua de lluvia, salí del trance. Reaccioné rápido, me estiré hacia la pistola en mi chaqueta y disparé una corriente eléctrica hacia la penumbra. Ya estaba neutralizado, y me permití un momento para recuperarme del pánico paralizante. Temblaba, y corría un sudor frío por mi frente, pero en menos de un minuto calmé mi corazón desbocado.

Con la frialdad que caracterizaba mi profesión, me incorporé, até sus muñecas a su espalda e hice la llamada.

—¿Qué tienes para mí? —interrogó la voz a través del intercomunicador.

—Una penumbra, no esperaba encontrar de esos por aquí —respondí en un tono acusador.

—¿Te tomó por sorpresa? ¿Vas a precisar nueva ropa interior?

No me dio gracia la manera en que se reía de mí, pero decidí ignorarlo. Había oído historias de esos monstruos nada más. Su mirada hipnotizante atraía a la víctima hasta su perdición, la volvía loca, presa del pánico, incapaz de recurrir a sus instintos. No era raro que los cazadores mejor entrenados de Thgárem arruinaran sus calzoncillos favoritos en su búsqueda. Pocos sobrevivían, y yo había capturado a una penumbra viva. Podía burlarse todo lo que quisiera, no iba a afectarme.

—Deja de jugar, Hor, necesito una nave con celda eléctrica lo antes posible.

—¿Qué pasó con la tuya?

—La dejé en casa, vine con compañía —ya me estaba exasperando—. Te lo dije, no esperaba encontrar una de esas bestias a la salida del club.

—Bien, ya la envió, no querríamos arruinar tu cita con sangre azul en el asiento trasero de la nave de tu compañía —su sonrisa torcida se oía incluso a través de la horrible estática que provocaba la mala señal de un planeta en pleno proceso de habitación.

—Trae más armamento y municiones, también, tengo el presentimiento de que este no estaba solo. ☼



**LAS TRES  
CLONES  
JAPONESAS**

MARCELO DAMONTE

**Marcelo Damonte** (Montevideo, Uruguay, 1967) es Licenciado en Letras y Master en Ciencias Humanas por la Facultad de Ciencias de la Educación (UdelaR). Ha publicado las novelas *Bosque de aliens* (2014) y *Bifrost* (2017), además del ensayo *Tarik Carson. Una teoría de la amenaza* (2019) y el compilado de cuentos *Los sapos invisibles* (2021). Ha coeditado y editado los volúmenes *Configuraciones del desvío. Estudios sobre lo fantástico en la literatura latinoamericana* (2017) y *El agua, la selva y el laberinto. Ámbitos de infracción* (2018), y publicado cuentos en antologías y revistas como *Ruido Blanco* y *Lento*. Coordina el Proyecto y revista *Tenso Diagonal* y el Grupo de Estudios Narrativas de lo Mutante (Florida-Uruguay). «Las tres clones japonesas» fue publicado en *Ruido Blanco 10*.

*Mira esas pequeñas criaturas  
que se mueven a lo lejos; míralas.  
Son hombres.*

**Michel Houellebecq**

Las tres clones japonesas sabían que no podían distraerse, incluso con esa multitud que las rodeaba como una marea. Sus permisos de *soggiorno* en calidad de clones de segunda había caducado hacía más de dos horas. Los embajadores de turno se enterarían pronto, si es que todavía no lo habían hecho. Si sucedió de ese modo, ellos seguramente habrán movido a sus subalternos internacionales de forma inmediata, para cubrir el mapa. Esa fuga no resultaba admisible, bajo ninguna circunstancia. Ellas se arriesgaban. Las penas por violar la ordenanza que controlaba las idas y venidas de los clones eran severas, no había que tomárselo en broma, podía ser su ruina académica o quizás algo peor,



aún. Se pusieron de acuerdo en privilegiar las conferencias grandes a los pequeños simposios y talleres, por una cuestión de número y de combinaciones, naturalmente. No hay como la muchedumbre para desaparecer a la gente. Ellas tenían esa teoría, y un descubrimiento interesante para lucir: la idea de los fantasmas de hologramas que aparecía en una novela de la ciencia ficción japonesa de principios del siglo pasado.

Marki, Tiza y Lo estaban radiantes. La conferencia magistral de la doctora canadiense Mica Roy, experta en bioingeniería de los sistemas cibernéticos y tecnóloga de los mundos virtuales, estaba por comenzar. Ella era famosa; sus escritos recorrían el mundo de la ficción y el de la literatura científica. Estaba en la lista de los campeones. Su conferencia de hoy era sobre los espectros de hologramas y las nuevas prohibiciones que se estaban instrumentando en la mesa internacional de tecnologías, con respecto a los métodos de trucaje y retro clonación de energías sin formato. Ecología cibernética, un poco esa era la idea.

La sala de conferencias estaba a tope, reinaba en ella un moderado bullicio. Mica Roy había llegado en punto, súper profesional, con su valijita verde y envuelta en un pañuelo maorí. Era pequeña, nerviosa, enérgica, y se movía a toda velocidad, tecleando cosas en su ordenador portátil como una maníaca. Hablaba sin leer, mirando poco hacia el auditorio, un poco como si no quisiera compartirlo todo, o buscara ella misma escapar, esconderse, en cualquier resquicio que hubiese más allá de su máscara de gafas de montura gruesa.

«Los nidos de espectros son causas mayores. En primer lugar, hay que observarlos de manera individual, como si fuesen fantasmas, por decirlo de alguna manera sencilla.

Los fantasmas o residuos de hologramas quedan en las partículas que constituyen la atmósfera, en las gotitas de humedad, en el aire que respiramos a nuestro alrededor, copiando la forma del continente, constituyendo energías sin formato definido que pueden convivir con la realidad cotidiana del ser humano en calidad de espectros; espectros de hologramas, para el caso de los hologramas; espectros de otro tipo, los que sean, si es que alguien prueba que existen y le interesa estudiarlos. Imagino que podrán investigarse, asimismo, los espectros de los clones, pero es ya es harina de otro costal, y preferiría que quede como comentario, como una idea lateral, no más que eso».

Los residuos de hologramas como energías sin cuerpo o de formato inestable pueden tornarse evidentes como espectros. Ecología ciber-tecnológica. La teoría de Mica Roy era en verdad genial, pensaba Marki, emocionada casi hasta la devoción. Tiza, Lo y ella lo habían sorteado con palitos y había vencido Lo. A ella le tocaba decir, intervenir en la conferencia para hablar del descubrimiento, así que cuando terminó la conferencia de la doctora Roy, Lo pidió la palabra. Luego de una brevísima presentación, Lo declaró que la intrigaba un dato que no se había manejado allí, y de ese modo soltó toda la cadena. Dijo que admiraba profundamente el trabajo de la doctora Roy y que estaba en posición de compartir la conveniencia de hablar de ecología tecno-cibernética para los mundos virtuales, pero que esa idea había ya se le había ocurrido a Hitachi Sorgo, el novelista japonés, a principios del siglo pasado; de hecho, aparecía en las primeras páginas de su novela, *Los fantasmas de Blue*.

El público asistente murmuró un poco, los decanos de la universidad que auspiciaba al congreso de letras

cuchichearon entre sí, pues para algo estaban, y por eso la doctora Roy fue la persona elegida para dar la conferencia y no otra, aunque no tenían ni idea acerca de lo que hablaba esa chica. De modo que hicieron silencio, y en su lugar se quedaron esperando la inevitable reacción de la doctora Roy, que tecleó maniática en su portátil por un par de minutos, antes de contestar.

Mica Roy nunca la miró. No lo hizo mientras la escuchaba, y tampoco lo hizo después de que Lo realizó la pregunta. Esa niña impertinente no existía, rotundamente. Mica Roy se quitó las gafas, miró hacia abajo, se rascó los ojos, repiqueteó un par de veces los dedos sobre la mesa, incorporándose apenas. Se dirigió a Lo sin verla, apuntando sus ojos hacia una zona indistinta, un lugar inventado, camuflado entre el público. Ella había sido así de impertinente como esa chica, cuando joven, y no había caso, siempre sería así; solo por ese motivo se dignó a contestarle a esa chica inexistente.

Mica contestó breve y desinteresadamente, fijando la vista en ese punto vagabundo entre el público. Con voz pausada dijo que ya lo sabía y que el tema no era de su particular incumbencia, al final de cuentas, que no le interesaba, dado que su campo de investigación era científico, no literario, y los residuos de espectros eran una cuestión de ciencia, no de literatura, de modo que prefería que la conversación versara en términos académicos científicos y no meramente anecdóticos o fantásticos. Después de eso, la doctora Mica Roy volvió a hacer una pausa larga, suspiró y les preguntó a las autoridades educativas del congreso y al público asistente si conocían la historia real del escritor Hitachi Sorgo.

Nadie se movió, y casi todos negaron con la cabeza.

«Hitachi Sorgo murió hace más de un siglo. En dos meses se cumplen los doscientos años de su nacimiento. Su nombre verdadero era Milo Izuki. Era un holograma que antes había sido un clon, y mucho tiempo atrás un original con el mismo nombre. En el ambiente científico todo el mundo lo sabe, forma parte de la historia clínica, podría llamársele, de los experimentos. En la mitad del camino de su vida original, Hitachi no tenía proyectos literarios ni de interés científico, era un escritor mediocre, que escribía unos cuentos largos y horribles, vagamente novelescos; de esto hace, digamos, unos ciento cincuenta años. En cambio, Hitachi Sorgo ignoraba que poseía algo mucho más importante que esa producción ridícula e impopular. Él era el dueño de un gran hoyo, un pozo profundo y oscuro donde la ciencia podía experimentar con varias cosas, entre ellas la difusión y el alcance de las noticias sobre teorías pseudocientíficas que se convierten en leyendas. En ese hoyo de Hitachi había mucho mito, bastante literatura y demasiada oscuridad. Era el lugar ideal para ponerlo todo, la ficción, el método, la ciencia y el mito, y con eso hacer un combo que sirviera de tubo de ensayo para algún proyecto científico. Por ese motivo, hablar de la influencia de Hitachi Sorgo en la teoría de los residuos de hologramas resulta, por lo menos, anacrónico. A ver si me explico con claridad: Sorgo decía lo que los hombres de ciencia le hicimos decir en sus cuentos y en sus novelas, esa es la pura verdad».

En realidad, lo que Mica quería decirle a Lo era que no dijese más estupideces y estudiara un poco, que indagara en la biblioteca, que investigara seriamente, antes de venir a soltar una bomba de humo de esa clase frente a ella, pequeña zorrita ingrata come libros. Lo pensó, pero no lo

dijo, y les dedicó a las tres japonesas una sonrisa forzada, más parecida a una mueca de reproche que a un gesto de simpatía.

Marki, Tiza y Lo se miraron entre sí y bajaron la cabeza, como el avestruz, sin éxito, en su afán esconderse de las miradas de varios de los asistentes a la conferencia.

Mica Roy seguía mirando hacia ese punto, ese lugar inasible entre el público, y por momentos de reojo a los organizadores del congreso que estaban en la primera fila. Un punto oscuro y misterioso que anida entre las personas, allí radica el misterio, esa es casi la definición misma de mito.

Desde su lugar, las tres clones japonesas solo tenían oídos para el silencio que reinaba en su interior, y en la cabeza la imaginación acelerada, paranoica, disparando mil imágenes en torno a los modos en que iban a ser capturadas por la policía del satélite. Las tres japonesas que se sientan juntas. Las tres japonesas que le hicieron el comentario fastidioso a Mica Roy. Las tres, porque no era solamente Lo, las otras dos estaban junto a ella. Eran las tres japonesas, aunque no fueran las únicas japonesas que estaban sentadas juntas. La doctora Roy era una experta, seguro podría distinguirlas y separarlas del grueso humano sin demasiado esfuerzo, o tener una opinión y odiar a los clones, por ejemplo. En ese sentido, su comentario sobre los clones había sido despectivo, les había restado importancia, proponiendo como idea alocada que alguien quisiera estudiar a sus espectros desde la ciencia o la literatura. Para Marki, Lo y Tiza espectros eran los tipos que iban a venir por ellas, de un momento a otro, a pedirles sus permisos de *soggiorno* de clones de segunda expirados. La orden de captura debía andar por ahí, en alguna parte,

esperando a que alguien se decidiera a dar la voz para ir tras ellas.

Mientras tanto, Mica Roy se rascaba la cabeza, pedía disculpas por la distracción y, de no resultar impertinente, decía si cabía la posibilidad de que le fuera repetida la pregunta, por favor. Lo cierto es que no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho el viejo pelado de la tercera fila en el medio. Lo había registrado apenas periféricamente, abriendo la boca como un maniquí, pero nada más; lo real es que mientras el viejo hablaba ella lo había aplastado en el silencio de su mente y de su pensamiento abstracto. El viejo pelado dijo que no tenía inconveniente en reiterar la cuestión. Posiblemente, era un antiguo alumno de Donald, el viejo cabrón y cascarrabias de Donald. El maldito todavía seguía enviando a sus huestes de alumnos rancios a contaminar los congresos de ciencia. Filósofos de la ciencia. ¿Quién quiere algo con ellos? ¿Quién los necesita?

Esto se pone raro, le susurró Marki a Tiza, que seguía con la cabeza baja, disimulando, haciendo como que tomaba notas frenéticamente en su libreta.

No lo puedo creer. No teníamos que decir nada, solo escuchar, aprender y no abrir la boca, intervino Lo en voz baja, absolutamente arrepentida de haber sido ella misma quien formulara la pregunta.

Les recuerdo que todas estuvimos de acuerdo con eso, intervino discretamente Tiza, levantando las cejas.

Quién podía sospechar que Hitachi Sorgo era un holograma, y antes que eso...

Antes, uno como nosotras, la interrumpió Lo, terminando la frase de Marki.

Nadie podía saber eso, susurró Tiza, desanimada.

Esa mujer acaba de decir algo muy gordo y nadie abrió la boca. ¿No les molesta? ¿Solo a mí me parece raro?, agregó Tiza, enfurruñada.

Hitachi Sorgo no se llamaba Hitachi Sorgo, sino Milo Izuki, y era un holograma, que antes fue un clon, y antes un original con nombre y apellido de sangre, repitió Lo en voz muy baja. No lo puedo creer, insistió.

Sí, es un asunto complicado, observó Marki, moviendo apenas los labios para dejar escapar un hilo de voz.

Ella dijo que las novelas de Hitachi eran una mierda, un vertedero, volvió a susurrar Tiza con tristeza.

Ella dijo que Sorgo decía, en sus cuentos y en sus novelas, lo que los hombres de ciencia le hacían decir. Eso es muy duro, es un golpe bajo, le cuchicheó Marki en la oreja a Lo, que parecía haber devuelto su interés a la conferencia de Mica Roy.

«Cuando los espectros de hologramas están presentes, la temperatura del aire cambia, la humedad, la densidad atómica. Si bien la energía de este tipo de formatos tiende a la entropía, parece que hay una tendencia a la aglomeración, a buscar un centro, a formar cuerpos más grandes: los nidos de espectros de hologramas», dijo Mica Roy con aire severo, para disimular la impunidad de aquella burla que se escondía detrás de su afirmación.

¿Crees que ella puede saber de nosotras?, preguntó Lo, segundos después, en voz bien baja, volviéndose discretamente hacia Marki.

No lo sé, chica, no tengo la menor idea.

Ella solo me vio a mí, qué desgracia.

Eso no es verdad; si ella vio algo, nos vio a las tres. Somos las tres japonesas que se sientan juntas, ¿no lo entiendes?,

farfulló Tiza, haciéndole un gesto con los dedos a Lo para que bajara el volumen de su voz.

¿Creen que deberíamos marcharnos? Yo creo que ella puede adivinarlo, tengo miedo, susurró Lo muy bajito al oído de Marki, pero mirando también a Tiza.

No seas boba, ella no puede adivinar nada, no tiene elementos para hacer eso, objetó Tiza, fastidiada.

No soy boba, ella es una científica grandiosa, y sabe más que nosotras tres juntas.

Una científica que utiliza estrategias de la ciencia ficción para elaborar una teoría de la ciencia, masculló Marki, ofuscada y con ganas de agredir.

Es cierto, ella habló de que en el hoyo de Milo había mito, literatura y que la ficción formaba parte de los proyectos científicos, apuntó brevemente Lo, volteando la cabeza para ver a Tiza que seguía fingiendo tomar notas como una desquiciada en su libreta.

Les recuerdo que ella también dijo que Hitachi decía lo que los hombres de ciencia «le hicimos» decir en sus novelas y cuentos, enfatizó Marki, haciendo un gesto de impaciencia. ¿En serio no lo comprenden?

¿Ella dijo «le hicimos»?

Dijo «le hicimos», estoy segura, suspiró Lo.

Tiza se la quedó mirando. No era una cuestión de verbos mal conjugados.

¿Cómo puede ser?, ella no es tan vieja, murmuró, confundida.

Cómo puede ser, no lo sé, balbuceó Marki, algo turbada, pero si lo dijo...

Es que estaba allí, agregó Lo, en tono dubitativo.

No hay duda. «Le hicimos decir» significa que ella estaba allí cuando empezaron a llenar el pozo de Hitachi,



la interrumpió Marki, hablando junto a su oreja, mirando también a Tiza.

El hoyo vacío del Hitachi Sorgo original, que en ese momento aún vivía, si no entiendo mal, insistió Marki, frunciendo el entrecejo.

Ella lo sugirió, opino igual que tú, apuntó Lo con suavidad.

«Milo era el dueño de un hoyo, de un pozo profundo y oscuro donde la ciencia podía experimentar con sus cosas, con las teorías pseudocientíficas que se convierten en leyendas». Anoté esa frase, dijo Tiza, complacida.

Marki la observaba fijamente.

Entonces ella es vieja.

O algo así, susurró Tiza.

«Los nidos de espectros de hologramas son fugaces, quiero decir, más fugaces que otros espectros posibles, por el mismo defecto que desregula las condiciones calóricas en la religión entrópica. Las energías que evolucionan de originales, sin formato molecular estable, desaparecen con la misma volatilidad que el vapor de agua. Sin embargo, creo firmemente que es posible retener una porción de su *vitalidad*, quizás podríamos decirle así, manipulando los residuos eléctricos que permanecen en las partículas que constituyen la atmósfera, el aire que respiramos», dijo Lo, recuperando la cita de la doctora Roy.

Sin embargo, ella no luce tan vieja, cuchicheó Tiza junto a la oreja de Marki.

No luce, no, le respondió Marki subiendo el tono, olvidando que no estaban solas.

La famosa Mica Roy, ahora entiendo... quién lo hubiese sospechado, canturreó Tiza, con una sonrisa pícaro dibujada en la cara.

Entonces, ella también es, susurró Lo, abriendo muy grande la boca, cada vez más sorprendida, a medida que pasaba el tiempo.

Así es, ella también, pensaron las tres clones japonesas al unísono.

En ese mismo momento, la doctora Roy alzó un poco la vista y se acomodó las gafas con dos dedos con aire displicente y miró directamente hacia el lugar en el que estaban las tres clones japonesas, que habían comenzado a removerse inquietas en sus butacas, guardando sus útiles con lentitud, sin hacer ruido, discretamente, serenas por fuera, pero deseosas de abandonar corriendo aquella sala cuanto antes.

Mica Roy sonrió para sí misma, luego volvió a bajar la cabeza, simuló escribir algo en su ordenador portátil, se cruzó de brazos y esperó a que el hombre gordo parecido a Trump se despachara con su pregunta ridícula acerca de si los espectros podían hacerse visibles para las personas comunes.

Para las personas comunes.

Ese tipo no había entendido nada.

Las tres clones japonesas habían comenzado a desalojar sus asientos de una en una.

Mica Roy ya lo sabía, sin necesidad de levantar la vista.

Tenía que darles tiempo para salir, por si acaso a alguno se le ocurría adivinarlo.

Volvió a simular que escribía en su ordenador, mientras el gordo parecido a Trump le daba vueltas y más vueltas a su tonta disquisición. Cuando terminó, Mica Roy se quitó las gafas y sintió el vacío a su alrededor. Un auditorio en completo silencio la observaba, prestándole atención a cada mínimo movimiento que ella realizaba, reverenciándola,

sin comprender absolutamente nada de lo que allí estaba sucediendo.

La doctora Roy se enderezó en su silla, se rascó la barbilla y acercó la boca al micrófono.

«Cuando los espectros de hologramas están presentes, la temperatura del aire cambia, la humedad, la densidad atómica. Si bien la energía de este tipo de formatos tiende a la entropía, parece que hay una tendencia a la aglomeración, a buscar un centro, a formar cuerpos más grandes: los nidos de espectros de hologramas», volvió a repetir con una sonrisa amplia, ahora sí, sabiéndose impune. (★)

**CUANDO  
CREZCAN DE  
NUEVO  
LAS FLORES**

CARLOS MARÍA FEDERICI

**Carlos María Federici** (Montevideo, 1941). Escritor y dibujante. Ha publicado los libros *La orilla roja* (1972), *Mi trabajo es el crimen* (1974), *Dos caras para un crimen* (1982), *Goddeu\$ (Los Ejecutivos de Dios)* (1989), *El asesino no las quiere rubias* (1992), *Cuentos policiales* (1993), *El nexo de Maeterlinck* (1993), *Llegar a Khordoora* (1994, 2018), *Umbral de las tinieblas* (1995) y *Nostalgia de estrellas* (2017). Su último libro es la novela de teología-ficción *Hotro* (2020). «Cuando crezcan de nuevo las flores» fue publicado en *Ruido Blanco* 4.

Las vi a través de la pared transparente de La Burbuja..., justo sobre el montículo. Yo no sé qué significa sorprenderse; tampoco entiendo de ironías. Pero de haberse encontrado allí el Señor, con seguridad que habría aludido a uno u otro de esos estados anímicos, si no a ambos.

El Señor... Conservo claramente su recuerdo, por supuesto, aunque fue uno de los primeros en acudir a filas.

—Cuídame bien a la Nena, Julio —me ordenó al partir—. ¡La dejo a tu cargo! (Todos me llamaban siempre así, Julio; aunque no es mi nombre verdadero, finalmente llegué a acostumbrarme). ¡No me falles, Julio!

Esto último era innecesario: bien sabía él que yo obedecería al pie de la letra. Nada le faltó a la Nena en tanto cohabitamos en La Burbuja... Hasta el más insignificante de sus caprichos fue indefectiblemente una orden implícita para mí. Como la vez en que, desde su lecho de enferma, suspiró:

—¡Cómo me gustaría que ya fuese primavera!

Lo expresó hace 700 días. No era lo propio, desde luego: el calendario indicaba que estaban transcurriendo aún las postreras semanas del invierno. Pero yo debía hacerla feliz, de manera que conecté la Primavera antes de tiempo.

Desde el cuarto de controles operé diales y conmutadores, bajé palancas y tecleé precisas directivas. Afuera, sobre la arena roja y seca, empezó a extenderse una creciente mancha de verdor. Docenas de tallos con sus hojas se abrieron paso a través del suelo, ondulando solemnes, como si los meciese una melodía silenciosa. De pronto, múltiples explosiones de color los matizaron: la Primavera «se vestía de flores», como le gustaba decir a la Nena.

Oprimí nuevos mandos, y hubo un revoloteo de aves trinadoras y una nube de insectos orbitó en torno a las policromas corolas que iban abriéndose por doquier. Enseguida, los campos de fuerza, activados, demarcaron un área resguardada de las tempestades.

—Ya es Primavera, señorita —anuncié.

La Nena se incorporó en el lecho. Parpadeaba, incrédula. Yo había puesto la polaridad en «transparente», de manera que la escena del exterior se le ofreció en toda su magnificencia a través de La Burbuja.

—¿Primavera, ya? —se extrañó—. ¡Pero si falta...!

—Véalo por sí misma —repuse.

Lo esencial era su dicha, como siempre, no el apego estricto a la norma. Al menos en emergencias como éstas.

Palmoteó, divertida. Comprobé que se le coloreaban las mejillas, lo cual confirmó lo acertado de la decisión adoptada. En cualquier caso, no se dañaba a nadie con aquella leve alteración de fechas, ya que estábamos completamente a solas en Marte desde el comienzo de las hostilidades.

Ella devoraba el paisaje con los ojos. Claro está que no ignoraba que todo era artificial; pero el realismo que yo había logrado conseguir en años sucesivos era bastante

aceptable, y además grato a la vista. No creo que nadie, fuera de un experto, habría advertido la diferencia con el producto natural. Las nervaduras de las distintas hojas, por ejemplo, tomadas de viejos hologramas, pasadas por escáner, computarizadas y luego minuciosamente copiadas, revivían en versiones de escrupulosa fidelidad: lo mismo en cuanto a los insectos: incluso el más fino vello de las patas de las abejas correspondía al modelo original, hasta donde yo podía conocerlo.

Y suponiendo que algo se me escapara..., bien, la Nena tampoco había visto nada de eso en vivo, como marciana de segunda generación que era, y sin haber tenido oportunidad de visitar la Tierra... Su corazón, tan débil, no habría soportado la gravitación del Planeta Materno.

Como fuese, era Primavera, ya que la Nena lo necesitaba.

—Saldría afuera, para disfrutar, Julio, pero el frío... Con esta tosecita mía...

Era cierto lo de la tos. Pero de cualquier modo, ella jamás habría dejado la protección de La Burbuja, debido a la gélida temperatura, las frecuentes tormentas de arena y la escasa proporción de oxígeno. Era una especie de simulación que compartíamos: yo le hacía el gusto cada vez que ella pretendía disfrazar la realidad... El Señor me había explicado que eso facilitaría las cosas para ambos.

Solíamos recordar al Señor y a la Señora. Yo, por supuesto, no olvidaba nada de lo ocurrido en otros tiempos, y ella me pedía una y otra vez que le repitiese anécdotas graciosas, hechos triviales y algún drama también, aunque en estos casos le brotaban lágrimas.

—¿Por qué tuvo que irse papá, Julio? —preguntaba, en voz baja—. ¿Por qué volvieron todos a pelear a la Tierra? ¿Tienes alguna explicación para un absurdo así?



—No puedo interpretar sus razones —le decía siempre—. Su padre habló de “deber cívico” y de «lealtad a la bandera». Puede suponerse que los demás habrán tenido motivaciones análogas... Cuando le pregunté si eso no me incluía, el Señor me dijo que mi lealtad se la debía a usted, por encima de cualquier otra consideración. Y a eso me atuve.

También había habido lucha en Marte; pero el Señor me ordenó explícitamente que se lo ocultase a ella. De manera que nunca le mencioné los cientos de cadáveres que fueron incinerados en la gran caldera central de La Burbuja cuando todo terminó. Una minoría, victoriosa sobre los amotinados, partió hacia la Tierra «en defensa de sagrados ideales», como se lo designaba, y jamás volvió. Tiempo después dejaron de recibirse las transmisiones, y un día la Tierra desapareció del telescopio.

La Nena y yo nos habíamos quedado escondidos, por orden del Señor, cuando todas las familias residentes fueron evacuadas, y se dismantelaron las instalaciones de investigación científica y un enorme silencio cayó una vez más sobre las desoladas planicies arcillosas... Ella debía ser preservada a toda costa, dijo el Señor. Su pequeña vida de tres años le era más preciosa, afirmó (y a mí podía confesármelo sin reticencias), que cualquier principio sobre gloria, honor o patriotismo. De manera que se valió de los privilegios de su alto cargo para reservar, en secreto, un depósito de comestibles cuya destrucción debió supervisar. Sólo yo sabría, desde entonces, cómo acceder a él.

—Si no hubiese sido por ti, Julio —me decía a veces la Nena—, ¿cómo habría yo sobrevivido aquí? ¡Y todo lo que haces para alegrarme, además!...

—Y el próximo año —le respondía yo—, quizás logre por fin ofrecerle flores de verdad, vivas... Estoy probando un nuevo fertilizante.

Durante cuarenta y cinco días de cada mes (cuando quedaba liberado de mis funciones habituales de mantenimiento), trabajaba en lo de las flores. Llegué a contabilizar 27.340 ensayos distintos, utilizando diferentes agentes químicos y térmicos, invariablemente sin éxito. Todos los años, por otra parte, inhumaba mis esporas sintéticas, siempre en base a fórmulas diversas, esperando que algo llegara a crecer en las zonas irrigadas por los equipos destiladores. Pero nada positivo había conseguido.

—¡Cómo te esfuerzas!... —sonrió la Nena, en aquella Primavera final—. Pero apostarí a que no es solamente por mí que lo haces... ¡Me parece que a ti también te gustaría ver flores de verdad!

—Cabe en lo posible —contesté, con mi imbuida diplomacia.

—¡Lo que sucede es que eres todo un poeta, Julito mío! ¡A ver, rápido! —y levantó de súbito un índice juguetón, para añadir, en fingido tono imperioso—: ¡Te doy un minuto para que me hagas un versito sobre la primavera!

Sólo necesité treinta y tres segundos, dos décimas. No tenía más que bucear en mi memoria y entresacar de viejas estrofas que sabía del gusto de ella —la Nena padecía de marcada proclividad hacia lo anticuado—, para terminar elaborando algo por este estilo:

*Serán tiempos más dulces, mejores...  
Gozaremos de tibias y plácidas brisas,  
de aromas fragantes y alegres sonrisas,  
cuando crezcan de nuevo las flores.*

A ella le encantaban estos poemas, o «versitos», como incorrectamente los denominaba... Era durante la época primaveral (ficticia o no) que se endulzaba su vida. Yo hacía lo posible por prolongársela; por eso, a veces, como había ocurrido 700 días atrás, adelantaba un poco la Primavera. Pero, desde luego, aquello no podía continuar indefinidamente.

Noventa y ocho años marcianos, de 687 días cada uno, son demasiados para cualquier ser humano. La Nena murió poco después de aquella Primavera extemporánea; de acuerdo a su expresa voluntad, no la cremé.

Pero, tras el rito final, sólo un vacío... No tenía nada programado para después. ¿Mantener en funcionamiento las instalaciones? ¿Continuar sintetizando energía? ¿Con qué objeto? ¿Para qué servía ahora la Burbuja?

Cuando al fin las descubrí, llegada la primavera real a que hacía referencia al principio, salí al exterior para verlas de cerca. Mis pasos marcaban hondas huellas sobre la greda rojiza de Syria Planum; pero las ráfagas reiteradas de una tempestad las deformaban de inmediato.

Me arrodillé junto al montículo bajo el cual descansaba el cuerpo de la Nena. La sombra del Olympus Mons, cuya cima alcanzaba 23 kilómetros de altura, caía sobre él, pero no lograba apagar los colores de la guirnalda viva que lo adornaba.

—Son flores —constaté—. Han crecido al fin.

Con gran delicadeza, mis dedos de acero inoxidable arrancaron una. Tenía el color correcto; también despedía un leve aroma, que mis sensores captaron de inmediato. Decidí que eran perfectas. Su nombre era: nomeolvides. Por fin... Debió haberlo causado el ingrediente faltante, ese que jamás había logrado sintetizar en el laboratorio.

La carne y sangre de ella lo habían proporcionado.

Me puse de pie, sin que se escapase siquiera un rumor de mis articulaciones, perfectamente lubricadas. Soy un JUL-10, y puedo seguir activo durante milenios todavía. Pues soy capaz de reabastecerme y de arreglar cualquier parte que se descomponga en mí. Puedo cumplir con mi tarea.

Y ya tengo una: cuidar las flores, para que se propaguen. Algún día, todo Marte estará alfombrado de ellas.

Y será como si la Nena siguiese sonriendo. (★)



# **LOS OLVIDADOS**

MAGELA GARCÍA CABRERA

**Magela García Cabrera** (Libertad, Uruguay, 2003) hasta la fecha solo ha publicado este cuento, que obtuvo el primer premio en el concurso Carbono Alterado 2021 y fue incluido en *Ruido Blanco 9*.

Hacía cien años, dos meses y treinta días que la ciudad se había elevado, dejando debajo todo lo insignificante y deplorable que en ella habitaba, nosotros. Según ellos lo hicieron para poder avanzar. Pero, ¿Cómo poder ascender pasando por encima de otros sin destruirse a uno mismo en el intento?

Bajo Leben estaba condenado a servir a los de arriba, al Alto Leben. Al principio estas dos ciudades eran una, un solo pueblo que vivía de la manera más cotidiana que el mundo le permitía. Pero un día ese mundo cambió.

Una serie de eventos afortunados o desafortunados dio paso a una tecnología más inteligente, capaz de lograr cosas nunca antes vistas: robots, computadoras, androides, todo a disposición de las personas. Bueno, al menos a disposición de los más privilegiados. Y como el cielo era el límite sintieron que debían estar más arriba.

Todos esos eventos llevaron a que este día, en este momento, una voz no humana me despertara a la misma hora que en mis últimos dieciocho años de vida.



—Queridos habitantes de Bajo Leben su tiempo de descanso ha terminado. Por favor, se les solicita prepararse para sus tareas matutinas —este mensaje se repitió hasta que me levanté de la cama y presioné el botón en la pantalla junto a la puerta, de donde salía el sonido. Esa voz ya me era tan familiar, era el Control y Alarma Matutina Imperdible, o como sus siglas señalaban, C.A.M.I.

Rápidamente me vestí y salí de la habitación, que no era más que un contenedor junto a un grupo de otros contenedores donde dormían otras personas. Estos eran lo suficientemente grandes para que cupiera la cama y una repisa donde colocar tus pertenencias. Las ventanas estaban situadas en el techo o en una de las paredes. Esto variaba dependiendo de la ubicación del contenedor, ya que algunos se encontraban encima de otros. El mío era el tercero de la torre así que me tocaba bajar unas escaleras para poder llegar al suelo.

Al tocar tierra me apresuré a llegar al Gran Salón ubicado en el centro de la ciudad. En el camino, otras personas también salían de sus habitaciones y en cada esquina una cámara nos controlaba a todos porque, aunque no los veíamos, los de arriba siempre nos mantenían controlados.

\*\*\*

El Gran Salón consistía en un galpón enorme con capacidad para albergar a todos en Bajo Leben, repleto de mesas y sillas donde la gente devoraba sus comidas diarias.

Me dirigí hacia el mostrador donde el robot encargado de servir la comida de todos me dio una bandeja con mi ración diaria de lo que al parecer eran papas con arroz. Hice una mueca y contuve mis palabras. Había observado los

cajones llenos de diferentes frutas, verduras y carnes que enviaban a los de arriba en pequeñas naves no tripuladas. Obviamente nos dejaban las sobras.

Pero no había nada que hacer. No iba a discutir sobre el sabor de la comida con un robot, así que sostuve la bandeja con fuerza y marché hacia la mesa del fondo donde solía sentarme.

Al llegar a ella vi que mi amigo Van ya se encontraba desayunando y por lo visto también estaba por acabar.

—Qué cara Indira —Van sonrió al verme— ¿C.A.M.I no tuvo compasión de ti esta vez?

—Nunca la tiene. Y la comida de este lugar tampoco ayuda a mi estado de ánimo.

Mis quejidos parecían causarle gracia porque cuando me senté a su lado él todavía trataba de contener la risa que salía de sus labios.

—Tal vez esto podría alegrarte el día —dijo Van sacando de su bolsillo un manjar increíble.

Yo no podía contener la emoción y él llevó un dedo a su boca indicando que hiciera silencio.

—¿Cómo las conseguiste? —susurré arrancando algunas uvas del racimo y llevándomelas a la boca rápidamente.

—No revelo mis secretos de saqueador a cualquiera —susurró también él, pero al ver la mirada que le lancé continuó hablando con una pequeña sonrisa arrogante—. Las tomé de una nave al terminar mi jornada ayer. Al parecer surgió algún problema y no pudo partir al mismo tiempo que las otras. Tranquila, nada ni nadie me vio.

Que alguien lo viera era lo que menos me preocupaba.

Van era una persona osada, no temía ser encontrado haciendo algo ilegal, ya sea porque tenía la certeza de que

no lo pillarían o porque simplemente estaba loco. Siempre se arriesgaba a hacer cosas como estas: robar algún alimento, sabotear a robots de la limpieza o intentar cruzar la frontera que nos mantenía en la ciudad. Esta última podría no haber salido tan bien.

Van se despertó un día con la idea de huir y ver que había mucho más allá de los bosques que nos rodeaban. Aprontó una mochila con las pocas pertenencias que tenía, besó mi mejilla y se despidió, manifestando que volvería cuando alcanzara a cruzar más allá de los árboles. Pero no llegó muy lejos.

Desde pequeños una leyenda popular contaba que alguien muy valiente, en los primeros años de la separación de la ciudad, intentó atravesar la barrera invisible y murió en el intento. Aún sin poder verla la gente le temía a ese artefacto creado por los de arriba que nos mantenía aislados y sumisos. No podías dejar de pensar que al ver al horizonte solo estabas viendo a través de un arma mortal.

Pero ese día Van ignoró todas mis advertencias. Ciego de adrenalina avanzó hasta el límite, ahí donde el pasto adquiriría otro color y estiró su brazo izquierdo. Su grito quebró todo el silencio de la noche. La barrera había cortado su mano.

El simple recuerdo del hecho hacía estremecer a mi cuerpo.

Vi como Van llevaba unas uvas a su boca y suspiré. Era un suspiro de alivio.

Él había logrado confeccionarse una nueva mano utilizando piezas de su colección. Robadas, obviamente. Y con tiempo y dolor invertido, Van integró efectivamente la mano de un androide a su cuerpo.

—Lamento haber traído solo un racimo —continuó hablando Van después de mi largo silencio—. Logré conseguir más pero tenía hambre y me las comí todas anoche. Lo siento.

—No te preocupes —hice un gesto con mi mano restándole importancia—. Si sigo comiendo estas cosas mal acostumbrare a mi estómago y luego no podre ingerir nada de lo que sirven aquí.

Van estuvo de acuerdo conmigo. Levantó de la mesa su bandeja, pero tan pronto como la agarró así la soltó, causando un sonido tan estruendoso que hizo que todas las personas alrededor miraran en nuestra dirección. Él se aferró a su mano izquierda.

—¿Te duele? —pregunté preocupada. Había tardado en acostumbrarse a su mano nueva y los primeros días tuvo que soportar algunos dolores. Yo pensaba que esa etapa ya había pasado.

—No duele. Pero últimamente ha estado dándome algunas descargas eléctricas, como si tuviera alguna falla.

—¿Falla? —mi sorpresa era real—. Pero esas cosas no fallan.

—Lo sé, nunca lo han hecho. Pero últimamente las cosas se están poniendo raras —su cara no mostraba su típica sonrisa. Esto era serio—. La otra noche estaba en el techo de mi contenedor y vi caer algo en el cielo. Fui a investigar y resultó ser que eran robots. No los de aquí, sino que eran del Alto Leben. Mi despertador tampoco sonó. Sumando el tema de la nave ya van tres fallas en lo que va del mes.

No sabía si preocuparme. Esas cosas, esa tecnología, eran lo que nos regía pero también lo que nos mantenía. Si ellos se derrumbaban, así nuestras vidas igual.

Iba a responder cuando la voz de los parlantes habló en mi lugar.

—Queridos habitantes, se les solicita comenzar con las tareas correspondientes. Por favor, retírense pacíficamente a sus puestos de trabajo.

Van y yo nos levantamos de la mesa, dejamos nuestras bandejas vacías sobre el mostrador y salimos del Gran Salón. Ambos teníamos como tarea la recolección de alimentos en la zona agrícola de la ciudad. Allí nos conocimos, cuando accidentalmente dejé caer un cajón lleno hasta las narices sobre su pie, desde entonces hemos sido grandes amigos. El cuida mi espalda y yo trato de que no se meta en más líos de lo normal.

La zona agrícola se encontraba a las afueras de la ciudad, más allá de la nube de metal llamada Alto Leben. Era una zona donde abundaba lo verde, a diferencia del centro donde los colores predominantes eran el marrón tierra y el gris contenedor. Estaba dividida en hectáreas, y las personas hacían filas en las entradas de cada una, ya que todos teníamos que reportarnos al entrar o sino recibiríamos una penalización.

Al llegar a la entrada una cámara me recibió sobre mi cabeza y una voz robótica me incitó colocar mi huella dactilar sobre la pantalla.

Eso hice y después la voz volvió a hablar.

—Trabajador número 10.531, Indira Mori.

Retiré mi dedo rápidamente y me adentré en la plantación. Esa cámara me ponía nerviosa.

\*\*\*

Era avanzada la jornada laboral cuando el sol empezaba a hacer efecto en mí y el sudor se extendía por toda la cara y cuello. Había olvidado mi sombrero en la habitación y comenzaba a arrepentirme. Era extraño tener días nublados o de lluvia, por lo que este clima era el habitual. Tanto lo era que las personas de esta área teníamos la piel más quemada que otros, y nuestros cabellos se tornaban rubios en algunas partes.

En ese momento Van estaba frente a mi juntando algunos tomates cuando, de nuevo, pude ver que el dolor se extendía sobre su cuerpo haciendo que se doblara sobre sí, agarrando su brazo y cayendo.

Rápidamente corrí a ayudarlo, y fui la única, nadie quería arriesgarse por ayudar a otro y que esto le costara su comida el día de mañana.

—¡Van! ¿Estás bien? —llegué a donde mi amigo se encontraba y por su cara pude deducir que la respuesta a mi pregunta no era buena—. ¿Estás seguro de que esto no es nada? —señalé el brazo robótico que se sostenía y del que salía una débil luz roja.

Van se sentó apenas y pese a todo logró hablar con tranquilidad. Algo muy característico de él.

—Creo que ahora sí me duele —dijo mientras me daba una sonrisa. No sabía cómo podía hacer bromas en un momento como ese—. Las descargas se volvieron más fuertes nada más.

—¿Nada más? —grité—, ¿Cómo que nada más? Van, esa cosa te hizo perder la estabilidad, te está haciendo daño.

—Tranquila, no es nada que no se pueda arreglar. Solo tengo que ir al taller y listo, pero por nada del mundo me deshago de ella.

—De acuerdo, entonces tienes que ir ya mismo a solucionarlo —le ordené.

—Pero, no puedo hacerlo, tengo que terminar el trabajo.

Al final llegamos a un acuerdo. Van iría directo al taller mientras yo me quedaba allí para cumplir mi jornada, aunque tendría que quedarme unas horas extras para así cubrir también el sector que mi amigo había dejado sin recoger, ya que las maquinas pasaban al atardecer para verificar que todo estuviera en orden.

Eso no me importaba ni me producía una carga extra, por el contrario estaba feliz de poder ser de ayuda para Van, porque sabía que de estar en su lugar el haría lo mismo por mí. Además, había visto la expresión en sus ojos al decir que podía arreglarlo. Su mirada se llenó de incertidumbre ante ese problema del que, estando segura, él no podía resolver y eso lo llevaría a la desesperación. Porque Van no era nada sin su nueva mano, y la ausencia de ella solo traería los recuerdos de las malas decisiones que alguna vez tomó y que juró olvidar.

Tenía que ayudarlo. Eso fue lo único que mi mente pudo procesar en todo el día. Algunas personas creo que intentaron entablar una conversación conmigo pero no pude recordarlo bien, lo único que mi mente maquinaba en ese momento eran posibles soluciones para el problema de Van.

Ya el sol no se veía en el horizonte cuando me dirigí a la salida. Era la única persona que quedaba en la plantación, ya todos se habían ido hacía hora y media atrás y el frio comenzaba a hacerse presente cubriendo todo el pasto de rocío. Por eso aceleré mis pasos.

Estaba por llegar, solo tenía que cruzar la zona de carga y estaría afuera, solo que una nave llamó mi atención. No

había otras alrededor, de hecho era la única en todo el lugar. Me acerqué para verificar si se encontraba alguien en ella pero no, lo único dentro eran los cajones repletos de alimentos esperando ser transportados.

Me acordé de la conversación que tuve con Van esa mañana, en la que me contaba de donde había robado las uvas. Al parecer otra nave, o la misma, sufrió un error a la hora de volver a Alto Leben.

Entré sigilosamente en ella. No encontré ninguna cámara observándome así que seguí mi camino. La nave era casi del tamaño de nuestros dormitorios, tal vez un poco más grande, los cajones estaban agrupados en dos filas contra las paredes dejando un pasillo por donde caminar. Al final de este se suponía debía ir una cabina de pilotaje, pero al ser esta una nave no tripulada solo hallé un espacio vacío y una pantalla en donde se leía la palabra «retrasado».

Nerviosa volví en mis pasos. Esa nave no debía estar ahí en ese momento y yo tampoco. Pero antes que nada, agarré algunas frutillas para el camino.

\*\*\*

El taller de Van se ubicaba al final de un callejón poco transitado en la zona céntrica de la ciudad. Anteriormente este había sido un centro de almacenamiento textil, pero a partir de un incendio tuvo que ser trasladado a otro edificio.

Entré en él y un silencio sepulcral reinaba en toda la estancia. Las luces no estaban encendidas por lo que la oscuridad también se hacía presente a esa hora del día.



—¿Van? —grité a la nada.

Durante algunos segundos no obtuve respuestas, pero la voz de mi amigo se escuchó en la habitación contigua.

A ciegas intenté dirigirme hacia allí sin tropezar con ninguna pieza, tanteando con mis manos lo que tenía alrededor. Cuando pude palpar la puerta que dividía la primera sala de esa segunda busqué instintivamente el interruptor y encendí la luz.

La habitación no tenía mucho mobiliario, solo contaba con una amplia mesa en el centro y estanterías sobre las paredes. Estas últimas no estaban muy ocupadas, la mayoría de los objetos del taller se encontraban en la sala que había dejado atrás.

Van estaba sentado sobre la mesa. A su derecha una caja de herramientas, y a su izquierda, destruida, la mano robótica que antes se encontraba unida a su cuerpo.

—¿Qué pasó? —pregunté sentándome a su lado, aunque ya imaginaba lo que podría haber sucedido.

Mi amigo tenía la cabeza inclinada, no pude verle la cara hasta que se irguió. Su cara no tenía ni un ápice de felicidad, sus ojos reflejaban tristeza, o tal vez era desilusión.

—No sirve, está obsoleto —la voz de Van sonaba algo rasposa. Quizás habría llorado en algún momento—. Pensé que podía arreglarlo, pero no.

El estruendoso sonido de la mano estrellándose contra el suelo me sobresaltó. Van la había pateado. Vi lo deteriorada que estaba y le pregunté si en el camino desde la plantación hasta allí las descargas eléctricas la habían dañado más.

—Sí —respondió—. También le di algunos golpes con el martillo.

El hecho de que se atreviera a dañar más de lo que estaba la mano me dio a entender que no tenía ningún arreglo. Esa era la única que había logrado adaptarse a él de manera eficaz, todos los demás intentos fracasaron. Van no arruinaría su única oportunidad de tener todas sus extremidades completas por un simple berrinche.

Ambos nos quedamos en silencio. Recosté mi cabeza sobre su hombro y suspiré. Él no tenía la culpa de haber nacido donde nació, ninguno de nosotros la tenía, pero aun así teníamos que cargar con una ciudad entera sobre nuestras cabezas. Por su culpa no teníamos vida, por su culpa Van perdió su mano, y es deber de ellos devolvérsela.

Fue ahí donde recordé a la nave en la zona de carga.

—Tenemos que subir —expresé mi idea en voz alta.

—¿Dónde? —Preguntó mi amigo a la vez que yo sacaba de mis bolsillos las frutillas que había robado y se las daba—. No... ¿Cómo?...¿Cuándo?

—Mañana al atardecer. Si tenemos suerte el problema de la nave no se habrá solucionado y podremos subirnos a ella sin que nadie se dé cuenta. Conseguimos una nueva mano o alguien que pueda ayudarnos y listo. Es un plan perfecto.

—Es el peor plan que he escuchado en mi vida. Dime Indira ¿Qué nos asegura que esa nave esté allí mañana? o peor ¿Qué nos asegura que esas personas querrán ayudarnos?

Por un momento considere echarme para atrás. Tal vez mi plan si era ridículo e inimaginable, pero una parte de mi sentía que debía hacer algo, cualquier cosa con tal de ayudar y salir de allí.

—Es verdad —comencé mirado fijamente a Van—, tenemos todas las de perder, pero nada será peor a esto. Si nos descubren aquí abajo será como cualquier otro castigo. Si lo hacen allí arriba no tengo idea de lo que pasará pero lo habremos intentado. Imagina que lo logramos, solo por un segundo cierra los ojos, imagínalo y dime como se sentirá.

Él no me respondió, al menos no con palabras, simplemente cerró los ojos, se tomó un momento y cuando los abrió la sonrisa estaba de vuelta en sus labios.

Confirmado. Tendríamos la mayor aventura de nuestras vidas o nos castigarían en el intento.

\*\*\*

Era el momento. Las personas comenzaban a retirarse de la plantación y solo quedaríamos nosotros.

No pegué un ojo en toda la noche, nerviosa, emocionada, asustada, no supe cómo definir aquel sentimiento que llenaba mi cuerpo y lo mantenía alerta.

Para ese día Van había optado por usar una chaqueta sobre su habitual camiseta. No hacía frío, el día era soleado. Intuí que la usaba para ocultar su brazo de los demás.

Cuando ya no quedó nadie a la vista nos encaminamos hacia la zona de carga. Para nuestra suerte una nave solitaria nos esperaba serena.

No sabíamos cuando arrancaríamos. El único indicio que sugería que esta nave era una nueva y no la que había estado retrasada ayer era que la carga era distinta, había manzanas en vez de frutillas. Así que nos hicimos un espacio entre los cajones y nos sentamos a esperar.

La nave cerró sus puertas en torno a la media noche.

Van y yo estábamos dormidos cuando el sonido y el zarandeo del motor se hicieron presente. Nunca antes había estado tan lejos de la superficie, por lo que me aferré fuerte de la chaqueta de Van. Él se mantuvo tranquilo.

Miles de preguntas llenaron mi mente. ¿Cómo sería allá arriba?, ¿que nos encontraríamos?

La única imagen del Alto Leben que había visto en mi vida era una antigua que encontré de paso mirando antiguas revistas, más allá de eso todo lo que podría imaginarme eran solo especulaciones, hasta ese momento. Cuando esa nave aterrizara se acabarían las teorías, todo se volvería realidad.

El viaje solo duró unos pocos minutos. Cuando el motor dejó de sonar y la puerta se abrió supimos que era nuestra señal de salida.

El espacio donde aterrizamos no era diferente a lo que ya conocíamos, un galpón. Tal vez era el área de descarga.

El eco realizado por una maquina a lo lejos hizo que nos apresuráramos. Salimos por la primera puerta que vimos y el viento intenso de la noche golpeó nuestros rostros.

\*\*\*

Observé a mí alrededor. Las calles estaban desiertas y los edificios se veían monumentales.

Tomé la mano de Van, entrelacé nuestros dedos y nos encaminamos hacia donde la luz brotaba. Ese lugar sería el centro de la ciudad. Ahí estaría nuestra solución.

Tal como lo predije el centro era una plaza circular en donde cientos de farolas iluminaban lo que había a su

alrededor. En nuestro camino encontramos algunos robots apagados por las calles. En ese lugar la presencia de esos artefactos era mayor, pero ninguno estaba encendido.

Quizás en la noche no funcionaban, pensé.

Localizamos un edificio con las luces encendidas y nos adentramos en él. En todo el lugar no había ni una sola persona. Intentamos con otro y tampoco estaba habitado. Eso ocurrió con cada uno de los edificios de la ciudad a los que entramos.

El sol empezaba a asomarse cuando con Van, cansados, volvimos al área de descarga después de inspeccionar cada rincón del Alto Leben. No encontramos ningún rastro que evidenciara la presencia de personas en ese lugar.

Al llegar al galpón, más iluminado que hace algunas horas, pudimos ver lo que anteriormente pasamos por alto.

Cajones.

Cajones llenos de frutas, verduras y carnes, apilados, amontonados, sin ningún orden en específico. Algunos tenían su cargamento completamente podrido y otros estaban en su proceso de descomposición.

Fue ahí, cuando el olor putrefacto llenaba nuestras fosas nasales, el silencio nos ahogaba y nada de lo que veíamos estaba vivo. Fue ahí cuando la realidad nos golpeó.

Las maquinas habían comenzado a fallar porque nadie estaba para arreglarlas. Y nosotros trabajábamos arduamente para nada, para nadie. Porque las personas de arriba hacía mucho tiempo que se habían ido, dejándonos completamente solos. Ⓢ

# EL REBAÑO DE TAURÓN

JUAN GARCÍA PEYRALLO

**Juan García Peyrallo** (Colonia, Uruguay, 1981). Ha publicado sus cuentos en libros como *Ruido Blanco 7, 6 y 5*, que incluyó «El rebaño de Taurón». En 2017 obtuvo una mención de honor en el concurso de cuentos Carbono Alterado.

Si usted señor lector, tuviera los conocimientos y habilidades que he adquirido a lo largo de mi vida en el manejo de la física cuántica, sabría que en la constelación Hydra, también conocida como serpiente de mar, existe una estrella enana de tipo «G», la cual es orbitada entre otros, por un pequeño planeta con dimensiones similares a nuestra tierra llamado Taurón.

A pesar de los cientos de años luz que nos separan del hallazgo, usted se sorprendería de las similitudes que compartimos con los «Tauroninos», o, mejor dicho, los «Gopal», como reconocen a su gentilicio, ya que estos poseen no solo una estrecha similitud a la nuestra en forma, sino que también compartimos una estructura social de similar índole.

En breve estadía, ya uno puede notar ciertas diferencias de mero carácter observativo, que nos permitirían delinear disimilitudes entre ambas especies, lo cual, sería el deleite



de distintas áreas investigativas de nuestra ciencia, pero vayamos por partes.

El «Uku», algo que análogamente nosotros llamaríamos pueblo, se divide en dos géneros bien diferenciados, mediante los cuales se aparean y reproducen de igual forma a la nuestra, y con la misma finalidad, la preservación de la especie.

Esta acción, muchas veces converge en que los involucrados, formen un «Gud» o base familiar, donde se asientan para llevar a cabo dicha empresa en situaciones más favorables para el cometido. Tradicionalmente, la descendencia de esa «Gud», en forma de racimo, habita las inmediaciones donde hallaron conveniente arraigarse, formando una gran «Ummatu» o familia, valga la aclaración.

Las crías, más allá de la tradición oral con que reciben sus conocimientos, son educados en centros públicos bajo estricta doctrina gubernamental, y los adultos, trabajan para el «Uku» por el sustento, pasando rara vez a retiro. No porqué les sea privado ese beneficio, más bien por la corta longevidad que estos alcanzan, pero ello es un factor antropológico que más adelante abordaremos.

Cómo sociedad, factores que quizás a nosotros en la actualidad nos conciernen, ellos analíticamente ni siquiera se los plantean, cómo puede ser inseguridad, salud o política. La primera, hace siglos que basada en sus creencias fue erradicada. La salud, de manera conveniente, está direccionada al prevencionismo más que a invertir esfuerzos en soluciones absolutas, y la política, bueno, la política podríamos decir que es un caso aparte.

Usted no crea, que ante desmedido descubrimiento, me he tomado la ligereza, euforia, o negligencia, de

hacer un trabajo investigativo basado en primeras impresiones o plagado de subjetividad que entorpecería la finalidad misma de este comunicado. Todo lo contrario, me llevó varias visitas y arduo trabajo cimentado en el profesionalismo, para darle una noción remota del enunciado aquí expresado. Dicho esto, paso a informarles sobre la célula madre que sustenta dicha civilización, la política y sus anexas creencias.

Los «Gopal», responden y reconocen a un único líder a quien llaman «Nayat», que, como soberano, se arroga el derecho de gobernar con poderes absolutos sobre el resto, siendo el guía y responsable del destino del «Uku» de Taurón. Nadie cuestiona su autoridad ni la de su magno aparato gubernamental, porqué hacerlo, sería desafiar directamente a «Nanna»; y en Taurón todos saben el destino de tal insensato acto.

Recuerdo las disertaciones con mis colegas posterior a mis primeros viajes. Llegado a este punto, no faltaban defensores de la democracia conocida, que levantarán la voz y señalarán al Nayat, un tirano de un Uku sometido. Pero ese concepto es erróneo, puesto que el Nayat, no logró o instauró su poder mediante la fuerza o usurpación. Su ascendencia, fue reconocida por su valentía, liderazgo y adoración a Nanna, para encomendarles, más que el beneficio, la responsabilidad de guiar al Uku en su destino.

No comparto por completo el concepto de monarquía en que se declina el resto de los detractores del tema, si bien me parece una conceptualización más próxima en cuanto a noción general comparativa, existen ciertas condicionantes implícitas en la figura del monarca, cómo lo es la abdicación, que no aplica a la abstracción del Nayat, sin contar que cumple una doble función, la de

líder político y espiritual. Por tanto, y si me es permitido adjudicar a título personal una definición conceptual, definiría su figura como un «Califato astronómico», y no se preocupe, ya hablaremos de ello.

Hasta aquí, usted habrá notado en términos generales, que son más las coincidencias las que nos acercan al «Gopal» de Taurón, que las diferencias. Son individuos con similitudes biológicas a las nuestras sorprendentes, los cuáles, a través de su diferenciación de género, constituyen una «Gud», como lo hacemos nosotros en matrimonio, y del cual, mediante la derivación inherente del hecho antes mencionado, se constituye una «Ummatu» o familia, propagándose en forma de «Uku», o pueblo. Ésta figura, es guiada y organizada bajo la figura del «Nayat» o líder, que les permite vivir en perfecta comunidad.

En este punto imagino se estará preguntando, ¿que los hace diferentes entonces a otras civilizaciones humanas estudiadas y conocidas?, es aquí cuando quizás descubra, que aún resta por hablar lo que considero fundamental a lo largo de la historia de cualquier civilización; sus creencias o religión.

En Taurón, el «Uku» le debe a «Nanna», su diosa materializada en satélite natural bajo nuestra concepción, simplemente una sencilla cosa, «felicidad». Porque quién no sea feliz bajo su mirada, y ella todo lo ve, «Nanna» lo condena fulminantemente a la extinción.

Llegado a este punto en mi relevamiento científico, debo admitir lo difícil que fue a un hombre de ciencia como yo, tomar con seriedad y objetividad un hecho tan fantástico e inusitado, donde una diosa esférica de roca, a la que nosotros llamaríamos luna, pudiera someter a una

civilización entera a su voluntad, efectivizada mediante la palabra del «Nayat».

Por ello, y para entenderlo desde su percepción, sin emitir previamente juicios que en ese momento sentía plagados de vicios prejuiciosos, decidí interiorizarme más en su mitología y en el surgimiento de esta creencia tan, como decirlo, quimérica.

No fue fácil, lo admito. Una cosa es ser observador de los hechos y costumbres que suceden, y otra muy distinta es profundizar en creencias milenarias; pero el hecho que su presente sea tan devoto aún a esas creencias, allano mi camino para tener una noción de como todo habría comenzado.

Taurón, en un pasado lejano, era orbitado por dos satélites: «Nanna», la diosa blanca y exorbitante que hoy se observa desde su superficie, y «Hud», una pequeña luna contigua que podía observarse naranja y brillante en contraste de la anterior. Una simbolizaba la felicidad, la otra la tristeza. Y si bien la felicidad era más grande que la tristeza, el tono aloque estridente de «Hud», recordaba que el poder no siempre radica en el tamaño.

De igual forma que los sentimientos en un ser tipo, por lo general logran convivir en armonía y equilibrio, existen otros como la avaricia y la codicia, que creen poder torcer esa balanza de estabilidad emocional para hacerse con la hegemonía de los mismos. Muchas veces lo logran, no es novedad, aunque no fue ese el destino de «Hud» en aquel cometido.

Cansado de la inequidad con que los seres abrazaban la felicidad en lugar de su tristeza, arremetió contra «Nanna» en una colisión que pretendía sumirla en una

eterna angustia, y que, repercutió en Taurón en un llanto tan desmedido, que desbordo los mares hasta cubrir cada espacio del firmamento.

Solo hubo un vencedor y un vencido desterrado para siempre. De igual forma, encomendó al más noble e incondicional de su sentir en la figura del «Nayat», que velara por el destierro del subyugado entre su rebaño para siempre, y cualquiera que osara evocar los sentimientos del derrotado, sería fulminado con el rayo cósmico de su condena.

A pesar de la fábula que aggiorna el folklore de sus creencias, como cualquier mitología o génesis religiosa conocida por el hombre, es justo decir, ésta, como me remarcó un colega en su momento, al menos tiene a diferencia de las nuestras una base científica, hablando siempre en términos físicos, por supuesto.

El hecho ineludible es, que en casi una docena de viajes que realicé previamente a este informe, nunca vi un tauronino infeliz o al menos que lo exteriorizase abiertamente. Ellos llevan en todo momento una sonrisa plástica, rígida, como esculpidas en sus rostros, incluso en los momentos que para nosotros serían adversos a ese sentir.

A términos pragmáticos de entendimiento, por ejemplo, es sabido que no lloran a sus difuntos, ellos lo celebran, porque a partir de ese momento, la esencia de quien parte se unirá al brillo eterno de «Nanna». Y en contraposición, es digno de ver como se desviven por educar a sus crías en esa perpetua felicidad, y los infantes corren, cantan, juegan y ríen, incluso los de aquellas «ummatu» que transitan la indigencia de forma tortuosa, porque no es hambre lo que

sienten, es el vértigo en su vientre que las cosquillas de «Nanna» les produce para que siempre sonrían.

Quizás esa sea la matriz de su corta longevidad, no encontré un factor físico natural o ambiental para tal causa. Según antropólogos, el constante estrés inducido a causa de su forzado sentir, derivan en consecuencias psicofísicas para ese desenlace.

A pesar de ello, el pastor nunca se olvida de su rebaño. Y como el «Nayat» es magnánimo y sabio, no ha hecho caso omiso a esta situación; y le brinda a su pueblo clínicas en la profundidad subterránea, lejos de la mirada de su diosa y verdugo, donde por una módica suma, uno puede internarse voluntariamente y sentirse libre y ausente de culpa para abandonar su desgarró, su angustia, su llanto.

El factor económico de este beneficio no es impedimento para abandonar a los desvalidos. A falta de riqueza, una interesante ofrenda al «Nayat» o intensas horas de trabajo voluntario, pueden solventar de manera alternativa los gastos médicos ocasionados al gobierno.

Debo confesar, a pesar de largas noches de vigilia y de la certeza con que se refieren los fanáticos creyentes al hecho, que no hubo una noche, tan siquiera un instante, que algo anormal me hiciera considerar que un rayo cósmico, estuviera condenando a algún desgraciado. «Nanna» se asoma en el horizonte a diario, y recorre lentamente la profundidad de la noche de un extremo al otro, impávida, observante, bondadosa.

No vi apostatas de sus creencias; pero pude confirmar, que sublevados contra el «Nayat» a lo largo de la historia, desaparecieron por la noche sin dejar más rastro que la vergüenza y la deshonra para su «ummatu», a quienes

se les pinta el rostro bermellón como «hud», para que el «Uku» recuerde siempre su traición (siempre y cuando no siguieran el mismo destino que el disidente, claro está).

Más allá de la síntesis con que he intentado plasmar la complejidad de esta novedosa civilización, lo asombroso sucedió en el crepúsculo de mi última estadía previa a este informe, cuando autoridades gubernamentales, informaron el deceso del trigésimo octavo «Nayat» por sucesión.

Podría relatar lo fascinante del cortejo y el acto protocolar de tan desafortunado evento, pero prefiero recordar lo inusitado del hecho, cuando el «Uku» en su totalidad, aglomerado en magnas plazas ante un silencio atroz, recibieron la trágica noticia.

No hubo cánticos, brindis ni celebraciones; embargados de miedo y desconcierto, no hubo un alma de las allí reunidas que atónita ante la noticia, pudiera contener la tristeza de la desgracia. Y una a una, tapándose la boca con sus manos, como intentando contener lo prohibido, les fue inevitable sumirse en el llanto impuesto por sus sentimientos angustiantes.

Nadie cayó fulminado por «Nanna» aquella noche, y el sentir le dio rienda suelta a la desazón con un sincero arrepentimiento de no poder evitar lo inherente del momento, se miraban unos a otros sintiéndose más vivos que nunca, y cuando la duda comenzó a germinar en sus corazones, cuando la realidad mostró su verdadero rostro inverosímil, el novel «Nayat» alzó sus brazos al cielo pidiendo su atención y se dirigió por primera vez a su «Uku», en breve aunque sentido discurso, que traducido a nuestra lengua para el correcto entendimiento, decía:

—¡El Nayat no murió!, y el bullicio de los reunidos se fue apagando por la incertidumbre al instante; las cabezas gachas hasta ese momento por la desazón que miraban el piso, se alzaron con un brillo de esperanza que bañaban sus trémulos ojos. —¡Y este hecho reafirma mis palabras! —continuó, haciendo una breve pausa mientras paseaba su mirada por el mar de gopal jamás reunido. —¡El Nayat se sacrificó a Nanna por redención! —gritó, y apuntando con su mano al «Uku» en todas direcciones, elevó su voz embriagada de pasión —¡Para que esta noche, cada uno de ustedes, fueran libres de sentir sin ser condenados!

Recuerdo como el estrépito ensordecedor irrumpió abruptamente la circunspección de los presentes. Brindaron, cantaron y lloraron la noche entera, marcando la historia de un cortejo jamás visto.

No volví a visitar Taurón luego de aquella noche. No puedo confirmar con veracidad cual es el presente de tan lejana e inusual civilización, pero debo de acotar que volví con la sensación, llamémosle una corazonada, de que iban a ser felices por mucho mucho tiempo. ☼





# **J A U R Í A**

**MAIELIS GONZÁLEZ**

**Maielis González** (La Habana, Cuba, 1989). Narradora, investigadora y divulgadora literaria. Ha publicado los libros *Los días de la histeria* (2015), *Sobre los nerds y otras criaturas mitológicas* (2016), *Espejuelos para ver por dentro* (2019), *De rebaños o de pastores* (2020) y *Catalejos para mirar muy de cerca* (2021). Relatos y ensayos suyos han aparecido en revistas y antologías como *Alucinadas II*, *Revista Próxima*, *Paradoxa*, *SuperSonic*, *Mundos sutiles*, *Contaminación Futura 1*, *El tercer mundo después del sol*, *Hijas del futuro* y *Recalibrando los circuitos de la máquina*. «Jauría» fue publicado en *Ruido Blanco* 8.

No hay sitio para mí en el mundo del hombre [...] y no tengo tampoco ningún otro mundo. No hay sitio para mí en todo el universo.

**Olaf Stapledon**

I.

Todos los cachorros nacieron muertos. O murieron al poco tiempo de nacer. Creo que fue lo mejor. A ellos no les gustaban las preñadas. Era normal. No sabían quiénes las habían impregnado y sentían desconfianza. Posiblemente padecieran celos de esos otros machos hipotéticos. Pero no había ningún otro macho. Ellos eran los primeros que conocíamos.

En la comuna solo había hembras. Supongo que algunas llegaron a pensar que así era como funcionaban las cosas. Los enfermeros humanos venían y te llevaban a aquellas habitaciones blancas en que los doctores te anestesiaban para las revisiones y, cuando alcanzabas la

edad adecuada, te inseminaban. Tres meses después dabas a luz entre cuatro y cinco cachorros, que eran llevados lejos a los pocos días por esos mismos enfermeros. Pero yo sabía que no era así. Calis se había encargado de explicarme.

Dos semanas después de que nos encontraran en el bosque, ateridas de frío y muertas de hambre, y nos llevaran con ellos a su refugio, ya todas las preñadas habían dado a luz. El perímetro alrededor de donde dormíamos se fue llenando de pequeñas tumbas que cavaban las herders con las uñas de sus propias manos para enterrar los cadáveres de sus hijos. Los cuerpos nacían desfigurados, como si en ellos se hubiesen concentrado todos los efectos del virus que arrasó con la comuna. Creo que eso las salvó. Los fetos absorbieron todo el veneno y las dejaron a ellas intactas, pero huérfanas.

Yo resulté ser inmune. No fui la única. Las que estábamos en el pabellón rojo no fuimos afectadas. Quizás estar sangrando en el momento en que se propagó el virus ayudó en algo. Escapamos del edificio abandonado y, a las pocas horas de caminar entre la escarcha de la primera nevada del año, nos topamos con las otras herders, las preñadas. A partir de ahí continuamos juntas. Nos protegimos las unas a las otras; comimos raíces e insectos para sobrevivir. Al borde de la inanición o del canibalismo, ellos nos encontraron.

## II

A menudo pienso en Calis. Lo más seguro es que haya muerto como el resto de humanos. Vimos sus cadáveres al abandonar el edificio. Las caras enrojecidas y llenas de pústulas; las manos crispadas por el dolor.

Calis era bueno conmigo. Me enseñó todo lo que sabía sobre el mundo exterior, antes de conocerlo por mí misma. Me consolaba con sus caricias mientras me inyectaba las hormonas que, ambos sabíamos, provocarían que el próximo sangramiento fuese más doloroso y abundante que el anterior. Pero era necesario. Yo debía prepararme para mi destino y Calis estaba ahí para ayudarme. «No tengas miedo, mi princesa. Pronto estarás lista para la inseminación y verás que los sangramientos empiezan a doler menos. No estés triste, yo te voy a cuidar».

Mi destino era engendrar cachorros para que los humanos se los llevaran lejos. Debía ser fértil. Mucho. De lo contrario sería desechada, como pasó con otras. Por eso el dolor y las hormonas; por eso los sangramientos como hemorragias y las revisiones en la habitación blanca con la anestesia.

Calis me explicó que el mundo no siempre fue así. Antes de la guerra había ciudades donde vivían muchísimos humanos como él, y tierras verdes para cultivar y gran variedad de animales. Yo era un animal y él también. Pero éramos animales diferentes al resto; teníamos raciocinio, inteligencia. Los humanos volvieron inteligentes a los pastores alemanes que les servían de compañeros en la custodia y persecución de sus enemigos, les dieron manos en lugar de patas delanteras, les permitieron percibir los colores y pensar por ellos mismos; y entonces ya no fueron más pastores sino herders. Calis me lo explicó sin tener una certeza absoluta de que yo lo estuviera entendiendo. Pero sí que lo hice.

Con frecuencia mi humano me hablaba de su pueblo, de la hambruna a la que escapó su familia y de cómo los militares lo contrataron y empezó a trabajar en la comuna.

Cada mes le enviaba a la madre la mitad de su paga. Le escribía largas cartas en las que recordaba su infancia y le mentía sobre lo bien que le iba... Cartas en que prometía que un día se volverían a abrazar muy fuerte; pero Calis sabía que probablemente jamás la volviese a ver.

A menudo se ponía a llorar porque no le gustaba estar allí. Porque también extrañaba el calor entre las piernas de Binia y en la comuna las relaciones carnales estaban prohibidas. Él fue el que me explicó lo del sexo y que aquello que nos hacían en la habitación, cuando nos anesthesiaban, no era lo natural. «En algún lugar de la comuna tienen confinados a los sementales. Se llaman así porque son herders que sirven únicamente para que los doctores les extraigan el semen y con él las inseminen a ustedes y traigan más cachorros al mundo». Calis tampoco sabía a dónde iban a parar los cachorros, ni qué hacían con ellos.

Pero un día, sin más, sacaron a Calis de su puesto.

En el último turno en que cuidó de mí me acarició la cabeza con una extraña nostalgia. No me advirtió que no volveríamos a estar juntos. Solo me sonrió y me hizo la confesión de que, yo, siempre le había recordado a su Gala, una pastora alemana que tuvo durante la niñez, y que por eso me había tenido ese cariño especial. Debí presentir que aquello era una despedida.

Dos semanas después sucedió lo del virus y todos murieron. Bueno, todos no. Nosotras sobrevivimos.

### III

Ellos no tienen nombre como los humanos. A nosotras nos designaban con un número, aunque Calis me llamara

«princesa» cuando me hablaba bajito y me contaba sus cosas. Ellos, si bien no tienen nombres, saben perfectamente quién es quién. Saben, por ejemplo, cuál es el alfa de la jauría. Una jauría trunca, solo de machos. La única hembra que quedaba era una anciana desdentada, que apenas si se movía del refugio. Solo uno de los pastores se ocupaba de masticar por ella lo que fuera que lograran cazar y ofrecérselo para que no muriera de hambre. Pero la anciana murió de todos modos, de la misma manera silenciosa en que vivió durante el tiempo que la conocí.

Al principio todas nos quedábamos en el refugio mientras ellos iban a cazar. Conocían los lugares en que vivían los pequeños roedores y volvían al día siguiente con sus presas, de las que nos dejaban comer los restos. Creo que nos tenían un poco de miedo. Pensaban que, incluso las que no estaban preñadas o las que ya habían expulsado aquellos engendros emponzoñados, guardábamos algo venenoso en nuestro interior.

Yo fui la primera que pidió incorporarse a la cacería. Por supuesto que tuve miedo e inseguridades. Aquellos pastores alemanes estaba acostumbrados a la vida salvaje. Por generaciones habían vivido por su cuenta, lejos de los humanos. Yo era una criatura creada en un laboratorio para fines que ni yo misma entendía. Sin embargo, dudaba que cazar fuera uno de ellos. Pero me equivocaba.

La primera noche de cacería comprobé que mis sentidos tenían mucha más agudeza que los de los pastores. Podía escuchar el mínimo crujido entre los matorrales y oler la presencia de otras criaturas, su miedo a ser devoradas por la jauría. Los pastores quedaron muy impresionados y por primera vez sentí en lugar de su miedo, su respeto hacia mí.



Al regresar al refugio reparti equitativamente el fruto de mi persecución entre las herders. Y ellas entendieron que, si salían a cazar como lo había hecho yo, ya no tendrían que esperar por la caridad de los despojos que los pastores les dejaban, una vez que ellos terminaban de comer, con esa mezcla de repulsión, lástima e indiferencia.

#### IV

Aquel sangramiento fue el peor de todos. Y ni siquiera tenía a Calis para consolarme, para acariciarme con su mano rechoncha la cabeza, mientras susurraba: «princesa, mi princesita, pronto va a pasar». El nuevo enfermero era un ser frío y antipático. Cumplía con sus obligaciones de manera mecánica, sin preocuparse un segundo por mi dolor o mi incomodidad. Él sí que estaba incómodo. No podía soportar el olor del pabellón rojo, esa mezcla dulce y amarga de la sangre que se escurría de nuestros úteros y, con disgusto, se llevaba a cada rato un pañuelo a la nariz.

Recuerdo que cambió mi suero. Los sangramientos nos debilitaban tanto que nos quedábamos postradas durante los días que duraran, apenas lanzado quejidos aquí y allá, de una cama a la otra del pabellón. El nuevo enfermero caminó con desdén hacia la puerta con la bolsa de suero vacía entre las manos. Lo miré de reojo y lo maldije en silencio; quería a Calis de vuelta. Entonces lo vi trastabillar, sujetarse a los barrotes de una de las camas. Pensé que quizás el olor lo hubiera perturbado en serio.

El enfermero se desplomó en el suelo y otros fueron a socorrerlo. Le dieron la vuelta e, inmediatamente, se apartaron del caído. Gritaron histéricos: «¡Es el virus!

¡Está infectado! ¡Vamos a morir!». Los vi salir del pabellón en estampida. Fuera se comenzaron a escuchar gritos y estruendos de cosas rompiéndose en pedazos.

Yo intenté moverme, pero me fue imposible. Estaba muy débil. Otras herders comenzaron a gemir. Teníamos mucho miedo; nos habían dejado solas.

Pasaron días y nadie entró al pabellón rojo. Algunas dejamos de sangrar, pero ahora era el hambre y la deshidratación lo que nos debilitaba. Logré reunir fuerzas y ponerme en pie. Fui con mucha lentitud, cama por cama, comprobando que mis compañeras continuaran vivas. Algunas estaban desfallecidas, pero aún respiraban. Intenté hacer que despertaran. Fue muy difícil. Cuando estuvimos todas conscientes, salimos a buscar algo que comer.

Caminamos renqueando por los pasillos desiertos. Las luces desde el techo brillaban demasiado y hacían que las baldosas blancas destellaran. Algunas íbamos dejando a nuestro paso gotitas de sangre que todavía se escurrían de nuestros vientres y entintaban el piso de un color menos muerto.

Al rato, empezamos a encontrar cadáveres. Los miramos con repulsión. La sangre coagulada y negruzca formaba un charco debajo. Los miramos con la misma repulsión que ellos a nosotras en los días de sangramientos. Pero la sangre de ellos, a diferencia de la nuestra, olía a destrucción y exterminio; olía a fin de una era, a apocalipsis.

A punto de desfallecer dimos con un pequeño almacén de alimentos y nos despachamos. Comimos con desafuero... Allí estuvimos una semana, hasta que no quedó nada de qué alimentarse. El edificio entero olía a podredumbre. Teníamos que salir de allí. Ninguna de nosotras mostraba signos de estar enferma, pero temíamos por nuestras vidas

y por lo que podría pasarnos si continuábamos en aquel sitio repleto de muerte. Fui yo quien primero se puso en pie y caminó buscando la salida, las otras me siguieron.

## V

Pronto supe que el alfa de la jauría me despreciaba. Sentía rabia del novedoso respeto que me había ganado entre sus pares. Espontáneamente, yo había empezado a liderar las cacerías. Las herders nos comunicábamos muy bien entre nosotras, habíamos empezado a desarrollar una especie de lenguaje por señas que quedaba fuera del alcance de los machos, por su carencia de manos y quizás de intelecto. Sin embargo, aprendieron a seguirnos.

Cada vez era más difícil encontrar las alimañas de las que nos alimentábamos. El invierno se había ceñido sobre el bosque y todo parecía haberse congelado. En la madrugada el viento rugía y amenazaba con quebrar los huesos.

Muchas herders habían formado parejas con pastores alemanes. Dormían acurrucados en las noches para darse calor mutuamente. El resto del grupo los mirábamos entre la curiosidad y la envidia. Pensé que lo más lógico sería que yo hiciera lo mismo, que me buscara un compañero; pero los pastores me parecían demasiado bastos. Eran, evidentemente, seres inferiores a nosotras, que habíamos sido genéticamente diseñadas por los humanos con una inteligencia similar a la suya. Sin embargo, muy probablemente no existieran más de nuestra especie... y quién podría dar por seguro que siquiera quedaran

humanos. Me era imposible calibrar las proporciones del desastre del virus.

Una noche especialmente fría él se me acercó. Era el macho que solía masticar la comida para la anciana pastora. Se había aproximado con cautela, esperando a ver si yo lo rechazaba. Me quedé muy quieta. Despacio, se colocó cerca de mí. Las herders teníamos un tamaño ligeramente mayor, pero yo estaba hecha un ovillo. Él se continuó acomodando hasta casi cubrirme con su cuerpo. El calor de su pelaje me reconfortó. Olía a madera y tierra húmeda. Cerré los ojos y me entregué a un sueño profundo y confiado.

Al día siguiente partimos hacia la cacería. Unos cuantos, entre herders y pastores, se quedaron cuidando del refugio. El lugar donde cazábamos quedaba muy distante, en la periferia del bosque opuesta a dónde dormíamos. Las criaturas de las que nos alimentábamos eran animales nocturnos, así que teníamos que esperar a la caída de la noche.

Empezaban a emerger de sus madrigueras cuando el alfa me atacó. Me derribó al suelo con la fuerza de su embestida. Me defendí con uñas y dientes. No hubo mucho tiempo para razonar. El instinto animal del que tantas veces había oído hablar tomó el control sobre mí.

Los otros estaban demasiado lejos y tardaron en ir a ver de qué se trataba aquel escándalo. Lo hicieron solo para cuando yo había logrado dominar la situación y tenía al macho alfa bajo mi cuerpo, todavía mordiéndome el pecho desprotegido con sus dientes filosos. No lo pensé. La furia me carcomía. Desgarré su cuello a dentelladas. Chilló de dolor y lo dejé huir. Su grito me devolvió a la realidad y tomé conciencia de mi propia crueldad. Lo vi correr

despavorido hacia los arbustos, perderse en el bosque tupido. Sin embargo, yo sabía —y lo sabían todos— que estaba herido de muerte.

Los pastores alemanes, que se habían puesto a ladrar enardecidos cuando se dieron cuenta de la pelea, me miraron ahora con ira contenida. Las herders no entendían qué estaba pasado. Yo hice una señal ignota con mis manos, como pidiendo su misericordia. Pero no me entendieron. Tuve miedo de que aquel fuera el final. La jauría de machos se veía dispuesta a despedazarme. Entonces, el pastor compasivo, el que se había acurrucado a mi lado la noche anterior, caminó en mi dirección. Me miraba a los ojos con intensidad, pero sin rabia. Un brillo extraño le encandilaba las pupilas oscuras. Al llegar frente a mí, bajó la cabeza en señal de sumisión. El resto dejó de gruñir instantáneamente. Se hizo un silencio doloroso.

Yo me sentía incómoda en aquella postura. Mi respiración agitada me hacía expulsar un vaho blanquecino por la boca. Acerqué mi cara a la cabeza del pastor y lo empujé con mi nariz para indicarle que se irguiera. Así lo hizo. Cuando alzó la cabeza, percibí en sus ojos algo cercano a la veneración. No sabía qué estaría pasando por su cabeza, pero necesitaba que él entendiera que había sido el alfa quien atacó primero; que yo solo me había defendido. No quería que pensara que era una asesina, una sanguinaria. El resto de pastores, uno por uno, fue inclinando su propia cabeza, como si hicieran una reverencia. La culpa cayó pesada sobre mi pecho, como una piedra inmensa. Me estaban reconociendo como su nueva líder.

Uno de los pastores lanzó un aullido con su cabeza apuntando a la noche, donde una opaca luna llena apenas alcanzaba a iluminar la espesura del bosque. El resto lo

imitó, incluidas las herders. El bosque se llenó de aullidos y el peso que había estado aplastando mi pecho se aligeró un poco.

## VI

Los cachorros todavía no han abierto los ojos. Son unos amasijos de carne rosada que tiembla y emite gemidos de vez en vez. Son mis hijos, pero no sé si los quiero. Supongo que en algún momento lo voy a hacer. Por ahora solo los miro un poco horrorizada de que hayan salido de mi interior; de que estén sanos. Hou, el nombre que en mi cabeza le puse a mi compañero, los olisquea con su hocico húmedo. Parece feliz.

No son los primeros cachorros de esta renovada jauría. Otras herders dieron a luz cachorritos sanos antes que yo. Miro a los míos y no puedo evitar el pensamiento de si habrán heredado de mí algo más que las manos, en sustitución de las torpes patas delanteras de los pastores. ¿Qué clase de inteligencia poseerán mis hijos? ¿Cómo será la especie híbrida que están inaugurando con su nacimiento?

Pero hay cosas más urgentes en las que pensar y de qué ocuparse ahora. En cuanto estén más crecidos debemos partir. He logrado explicar y convencer al grupo de que debemos movernos de aquí. Los machos han aprendido a interpretar el lenguaje de señas, que cada minuto se hace más sofisticado. Les he dicho que lo mejor será alejarnos del bosque y buscar las antiguas ciudades de los hombres. Allí, con mayor probabilidad, encontraremos qué comer. En el fondo fantaseo con la idea de toparnos con otros sobrevivientes. No es tan descabellado que los haya.

Al resto creo que no les simpatiza mucho la perspectiva de dejar el refugio pero saben que, si no lo hacemos, más temprano que tarde moriremos de hambre. Debemos adaptarnos, mutar, cambiar las viejas costumbres. Es la responsabilidad de las herders utilizar esta supuesta inteligencia superior que tenemos para hacer de la vida algo más que esta lucha absurda por la supervivencia.

Uno de los cachorros ha abierto los ojos. Me mira por primera vez y siento que los pelos de mi nuca se erizan. Aprieta uno de mis dedos con su manita larguirucha. Percibo, inexplicablemente, una agudeza en esa mirada infantil. Mi retoño me mira como si supiera el gran trabajo que tiene por delante; el mundo entero que le tocará reconstruir. Y yo, por primera vez, me siento aliviada al pensar en las cosas que podrán suceder mañana. (★)

# **LA BUENA MUERTE**

ALEJANDRO KAPENIAK



**Alejandro Kapeniak** (Buenos Aires, 1966). Ha publicado los libros *Llegó el doctor del abuelo* (2015), *El Croquit* (2016), *Pequeñas situaciones* (2017), *Kioku* (2019) y *Al borde* (2022). En 2018 obtuvo el primer premio internacional en el concurso Carbono Alterado con su cuento «La buena muerte», incluido en *Ruido Blanco 6*.

Llegás por la esquina de Florida y Paraguay y te reciben con turno, sin excepción. El antiguo edificio Gath & Chávez cambió de fachada muchas veces, por suerte esta vez respetaron su estilo tradicional. La más avanzada tecnología del siglo XXII fusionada con sus bronces y arcadas. En la recepción te ofrecen recorrer las galerías solo o acompañado por un regisseur. Por suerte me tocó Malcom, aunque sabe un montón es paciente y sencillo; te mezcla el lunfardo con Stravinski y a Kubrick con Chespirito.

—En eso está el secreto —me dijo al principio— cada cliente es único y merece una elección única. Nada peor que morir muertes ajenas, no podés decidir estas cosas desde una perspectiva esnob.

En planta baja hay un hall gigante y tenés que recorrerlo según el orden pautado: historia de la empresa, los pioneros, genios de la buena muerte, premisas éticas, referencias filosóficas y consideraciones legales. Ahí te

toca firmar por primera vez, liberás a la empresa de toda responsabilidad y designás tu «tutor de muerte».

—¿Y si él muere antes? —pregunté casi por reflejo.

—Está previsto, podés nominar hasta cinco tutores. Las estadísticas indican que sólo en casos excepcionales se requieren más de tres. Igual, si se diera una catástrofe, terremoto o pandemia, un juzgado civil te nombra el curador de turno. -Malcom suspiró-

Para que te quedes tranquilo, nunca-nunca-nunca fue necesaria la participación de un tutor desde el apagón de 2054; ahora contamos con usinas de grafeno propias. Es imposible que el procedimiento se aborte en la mitad, no olvides que el mayor capital de la empresa es su prestigio...

Hablando sobre el procedimiento llegamos al primer piso. ¡Cómo se nota que el inventor fue un franchute! Buen gusto, sofisticación, aromas delicados. Ahí te muestran el equipo que podés contratar según tu presupuesto, las instalaciones disponibles y un video didáctico sobre un tipo muriendo que inaugura su buena muerte.

—¿El título se le ocurrió al francés?

—Nop, departamentos de comunicación institucional y marketing, semiólogos, psicólogos, etc. Tenía que quedar claro el tema de la muerte, pero de un modo afable y cotidiano.

Es cierto, La Buena Muerte (LBM) suena bien, o todo lo bien que puede sonar un servicio de esa naturaleza. Malcom me leyó el pensamiento.

—No creas que los consumidores lo aceptaron de entrada. Les sonaba truculento, las iglesias se opusieron, hubo boicots de todo tipo. El producto terminó triunfando, era lógico, su nicho de mercado era virgen y al poco tiempo se volvió masivo.

Segundo piso. Compartimos el almuerzo con Malcom y un par de asesores. No son sencillos como mi regisseur, se les nota la alcurnia y posgrado. Me explican Las Tres Opciones con cierto desgano, supongo que deben repetir el libreto cincuenta veces por día. Sueño Plácido, económico y simple, analgesia personalizada y eutanasia. Transición Consciente, sabés todo el tiempo que te estás muriendo, pero el entorno y la situación son los que decidiste junto al regisseur. Me sonó un poco tramposo eso de transición, es un término que supone una orilla del otro lado. Por último, te ofrecen Un Nuevo Despertar, durante el proceso de morir resetean tu memoria y la adecuan al diseño que elegiste. Es la opción más cara; ignorás que el ambiente es sintético, recordás otra historia y hasta podés elegirte a vos mismo. Más joven, hombre o mujer, cortesano medieval, ninja, rey de bastos, caradura o polizón. Se entiende que si pagás este servicio querés aprovecharlo, así que te recomiendan iniciar el procedimiento unas 48 horas antes del deceso.

En el elevador hacia el tercer piso Malcom se permitió ciertas infidencias. La medicina progresó en forma vertiginosa desde la fundación de LBM, igual que con las guerras. Cesaron las muertes abruptas y los accidentes se redujeron a un mínimo. Hoy se invierten billones de yenes en fomentar muertes tranquilas, sin ellas no hay LBMs posibles. Donde falló la OMS triunfan las leyes de mercado. También confesó un número creciente de elebemitas en todo el mundo, personas dispuestas a morir por anticipado para ingresar al programa. Un verdadero problema, la comunidad internacional legisló sobre ese flagelo: son pasibles de LBM los casos de muerte natural únicamente. Por desgracia, en los últimos años surgió una industria

alrededor de la muerte provocada. Cada vez obtienen mejores simulaciones... La humanidad está cambiando de un modo radical. Algunas personas ni siquiera disfrutan su vida, se la pasan ahorrando para costear la mejor LBM. Y por lejos, el desafío más complejo que enfrenta la empresa: los tercos terrenales, su único anhelo es no morir y seguir una vida más o menos corriente, sólo que indefinida. Los protocolos de LBM no alcanzan resultados efectivos en esos casos, detestan los mundos virtuales.

El tercer piso es el reino de Malcom, la creación de muertes específicas para cada consumidor. Hoy es la primera entrevista, un boceto general partiendo de los modelos más populares. Finales valientes en campos de batalla: las Termópilas, Waterloo, Stalingrado. Miradas intensas de amor: ahí te muestran un montón de películas clásicas, desde Ingrid Bergman y Gary Cooper en *Por quién doblan las campanas*, hasta Di Caprio y Kate Winslet tiritando en las aguas heladísimas de *Titanic*. Algunos eligen la épica religiosa: mosaica y cristiana casi todos, aunque siempre existe un budista inusual levitando en su samadhi. Hay tipos obsesionados con la ambientación: caribes perfectos, la Roma decadente, castillos góticos. Locos por la música: coros gregorianos, Bob Dylan, la garganta rasposa de Charlie. Y desde luego bizarros... Sueñan correr por montañas technicolor vestidos como *La novicia rebelde*; o calzarse el moño de Sean Connery y jugar a 007, despedirse de la vida encamado con una rubia de lujo y tomando Martinis.

Todo eso apasionaba a Malcom. Más allá de su tono campechano era un erudito, un renacentista hecho y derecho.

—Te encanta tu laburo, se nota clarito.

—Sip... es como ser un dios en miniatura. Hacés mundos, historias, hasta decidís destinos. Que un cliente me elija es un premio para mí, me siento vivo en serio... tanto hablar de la muerte y ni me acuerdo de la mía. A todos nos espera, pero no me preocupa. Igual preparate, cuando tengas una idea inicial empiezan un montón de etapas sucesivas: proyecto preliminar, correcciones, testeo. Lo más complicado es que no podemos mostrarte demasiado, para nosotros la sorpresa es un ingrediente fundamental.

El pago y las firmas finales se definen en el cuarto piso y a ritmo de tortuga. Se ve que la empresa es muy meticulosa en esos detalles. Estuvimos esperando un rato largo: capuchino, bocaditos salados, dedales de opio, las delicatessen habituales.

—Malcom... todos deben pedirte una sugerencia. Sos experto en esto.

—Infalible, siempre... —se rió con ganas— Mirá, tengo por norma responder una generalidad, es lo más sincero. ¿Sabés de qué laburaba antes, cuando era joven? —respiró hondo— De asistente geriátrico; los abuelos me adoraban y yo sentía que honraba una misión. Pero... me pudrí de la muerte, esa que veía todos los días; terminé con la cabeza quemada, el famoso burn out. El 99% de las muertes reales son azarosas, desprolijas, solitarias. Te morís en medio de un cólico o con el bocho comido por el Alzheimer. Ninguna dignidad. Ahí te das cuenta... Estamos solos, no hay un dios preocupado por nosotros; somos materia zonza, igual que los insectos y las rocas. Morir es triste, morir es feo... Sólo una cosa convierte a la muerte en tolerable... que tenga sentido. Eso necesita la mayoría: consumir su heroísmo, creerse sabio, regalar lecciones indispensables, confirmar un amor perfecto. Son sensaciones que definen

toda la vida que viviste. Sentirte respetado, ser un recuerdo imborrable, que te extrañen con locura... supongo que me entendés. La muerte lastima demasiado si es al pedo, por eso debe ser la consumación de «algo» —juraría que se le quebró la voz—. Te prometo que voy a laburar las 24 horas del día para que vos descubras tu «algo».

Apretón de manos y pacto de caballeros. Ojalá hubiera conocido a Malcom unos años antes, habríamos sido buenos amigos, sin duda.

Sip, a la noche Malcom apoyó su cabeza en la almohada y meditó un par de minutos. Ese cliente era un buen tipo, iban a trabajar bien en equipo. ¡Genial! Le encanta dormirse entusiasmado, al día siguiente se despierta con las pilas a full.

\*\*\*

Silencio tenso. En el quinto piso de Gath & Chávez un auditor francés mira a sus interlocutores con ojos severos. Los técnicos y regisseurs tiemblan, es el brazo derecho del fundador.

—Conocen a la perfección nuestro talón de Aquiles: los tercos terrenales... —su gesto duro los asustó durante segundos. No supo resistir, su sonrisa estalló en aplausos— ¡Bravo, señores! Por fin contamos con una cuarta opción efectiva. Ya pueden lanzar el producto. Desde París sugieren un marketing poético:

ETERNIDAD PARA LOS MALCOM



# **UNA HORMIGA EN TU ZAPATO**

ÁLVARO PANDIANI



**Alvaro Pandiani** (Montevideo, 1965). Escritor, médico y docente universitario. Ha publicado, entre otras, las novelas *El plan oculto* (2005) y *La revelación* (2006), y colaborado con relatos en diversas antologías, entre ellas los volúmenes de la serie *Ruido Blanco* y *Contaminación Futura 2*. «Una hormiga en tu zapato» obtuvo el primer premio en el concurso Carbone Alterado 2016 y fue incluido en *Ruido Blanco 4*.

—¿Viste esas nubes, que raras? —dijo Eliana, señalando hacia el sur.

—Nubes lenticulares —respondió Facundo— Están sobre los cerros. Viene tormenta.

—¿Qué, sos meteorólogo ahora? —sonrió Eliana, y le pellizó la pierna.

—Salí, loca —él se sacudió—. Esta noche me decís.

Eliana hizo una mueca y miró la carretera un rato. La Interbalsearia, barrida por el viento invernal, estaba desierta y gris. Ella se estremeció y dijo:

—Linda cosa, me trajiste a pasar una noche de tormenta en la punta de un cerro.

—Bueno, cerro, lo que se dice cerro... no sé si llamarlo así —murmuró Facundo; movió la cabeza y agregó—: apenas es una colina pedorra.

—¿Cuál es la diferencia entre cerro y colina?

Él la miró con odio.

—No me compliques, ¿quierés? Yo qué sé. Eso que vos llamás cerro es apenas una loma de ochenta metros de altura. El abuelo le dice la colina Baltimore...

—¿Eh? ¿Así se llama? —se extrañó Eliana.

—En realidad, no tiene nombre. El abuelo averiguó en la Intendencia de Maldonado, rebuscó todas las cartografías de Piriápolis, pero no encontró ningún nombre. Así que le puso Baltimore, porque él nació en esa ciudad, en Maryland.

—Ay, es cierto, tu abuelo el gringo —ella se rio.

—¿Qué, sos antiyanqui ahora? Ya te quiero ver esta noche, cuando empiecen los truenos y se sacudan los árboles.

—Uy, no te ofendas, Facundo Taylor, ya sé que sos de sangre gringa. Mientras no se sacuda la casa, no hay problema.

—Sangre gringa, no; ahora se dice: genes gringos. Y no te preocupes por la casa, es toda de piedra, no sabés lo que es. Además, vamos a estar abrazados abajo de las cobijas.

—Che, qué decís, que tu familia es muy tradicional. Como vas a meter a tu novia en la cama —Eliana suspiró y dijo—: Me contaste que tu abuelo hizo construir casi un castillo.

—El viejo fue funcionario del gobierno de Estados Unidos durante la guerra fría —respondió Facundo—. Le quedó eso de que si un día hubiera una guerra nuclear, y yo qué sé.

—Y cuando se jubiló se vino a vivir a Uruguay.

—Sí —sonrió él—, lejos de donde cayeran los misiles. Ya falta poco, ahora tomamos el Camino de los Arrayanes, y son otros diez minutos.

—Bárbaro —Eliana miró de nuevo las nubes lenticulares y dijo—: Aquellas nubes parecen platos voladores.

—Sí, se viene una invasión; me lo dijo mi abuelo.

—Ja, ja, qué boludo —ella se puso seria y susurró—: ¿En serio?

—Callate, pelotuda, y agarrate que doblamos.

\* \* \*

Eliana observó la casa desde el costado del auto. Facundo la miró risueño y dijo:

—¿Te mentí?

—No, guacho, callate, que impresionante.

Ella contempló la casona, situada en la cima del cerro: paredes de piedra, ventanas con postigos de madera gruesa, entrada amplia con puerta de madera de roble de doble hoja, reforzada con herrajes de hierro. Tenía tres plantas; en los pisos superiores había amplios balcones con barandas de hierro; el techo, a dos aguas, estaba recubierto de tejas. Eliana miró boquiabierta hacia arriba: coronaba la casa un mirador, cubierto con un techo de cemento, con tejas. Se detuvo al sur de la casona, cerca del inicio de la ladera; desde allí vio el mar, algunos edificios altos de Piriápolis, el cerro San Antonio y la mole del cerro Pan de Azúcar, con la cruz y la antena de Canal 7. Luego miró a su novio.

—Es increíble —dijo—. La casa, el entorno; esto es mágico.

—Y todavía no viste nada. La casa tiene dos sótanos; en uno están los garajes, tres grupos electrógenos, y un pozo arte-siano con una unidad para potabilizar agua. Hay otro

sótano más abajo, pero el abuelo nunca nos permitió bajar. Mis her-manos y yo pensamos que allí tiene una especie de búnker; cuando vivía, mi padre nos contó que allí el abuelo tiene almacenados alimentos, ropa, insumos médicos, e incluso armas.

—¿Armas?

—Sí; mirá —Facundo señaló unas superficies brillantes en el techo.

—Paneles solares —murmuró ella.

—Sí. La casa es un baluarte, capaz de autoabastecerse y subsistir sin ayuda externa por varios meses. Mi abuelo dice que por años. Ah, me olvidaba, también tiene un equipo de radiocomunicaciones de última generación.

—¿De dónde sacó dinero tu abuelo, para hacer todo esto?

—Bueno —Facundo se rascó la cabeza— supongo que de su jubilación como funcionario del gobierno norteamericano.

—¿Y qué fue, presidente de Estados Unidos? —dijo ella con una media sonrisa.

—No sé, Eli. Papá dijo antes de morir que no sabía cuánto dinero tenía el abuelo en su cuenta bancaria; en realidad, dijo que no sabía si tenía una cuenta bancaria.

—¿Y tu mamá?

—Después que murió papá, hace dos años, mi madre nunca más quiso venir aquí. Dijo que no quería estar más bajo la influencia del viejo, que estaba loco.

—Ah, qué bien; y me traes al medio de la nada, a la casa de un viejo loco.

—Eli, no seas mala; vos lo conocés. Para mí, él siempre fue el abuelo perfecto: cariñoso, generoso, paciente, preocupado por sus nietos. Hoy también vienen mi

hermano y su esposa, y mi hermana con su esposo y sus dos hijos. Al viejo le gusta que lo visitemos; tener reuniones familiares, y esas cosas. ¿Te conté que es un excelente cocinero?

Eliana miró una vez más la casona.

—A cuantas familias pobres se podría ayudar, con el dinero que costó construir esto.

—Lo único que me falta —rezongó Facundo— que le vengas al abuelo con un discurso socialista.

\* \* \*

El fuego ardía en la enorme estufa a leña. Eliana observó por enésima vez las paredes de piedra sólida, los postigos también reforzados con herrajes, la enorme escalera con baranda y suelo de piedras negras. La decoración era pintoresca y agradable, pero daba la sensación de que la casona era un refugio para un mundo pos apocalíptico, o algo así. Facundo le había dicho que el primer sótano tenía un depósito de leña, «para varios inviernos». Ella frunció el ceño; el abuelo de su novio llevaba casi cuarenta años en Uruguay, pero según Facundo había edificado la casa en los noventa, cuando la guerra fría ya había terminado. ¿Para qué la había hecho? ¿Para refugiarse del terrorismo islámico, de una invasión extraterrestre, o de un apocalipsis zombi? Bueno, había que preguntar; una noche de tormenta era ideal para oír historias fantásticas, aunque fuesen ridículas.

Contempló con simpatía a Gerardo, el hermano de Facundo, y a Clara, su esposa; se llevaba bárbaro con ambos, incluso habían salido varias veces juntos, al cine y a bailar. Frunció los labios al mirar a Fabiana, la hermana

mayor de su novio. Su futura cuñada no le caía bien, y sabía que el sentimiento era mutuo; bueno, pasaba lo mismo con la madre de Facundo. Parecía que, en opinión de cuñada y suegra, una simple enfermera no era suficiente para el señorito ingeniero Facundo Taylor. Alberto, el esposo de Fabiana, era un tipo tranquilo e inofensivo, pero sus hijos, Eleonora y Germán, eran unos animalitos insoportables. Durante la sobremesa el abuelo de Facundo, un venerable anciano de noventa años, alto, delgado y de abundante pelo blanco, contaba a las risas sus andanzas en el sureste asiático a mediados de los sesenta. El viejo mantenía prendidas todas las luces de su cerebro, y tenía una charla alegre, amena y seductora. Con todo, llevaba quince años viudo, viviendo solo en la punta de su colina Baltimore. Un radiotransmisor, y conexión de alta velocidad a internet, eran su nexa con el mundo; eso, y una vieja camioneta Ford Ranger. Facundo le había dicho también que, en el primer sótano, tenía un depósito de miles de litros de nafta. Bien, se dijo ella, hay que hacer hablar a este viejo. En ese momento —sí, justo en ese momento— él anciano dijo:

—Facundo, ¿guardaste el auto, como te dije?

—Todavía no, abuelo.

—¿Y qué esperas, que la tormenta traiga granizo?

—No creo que caiga granizo esta noche.

—Alberto y Gerardo guardaron los autos abajo, en el garaje. Por seguridad.

—¿Por qué? —se carcajeó Facundo—. ¿Aquí andan ladrones de autos de noche?

—No —replicó el viejo, mirándose las uñas—, hay tormenta. Y cuando amanezca y encuentres una rama de árbol clavada en el parabrisas de tu auto, te acordarás de mí.

Facundo miró a Eliana, sacudió la cabeza dándose por vencido, y enderezó para la salida. Cuando abrió la puerta, una racha de aire helado hizo exclamar a todos; Eliana miró y vio una densa negrura, y algunos relámpagos. Los árboles sacudidos por el viento producían un rugido ensordecedor. Cuando la puerta se cerró se apuró a decir:

—Señor Taylor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro —respondió el viejo, amablemente—. Y también puedes llamarme Jorge.

Ella sonrió:

—Gracias, Jorge. En realidad, son dos preguntas: una, en cuál sector del gobierno norteamericano trabajó usted, y por qué se fue.

Eliana notó de inmediato que Alberto ponía los ojos en blanco; Gerardo y Clara la miraron de inmediato, con cara de: «no tendrías que haber preguntado eso». Pero como Fabiana la miró con desaprobación —y desprecio— disfrutó mucho lo que hizo a continuación, que fue extender la mano y decir:

—Me gustaría saber.

—Por supuesto —replicó el anciano—. Trabajé en el Departamento de Defensa, hasta que la misión soviética a Marte terminó en tragedia.

—La... misión soviética... ¿qué?

—La misión enviada por los soviéticos a Marte en 1974, dos años antes que nosotros enviáramos las sondas Viking. Los cosmonautas que fueron a Marte murieron allí. Los resultados de la investigación de lo sucedido me convencieron de que lo mejor era irme. Vine a este tranquilo y apartado rincón del mundo, con el fin de prepararme para lo que vendrá.



En eso quedaba la historia del viernes de tormenta, pensó Eliana. Entendió el porqué de las miradas de los otros: el viejo estaba loco.

\* \* \*

El dormitorio que les tocó, grande como una suite presidencial, tenía un mobiliario artesonado, entre medieval y colonial, muy agradable a la vista. Pero Eliana no podía disfrutarlo: Facundo estaba furioso. Desde el baño su novio seguía rezongando, y cuando volvió repitió por vigésima vez:

—¿No te dije que no le preguntaras al viejo sobre su pasado en Estados Unidos?

—Pero, amor, ¿cómo iba a saber que el hombre es un delirante? Me hubieras contado vos, en vez de siempre prohibirme hablar del tema con él. ¡Me dio curiosidad!

—Ah —Facundo giró furibundo hacia ella—, por eso aprovechaste que salí a guardar el auto para sacar el tema que todos evitamos, porque nos duele ver que el abuelo se volvió loco. Con lo de hoy, mis hermanos te van a querer mucho más.

—Ay, sí, porque me preocupa tanto que tu hermanita Fabiana me quiera mucho más, Facundito. ¡Andá!

Sin contestar, Facundo tomó una frazada y se acostó en un sofá junto a la ventana, de espaldas a ella. Sentada en la cama, Eliana lo miró un minuto, confundida.

—Amor —dijo con voz melosa—. ¿No vas a venir?

Facundo gruñó.

Ella abrió los ojos como si recién los hubiera cerrado. Un murmullo violento venía desde afuera, truenos y un

viento que rugía. Facundo estaba despierto, vestido y calzado, tratando de mirar por la ventana. Eliana dijo:

—¿Y ahora qué hacés?

—No puedo abrir el postigo —dijo él, mirándola—. Este viejo loco le puso a la ventana un comando central para trancarlas. ¿Escuchás eso? La tormenta empeoró.

—Sí, qué viento. ¿Cómo, de repente? Hace un momento no era tan intensa.

—¿Hace un momento? —Facundo la miró—. Eliana, son las tres de la mañana. Llevás cuatro horas durmiendo —se escucharon pasos afuera; él agregó—: Vestite y calzate.

Cuando Facundo abrió la puerta, vio a Gerardo y Clara, tomados de la mano, al final de la galería. Su hermano lo miró y dijo:

—El viejo está arriba, en el mirador; vengan, lo que está pasando afuera es insólito.

Cuando Eliana estuvo a su lado, Facundo la tomó de la mano y dijo:

—¿Te abrigaste bien? —ella asintió—. Dale, vamos.

Un tramo de escaleras hasta el tercer piso y unos metros por la galería superior, y llegaron a la escalera de caracol que llevaba al mirador. En unos minutos estaban arriba. Al salir, Eliana sintió el embate de un viento helado. Allí estaba el viejo. El mirador parecía una construcción muy sólida; no era probable que ni un huracán lo moviera. Ella se aferró a un travesaño de metal junto a la baranda, por la violencia del viento; luego miró. Las piernas le flaquearon, y tuvo que ampararse en el abrazo de su novio.

Nunca había visto relámpagos como aquellos, que alumbraran todo el cielo por más de un minuto; nunca tampoco árboles enteros, arrancados de raíz, volando incluso más alto que la casona, en gran cantidad, pero no

girando como en un tornado —no había tornado— sino alejándose en todas direcciones, en medio de una bruma húmeda y cargada de hojarasca. Pero no llovía. Nunca había visto el mar levantarse en columnas, de cincuenta a sesenta metros de altura, que iban y venían rodeándose, chocando y danzando como fantasmas en un manicomio abandonado. La mole del cerro San Antonio era un pozo de oscuridad, y también todo Piriápolis. Seguramente la luz se cortó por la tormenta, pensó Eliana. Pero al fulgor de los relámpagos, le pareció ver que los edificios altos temblaban. ¿Sería por el viento? ¡Mi Dios, qué viento! ¡Qué alaridos da el viento, y qué ensordecedor bramido produce en las laderas de la colina! Miró de nuevo en dirección a Piriápolis, y le pareció que los edificios temblaban con más fuerza, doblándose como ramas de un árbol castigado por un vendaval. Y al siguiente relámpago, ¡los edificios de Piriápolis no estaban más! Entonces se le escapó un grito.

—¿Qué pasa, amor? —dijo Facundo.

Ella señaló temblorosa hacia la ciudad costera.

—¿Qué? No veo nada. Seguro que con esta tormenta hay apagón.

—Tranquila, hija —exclamó el viejo—. Aquí estamos seguros.

—¿Aunque el resto del mundo se derrumbe? —replicó ella, temblorosa.

Con naturalidad, el viejo respondió:

—Sí —y agregó—: Tal vez sea mejor que entren. Traten de descansar.

\* \* \*

Eliana despertó de golpe; una luminosidad rojiza hería sus párpados. Abrió los ojos y frunció el ceño; le llamó la atención el silencio. ¿No cantan pájaros en este cerro miserable?, pensó. Miró hacia la ventana, viendo que el postigo estaba abierto y entraba la luz del sol; el cielo azul de la mañana lucía hermoso. Giró la cabeza y vio a Facundo, de pie junto a la cama. Sonrió.

—Buen día, amor —dijo—, ¿hoy por fin vamos a tener un lindo día? —se dio cuenta que la miraba muy serio—. ¿Qué pasa, Facundo?

—No hay línea.

—¿Eh?

—No hay teléfono; llevo más de media hora intentando comunicarme con mi madre, y no hay caso. No hay internet, ni radio, ni tampoco señal de ningún canal de televisión. Hace más de una hora que tratamos de sintonizar algo, pero todo está muerto.

—¿Tratamos?

Afuera se escuchó el ruido de un motor. Facundo salió, y Eliana, echándose encima un salto de cama y calzándose las pantuflas, fue tras él. Desde el balcón vieron una camioneta subiendo por el sendero desde la ruta. Eliana contempló asombrada los efectos de la tormenta. Las laderas del cerro habían sido prácticamente limpiadas de árboles, y los restos del bosque estaban sembrados por todos lados, incluso en los alrededores de la casa. Tendiendo la mirada podía verse que ninguna arboleda había sobrevivido; la destrucción de la vida vegetal era atterradoramente extensa. Eliana miró el cerro Pan de Azúcar, pelado hasta la roca en todas sus laderas; en la cima no había cruz, ni antena. Desde el balcón podía verse Piriápolis, pero los edificios no estaban.

—Facundo —sollozó ella—. ¿Qué paso?

—Alberto y Gerardo vuelven desde Piriápolis. Vamos —y cruzó la ventana.

—Facundo —exclamó ella siguiéndolo, pero él no se volvió, y ella continuó—: Facundo, dijiste «tratamos». ¿Quiénes?

—¿Cómo quiénes? Yo, con Alberto y el abuelo. En el televisor y la radio sólo se oye estática; internet es como si nunca hubiera existido. Los teléfonos están muertos, y el radiotransmisor no capta nada. Cuando se levantó Gerardo, decidieron con Alberto ir hasta Piriápolis. Ya volvieron, vamos a ver qué dicen.

Al llegar a la sala vieron a todos; Alberto estaba derrumbado en un sillón y Gerardo, con las manos en la cabeza, iba y venía y hablaba con desesperación.

—La carretera está destruida; en algunos lugares faltan tramos enteros de pavimento. Los árboles, las plantas, todo fue arrancado. Hay animales muertos por todas partes. Y la ciudad, ¡ay, Dios!, Piriápolis ya no existe; sólo ruinas, escombros e incendios. ¡Dios, Dios mío, no pensé que fuera a ser así! ¡No queda nada en pie! Vimos unas personas, como quemadas. Quisimos hablar con ellas, pero al vernos empezaron a correr hacia nosotros, gritando como locos. Nos asustamos, así que subimos a la camioneta y nos volvimos.

Silencio. Clara dijo a su marido:

—¿Pan de Azúcar?

—No sé, habría que probar, ir hasta allí, o a Punta del Este.

—Desde aquí no se ve nada —dijo el viejo.

—¿Qué importa eso, abuelo? Tenemos que ir hasta allí —replicó Gerardo.

—No me entendiste. En un día claro, Pan de Azúcar y Punta del Este se ven desde el mirador; ya estuve allí arriba, y no se ve nada. Esas dos ciudades también fueron destruidas.

Resonó un gemido, sin saberse de quién. Un momento después, Fabiana berreó:

—¿Qué es esto, una guerra nuclear? ¿Quién nos atacó, Argentina, Estados Unidos? ¿Por qué a nosotros?

—Mi familia —reaccionó Alberto, y se paró—, me vuelvo a Montevideo.

—Sí, nos vamos de aquí —exclamó Fabiana— ya hice las valijas.

—Esperen, no pueden irse —terció el viejo—, aquí están seguros. Hay comida, agua, y armas para defendernos. Tienen que quedarse.

—¡Déjese de joderme, viejo demente! —aulló Alberto—. Váyase al carajo con sus locuras. Yo me voy a ver cómo está el resto de mi familia. Dale, Fabiana.

—Sí —dijo ella, y gritó—: Eleonora, Germán, nos vamos.

En los siguientes minutos todos escucharon, en completo silencio, cómo cargaban las maletas en su camioneta y se marchaban. Un rato después, Facundo dijo:

—Gerardo, ¿por qué dijiste que no pensabas que esto iba a ser así? ¿Qué sabías vos?

Gerardo miró a su abuelo y contestó:

—Lo que él me contó.

\* \* \*

Todos miraron al viejo, quien se sentó y dijo:

—Siéntense; todos, por favor.

Lo hicieron. El viejo se retrepó, apretó los labios, y luego comenzó a hablar; dijo:

—Sabíamos de esto hace décadas. Fue detectado a principios de los sesenta, cuando los primeros satélites artificiales se alejaron de la Tierra para explorar otros planetas. Al inicio fue muy difícil comprender qué era, pues los instrumentos científicos de aquellas primeras sondas eran muy primitivos. A mediados de los sesenta se comprendió que nodos de fuerza electromagnética se movían en la periferia del sistema solar, más allá de Plutón. En aquel tiempo no se sabía nada del cinturón de Kuiper, ni de la nube de Oort. Esos nodos electromagnéticos eran nubes energéticas gigantescas, más grandes que nuestro planeta; concentraban tanta energía que, de englobar la Tierra, prácticamente destruirían todo dispositivo electrónico, además de causar un daño físico imposible de prever. Como estaban a una distancia enorme no se creyó que pudieran afectarnos. Pero en 1969, luego del alunizaje del Apolo 11, uno de esos nodos se internó en el sistema solar y llegó a Neptuno, retirándose un año después. En ese momento se pensó que la misión Apolo les había llamado la atención. En 1974 un nodo vino hasta Marte, y cundió la alarma entre las agencias espaciales. Los soviéticos, que estaban preparados para una misión tripulada a Marte, partieron en secreto, aunque la NASA y el Departamento de Defensa lo sabían. Ahora sabemos que esos tres hombres valientes no habrían sobrevivido en ningún caso, pues no tenían defensa contra la radiación. El hecho es que cuando la nave penetró la nube electromagnética, toda su electrónica se abrasó, y se estrellaron. Una tragedia.

En 1977 enviamos las sondas Voyager; aunque para la opinión pública mundial fue una misión científica de exploración del sistema solar y el espacio interestelar, su verdadero objetivo era investigar los nodos. Hace tres años, en 2012, la Voyager 1 salió del sistema solar; por contactos en el Departamento de Defensa supe que pudo estudiar los nodos. Ciertas observaciones de la conducta, desplazamientos y relaciones entre las nubes energéticas, de propósitos definidos en su comportamiento, indujeron a algunos científicos a proponer la hipótesis de que... que no son fenómenos naturales, sino un tipo de forma de vida

—¿Qué? —exclamaron todos.

—Sí, alguna clase de inteligencia cósmica tal vez. Lo último que informó el Voyager 1 fue que uno de esos nodos había abandonado la nube de Oort. En 2014 fue claro que venía hacia la Tierra. Lo que habíamos temido desde lo de Marte, finalmente se acercaba.

—Los atrajeron —exclamó Facundo—. El programa espacial, las misiones Apolo, las sondas Voyager, todo eso llamó su atención hacia nosotros, y ahora nos atacaron.

—En realidad —tornó el viejo— la Voyager 1 pasó entre ellos sin que parecieran enterarse. Además, las visitas a los planetas se han repetido durante estas décadas; Júpiter, Urano, Mercurio en 1999, y Venus hace sólo cinco años. En algún momento tenía que tocarnos. El resultado era esperable: el nodo electromagnético llegado ayer incineró la electrónica del mundo, y destruyó toda la civilización humana. Es como si hubiéramos sido reseteados; la humanidad ha sido puesta a cero, para un nuevo inicio.

—¿Para qué, para invadirnos? —dijo Eliana con amargura—. ¿O para hacernos reflexionar acerca de nuestros vicios tecnológicos, nuestro consumismo y



nuestra violencia? ¿Acaso se arrogan el derecho de darnos lecciones de moral?

El viejo la miró sorprendido.

—No —contestó—, jamás dieron muestras de saber que estamos aquí. Sus visitas a los planetas tal vez sean un ritual, una danza romántica, un proyecto científico, o un simple paseo; pero no se relacionan con nosotros. El punto es que cuando nos llegó el turno, nos causaron un daño global definitivo; pero es probable que ni siquiera lo sepan.

—¿Cómo es posible eso? —berreó Eliana—. No, simplemente no puede ser.

—¿Por qué no? —respondió el viejo—. Cuando caminas por un jardín, ¿sabes cuántas hormigas aplastas con tus pies? ¿Acaso te preocupas por una hormiga en tu zapato? ☼

# **LAS ALAS DE LA LIBÉLULA**

ANA SOLARI

**Ana Solari** (Montevideo, 1957). Escritora, música y docente. Ha publicado, entre otros, los libros *Zack* (1993), *Apuntes encontrados en una vieja Cray 3386* (1998), *El sitio donde se ocultan los caballos* (1996), *El hombre quieto* (2007), *El señor Fischer* (2011), *Los geranios* (2017) y *Campo de batalla* (2021). «Las alas de la libélula» fue incluido en *Ruido Blanco 3*.

*Con nostalgia, a  
Tom y Lavinia,  
a Matías*

El cohete aterrizó sin demasiados problemas. Los motores se apagaron con un breve siseo. Se abrió la escotilla y Moss comenzó a bajar con una mano apoyada en la barandilla. Desde el último escalón tanteó con un pie el suelo por si se trataba de arenas movedizas, pero al sentir que la tierra era firme y resistente, descendió lentamente. Miró a su alrededor entre sorprendido y tranquilo, y respiró aliviado. Lo había logrado. Todavía no podía creer que realmente hubiese llegado, pero no cabía la menor duda de que esto no era la Tierra.

Habían pasado casi diez años desde que había comenzado a preparar el plan y se maravillaba de que en tan to tiempo, la ciencia hubiese hecho tan pocos avances. Dos décadas antes, nadie hubiera pensado en una cosa como ésta. Pero allí estaba. Solo y con un futuro lleno de esperanza por delante.

Volvió a meterse en la nave espacial, sin saber muy bien por dónde comenzar. Tenía una vaga idea de dónde se encontraba, pero de todas maneras no estaba cien por

ciento seguro. Consultó los mapas de navegación. En realidad, tanto daba, puesto que lo que quería, que era alejarse por completo de un planeta que estaba en camino a su desaparición y destrucción totales, lo había logrado.

Recordó por unos instantes los últimos tiempos. Hasta no hacía tanto, había estado escribiendo los capítulos finales de su última novela. En realidad, así había comenzado todo. Después de su último éxito, se había comprometido a entregar una novela en un lapso no menor a los tres meses. Pero por más que hacía intentos, no lograba la concentración necesaria para dar con un buen argumento. Se había recluso en una casa en la costa, donde pensaba que las ideas florecerían como había ocurrido hasta ese momento. Pero después de los primeros días en que descansó y durmió horas y horas, nada pasó. El papel en blanco de la máquina de escribir lo ponía nervioso, pero la mente estaba completamente vacía.

Una noche estaba sentado mirando el cielo. La luna estaba en cuarto menguante, rojiza y todavía recién nacida. Las estrellas brillaban como solo lo hacen en la costa cuando el cielo no refleja las luces de la ciudad. La radio transmitía una suave música, y Moss pensaba en su vida. Se sentía deprimido sin saber la razón, pero lo atribuyó al cansancio y a la falta de ideas. No le preocupaba no entregar el manuscrito a tiempo, sino que realmente se le estaba haciendo difícil escribir. De pronto la música cesó y una voz comenzó a dar las noticias de último momento. La guerra había estallado. Todos los intentos de negociación y de llegar a un acuerdo habían sido en vano. Los distintos grupos y facciones habían iniciado el fuego unas horas antes y la situación era más que delicada. Se esperaba lo peor.

Ahí estaba otra vez. La Humanidad se empeñaba en luchar y destruirse. Detestaba la guerra, no sólo por el daño que ocasionaba, sino porque invariablemente se sentía invadido por el terror y la incertidumbre. Literalmente, enloquecía del pavor y no sabía adónde huir. Todavía recordaba las sirenas previas a los bombardeos, las casas destruidas, las calles intransitables, los francotiradores apostados a ambos lados de la avenida, disparando a hombres, mujeres y niños. El miedo de las personas. Los gritos. El humo. Y el ruido de los helicópteros rasantes y de los edificios que volaban en los aires. De modo que prestó atención a la transmisión. Cuando finalizó, la depresión que había comenzado en el atardecer lo devoró por completo. Deseó que algo se le ocurriera. En momentos como este, siempre había recurrido a la escritura para aliviarse.

La tristeza que sentía, la sensación de derrota y de destino inevitable, se vinculaba a su pasado. Sus padres habían muerto durante un bombardeo siendo él todavía un niño, y casi no tenía recuerdos de ellos. Había crecido, primero, en un refugio extranjero, y cuando se firmó el armisticio y se llegó a un tratado de paz, fue enviado de vuelta a su ciudad donde carecía de familia. Un ex socio de su madre lo había recogido, lo había alimentado y educado lo mejor que pudo. Pero dos años más tarde nuevamente estallaron los conflictos en la frontera, y quien se había ocupado de él fue llamado al frente del cual no regresó. Para ese momento, Moss ya tenía unos 18 años y había conseguido un trabajo, de modo que pudo mantenerse. De todas formas sintió una enorme pena cuando lo acompañó a la estación de tren y lo despidió. Estaba convencido de que no volvería a verlo, y una vez que lo vio desaparecer en el vagón oscuro, de hierro blindado, hizo todo lo posible por no volver a pensar en él.

Y después se convirtió en escritor.

Mientras intentaba recuperar la calma y tomar una decisión, las ideas comenzaron a fluir y a cobrar forma. Balanceaba una pierna mientras se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Las imágenes de la guerra y las fantasías relacionadas con ella se mezclaban, pero no quiso ni separarlas ni apurarlas, y dejó que vagaran cuanto quisieran, aun cuando parecían inconexas o absurdas. Volvió a sentir el mismo placer de antes, cuando se disponía a escribir y las palabras surgían con vida propia, y reconoció el conocido dejo de ansiedad. Pese a lo extraño de la situación —ya nada sería como antes, el orden había sido alterado, ni siquiera se sabía si había noción de futuro—, no quería que la corriente se interrumpiera por nada del mundo. Pero lo que estaba imaginando, se dio cuenta de pronto, no era el argumento para su nueva novela, era algo mucho más grande, más ambicioso. No quería volver a revivir la situación de inseguridad y de terror de una guerra, en la que sabía que sucumbiría como la mayoría, por más que en este rincón del mundo pudiera sentirse, durante un tiempo, más protegido que en una ciudad superpoblada. Se iría de allí. Pensó en establecerse en alguna isla, lo suficientemente pequeña e insignificante como para que nadie se sintiera o bien amenazado por ella, o interesado en su situación geográfica en el marco de la contienda. Pero ya no quedaba ningún lugar así. La mayoría de las islas, grandes o chicas, estaba unida a tierra firme por puentes de todo tipo, y las que todavía eran islas, se habían transformado en grandes centros de recreación. Descartó la fantasía que había alimentado desde niño, que era la de vivir en una tienda en un desierto. Los adelantos de la ciencia habían hecho desaparecer las tierras infértiles

y yermas, y las grandes superficies que antaño habían sido hermosas regiones áridas y distantes, hoy estaban tan superpobladas como cualquier otro lugar de la Tierra.

Un murciélago lo rozó y abrió los ojos. Vio el cielo, las estrellas, la luna, y nuevamente el cielo. Parecía un tapiz delicado y distante. Le hubiera gustado poder volar. Tener alas. Ahí estaba la bóveda celeste. Inmensa, amplia, vacía. Ya se sabía que no había vida en otros planetas. Por eso se habían abandonado las investigaciones espaciales y se habían ido cerrando, una a una, todas las bases y los observatorios. Quedaban algunos desperdigados y semi abandonados en las montañas más alejadas, donde vivían algunos científicos románticos y pasados de moda que no perdían las esperanzas de escuchar un mensaje proveniente del espacio exterior. Pero cada vez más, los observatorios iban vaciándose. Las máquinas, los telescopios y todos los instrumentos que alguna vez habían sido el orgullo de los hombres de ciencia, eran desguazados y vendidos a bajo precio. Ni siquiera los museos estaban interesados en ellos; todavía eran demasiado contemporáneos y, además, eran el símbolo de la soledad de la Humanidad. Sí, el ser humano estaba solo en la Tierra. Y eso era insoportable.

Y entonces se dio cuenta. Cómo no había pensado antes en eso. Era muy sencillo conseguir un cohete. No necesitaba demasiados papeles para comprar uno. Además, cualquier universidad, hasta hacía pocos años, había tenido como materia básica el funcionamiento de estos vehículos, y él se recordaba a sí mismo preparando la prueba y aprobándola con facilidad, pese a que había puesto demasiado empeño en ello. La mente le trabajaba a gran velocidad. Se olvidó del argumento de la novela, más interesado en diseñar su propia historia. Se iría, abandonaría la Tierra. En el



espacio todavía había estaciones habitables, olvidadas, por las que ya nadie se preocupaba. La soberbia había sido tan descomunal al montarlas, que estaban abarrotadas de alimentos, material de lectura y cantidades impresionantes de oxígeno, mucho más de lo que cualquier ser humano que viviese en una ciudad podía respirar en toda su vida. Se vio a sí mismo en una estación, solo y en silencio. Penumbra permanente, visión del cielo que tanto amaba, y la certeza de que ya nadie ni nada podía destruirlo ni hacerle sufrir cualquier abandono. Le daría la espalda a todos y a todo. Se iría. A la mañana siguiente, dejó la casa en la playa y regresó a la ciudad.

Había llegado. En diez años, había ido cambiando los planes, y los había adecuado a lo que ocurría a su alrededor. No había creído que demorara tanto en llevarlos a la práctica. Pero la guerra había trastocado sus intentos de conseguir un cohete, y en determinado momento corrió el riesgo de ser acusado de alta traición. Los vehículos subieron súbitamente de precio, ya que la industria necesitaba metal en grandes cantidades y todos los desechos del pasado espacial eran utilizados. Las universidades habían cerrado sus puertas y no había nadie que le renovase la licencia de piloto y mecánico, que era el requisito que le exigían para anotarlos en la lista de espera para comprar un cohete. Mientras duró la guerra —y como siempre agradeció el tener el pulmón lesionado, lo que lo salvaguardaba de tener que servir en el frente— dejó la ciudad y se trasladó a un pueblo cerca de la costa. Allí pasaba los días pensando en el plan y escribiendo. Al tener una idea más concreta de lo que esperaba de su futuro, la imaginación se puso nuevamente en marcha.

Además, escribía breves artículos y reseñas para una revista literaria de la región, y con el tiempo fue convirtiéndose en una personalidad local. Lo visitaban y le consultaban su opinión en torno a la guerra y las perspectivas de cada facción, y cuando por fin retornó una paz endeble y raquítica, con más pérdidas que ganancias, querían saber qué ocurriría en el futuro más próximo. No había variado su forma de opinar con el correr de los años, y se había vuelto más escéptico y taciturno, de modo que la visión que tenía del futuro no era la que los vecinos querían escuchar. Hartos del sufrimiento y de la destrucción, quería que les dijera que esta paz duraría sesenta años, los suficientes como para que todos llegaran a la vejez y esperaran una muerte tranquila. Moss recibía a los vecinos con la misma amabilidad de siempre, hasta que se dio cuenta de que realmente esperaban palabras de aliento para seguir adelante, y entonces decidió dejar de hablar con franqueza. Entonces, los convidaba con un jerez que preparaba él mismo con frutos de su diminuta huerta, conversaba del tiempo y les relataba breves historias, que luego aparecían en la revista. Los vecinos comenzaron a espaciar las visitas y luego dejaron de verlo. Se encontraban en el pueblo, dos o tres veces al mes, cuando iba a entregar las notas y los artículos. El resto del tiempo lo dividía en los planes y en la novela. Estaba contento con ella. Se había dado cuenta de que una vez que había comenzado a diseñar el plan, el argumento había surgido casi sin esfuerzo. A veces no distinguía si lo que pensaba se relacionaba con la novela o con su futuro, hasta que un día dejó de preocuparle la diferencia.

Supo que había llegado el momento de partir el día que estalló la guerra total, que, estimó, sería la última. No

hubo tiempo para noticieros ni cadenas de televisión que transmitieran las explosiones, los tanques arrasando los poblados ni los gemidos de las víctimas sepultadas vivas. Comenzó una madrugada y ya no cesó. Con la novela inconclusa y algunas cosas inútiles que reunió a último momento, se despidió del pueblo y de su refugio de los últimos años, en silencio, casi una plegaria muda, mientras miraba el cielo nocturno. Sabía que había otros que pensaban hacer lo mismo que él, y no le había extrañado ver, unos días antes, varios cohetes que despegaben de las huertas y las praderas. Tal vez algún día se encontraran en una lejana base espacial, o a la deriva entre el polvo de las estrellas y los meteoritos. O tal vez, cada uno diera vida por fin a otro planeta.

Los motores se encendieron sin dificultad, sintió un tirón y se pegó al asiento. Luego cerró los ojos, aspiró fuertemente e inició el viaje. El cambio de colores del cielo lo dejó maravillado. Nunca había imaginado que el azul ofreciera tantas variedades. Cuando atravesó la capa de la atmósfera, se sintió sumergido en una oscuridad viva y penetrante. Le hubiera gustado abandonar la nave y flotar en el espacio, pero sabía el peligro que corría. Se quedó dormido, con una vieja melodía de la infancia en los oídos y el vago recuerdo de un relato triste, que alguna vez le había leído el socio de la madre sobre el planeta rojo.

No supo nunca cuánto duró el viaje. La mayor parte del trayecto dormitaba, y el resto hacía anotaciones. Era difícil tener noción del tiempo en el espacio. Parecía que podría acariciar las estrellas con las manos, y miraba asombrado el planeta que había abandonado, hasta que un buen día no vio otra cosa que oscuridad y puntos brillantes. La Tierra había dejado de existir.

El tablero funcionaba sin problemas, y un día se dio cuenta de que estaba aterrizando. Se ajustó el cinturón y esperó. Las naves hacían todo por sí mismas, de modo que él, en realidad, era tan importante como lo era un chimpancé de laboratorio.

El futuro que lo aguardaba no le quitaba el sueño. Que los científicos dijeran que no había vida en los planetas, no significaba que él no pudiese vivir en alguno de ellos. Tenía oxígeno más que suficiente, y, como cualquier otra persona, la certeza absurda de que era capaz de sobrevivir en cualquier sitio.

Descendió de la nave con la mochila y algunos instrumentos de medición. Quería saber si el aire era medianamente respirable. De ser así, las cosas serían mucho más sencillas. La aguja se movió de un lado al otro, se tranquilizó y luego indicó los porcentajes de gases que componían la atmósfera. Sonrió. Hasta que el organismo se adaptase a la nueva situación, viviría como si hubiera consumido grandes dosis de alguna droga estimulante. La cantidad de oxígeno puro que componía el aire era tal, que no estaba seguro de si los pulmones resistirían el impacto. Pese a todo, se quitó la escafandra. El aire era frío y agradable. Respiró con lentitud y se sintió bien. Si existía oxígeno, era probable que también hubiera otros elementos. Tal vez el agua fuera bebible. Miró a su alrededor. Suaves ondulaciones de arenas doradas y rosadas, dos soles gemelos en el horizonte, una brisa fresca. A lo lejos, una mancha oscura que se le apareció como un monte o un cúmulo de vegetación. Comenzó a caminar, pensando en qué hacer. Si la temperatura se mantenía durante la noche —¿habría noche aquí?— podría permanecer a la intemperie sin problemas, hasta que se construyese un espacio habitable.

Deambuló, corrió y saltó, sintiéndose liberado de una carga pesada. Encontró el cauce seco de un río y lo recorrió hasta que llegó a su origen. Un hilo de agua nacía entre las piedras, rosadas también. Metió las manos allí para refrescarse y se las observó con curiosidad. Habían adquirido tonalidades tornasoladas. Cuando se humedeció el rostro, se percató de que el agua tenía un aroma que le recordaba a algo, sin que lo pudiera identificar.

Pasó varios días explorando el lugar, alejándose del cohete y luego volviendo a él, pero no encontró grandes diferencias en el paisaje, ni había señales de seres vivos, la vegetación era un crisol de distintas especies, y lo que llamaba la atención era que algunas plantas parecían de climas áridos, y otras parecían propias de lagunas y mares de agua dulce. Tal vez, si la vida provenía efectivamente del elemento líquido, se estuviera formando allí, y él sería testigo de ese nacimiento. La idea lo atrajo y pensó que hasta podía servir para un relato.

Unas semanas más tarde había reunido piedras y troncos y había construido una rudimentaria cabaña de la que se sentía orgulloso. La temperatura descendía mínimamente durante la noche. Los soles se ocultaban al mismo tiempo, y no había luna, y eso le seguía pareciendo extraño, porque sentía particular atracción por ella. El cielo mostraba muchas más estrellas que en la Tierra, y compensaba la ausencia de luna. Por fin se familiarizó con algunas constelaciones, regularmente tomaba apuntes y hacía esquemas y croquis, y anotaba lo que pensaba, veía y sentía. A veces hablaba con la voz fuerte, casi gritando, porque el silencio era total. Ni siquiera el río, que había comenzado a crecer en el cauce, sonaba. Y las ramas de los árboles y los arbustos que crecían cerca de la cabaña

se movían en silencio. Era raro ver cómo se movían con el viento, sin hacer el más mínimo sonido. Incluso llegó a pensar que se había quedado sordo, pero tras algunas pruebas, comprobó que estaba sano, y que simplemente había llegado a un planeta profundamente silencioso.

Con el correr de las semanas, comenzó a sentirse extraño, ajeno. Para su asombro, extrañaba la compañía de otras personas. Pese a que escribía sin cesar, su propio discurso no le bastaba, y se dio cuenta de que por más que terminara la novela, no habría nadie para leerla, criticarla o alabarla. Jamás había pensado en eso antes, y se alarmó. Para colmo, había agotado la lectura y le sobraba el tiempo libre. Había recolectado semillas de las plantas y arbustos y había organizado un diminuto jardín, que floreció rápidamente, y que regaba a diario. Un atardecer en que se sentía particularmente melancólico y cansado, lleno de dudas sobre si esto era la eternidad o un castigo, se dio cuenta de que no se había preguntado si en alguna parte habría un mar, una costa, un horizonte despejado. Eso le levantó el ánimo, y la idea de ver un mar rompiendo en arenas finas le devolvió el talante.

A la mañana siguiente, abandonó la cabaña con el bastón en una mano y la libreta de anotaciones en la otra. En el bolsillo llevaba una brújula, por si se perdía. Hasta el momento no le había ocurrido, pero no sabía cuánto caminaría. Si lo pescaba la noche en el trayecto hacia el mar, había decidido no regresar y esperar a que amaneciera. Encontrar la costa se había convertido en lo más importante de todo.

Caminó durante varias horas, en dirección al Norte. El terreno seguía siendo ondulado y con el mismo aroma y color que el que conocía. La vegetación también era similar.

Algunas plantas tenían frutos en las ramas y se acercó y tomó uno. El perfume era agradable y estaba recubierto por una piel ligeramente áspera. Lo mordió. Al llegar al planeta, había decidido que no sentiría miedo ante nada. Era un sobreviviente. Si el fruto le producía la muerte, es que por algún motivo se la merecía; era el riesgo de saber. El sabor no era ni dulce ni amargo, pero de inmediato se sintió ahíto. Así que tomó otros y los metió en el bolsillo.

Por fin se hizo de noche. Los soles inundaron por última vez el cielo con sus rayos multicolores, y se hundieron rápidamente tras las elevaciones verticales de roca y arena. Buscó un lugar donde descansar y se recostó. Miró el cielo, una vez más, y se sintió sosegado y en paz. Cuando estaba a punto de quedarse dormido, lo escuchó. Al principio no reconoció el sonido, tan acostumbrado al silencio estaba. Pero las olas iban y venían con una delicada cadencia y rompían en la costa. Sí, lo que resonaba era el mar. Había llegado, había encontrado la costa. Se levantó de un salto, excitado, y subió las rocas que hasta ese momento había usado de cubierto. El aire rebosaba olor a sal y a océano. Respiró varias veces profundamente. Estiró los brazos y las piernas, y después corrió. Corrió bajando la ladera que descendía varios metros, y los pies se hundieron en la arena húmeda. Se detuvo y se quitó el pantalón y lo dejó abandonado. Luego prosiguió la carrera y por fin entró al agua. La espuma le rozó la piel y se erizó. Hacía mucho tiempo que había dejado de ir a la costa. Y ahora estaba allí, en ese planeta silencioso, que tenía un océano. Confiado, se adentró en el mar. Nadó y jugó como si fuera un niño. La oscuridad le impedía tener noción de las dimensiones de la playa, pero todo parecía muy grande. Cuando se cansó y le dolieron los músculos, salió y se recostó en la arena

húmeda, de cara al horizonte, apoyado en los codos. El corazón le latía con fuerza, y por primera vez en muchísimo tiempo, se sintió enteramente vivo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto extrañaba el mar.

De pronto, una luminosidad comenzó a surgir de la espuma, y se fue transformando en luces de color plata. Súbitamente, el mar se aquietó por completo y las olas desaparecieron y se hizo el silencio conocido. En el horizonte, surgió una vela gigantesca, que parecía el ala de una libélula. Se desplazaba sobre la superficie del agua como si siguiera un canal de entrada a la costa. Mantenía una velocidad constante, pero se movía como si rozara la superficie y no como si estuviera sumergida en el mar. No sintió temor. Era tan hermosa esa vela desplegada y tensa pese a que no había viento, y tan transparente, que quien fuera que la comandaba no podía ser hostil. Esperó conteniendo el aliento y deseó que la nave llegara a la costa. Pero la vela no se acercó. Quedó inmóvil a pocos kilómetros de la orilla, y sintió que lo estaba observando a la distancia. Luego, la vela-ala se plegó en distintas formas, hasta que fue sólo un mástil que se hamacaba hacia un lado y hacia el otro. Moss se puso de pie y comenzó a mover los brazos y dando gritos, confiando en que lo escucharían desde allí. Había seres vivos, no cabía la menor duda. Después se sentó y esperó. La nave se mantuvo en su posición, y Moss habría jurado que escuchó un susurro en la brisa de la noche. Como un arrullo.

Un rayo de luz intensa lo despertó a la mañana siguiente. La piel estaba cubierta de sal. Se lamió una mano y miró el mar, la arena y el horizonte. La playa era tan grande, que parecía no terminar en ninguna parte. Se restregó los ojos. No había rastros de la vela, del mástil, de la nave que había



visto la noche anterior. Caminó confundido hasta la orilla y se refrescó la cara y el cuello. Tal vez lo había imaginado todo, lo había soñado.

Entonces descubrió las huellas. Alrededor de donde había dormido se veían pequeñas marcas, como de pies diminutos, que iban y venían hasta la orilla. Un poco más allá también las vio. El sueño le había impedido ver lo que tanto había ansiado en el último tiempo. Caminó y caminó, y las huellas se multiplicaban en todas las direcciones. Por fin decidió dar la vuelta y retornar a la cabaña. Le habría gustado entrar en contacto con los seres de la embarcación de ala de libélula.

La novela fue un éxito rotundo, la más vendida del año. Moss se convirtió en una celebridad y no tenía ni un momento de reposo. Algún crítico opinó que el título El ala de la libélula era un lugar común, una metáfora barata, pero no se molestó por eso. Algún periodista le preguntó cómo había llegado a esa línea argumental, una especie de nuevo Robinson Crusoe desencantado y enteramente solo. ¿Acaso era una advertencia a las generaciones futuras? Le ofrecieron hacer un film con la novela, pero se negó. Del viaje jamás dijo nada. La guerra había terminado y volvió a la ciudad.

De noche, sin embargo, cuando todo era envuelto por el silencio, salía a la terraza desde la que se veía el hilo de la costa, y permanecía despierto hasta el amanecer, confiando en que vería la vela de ala de libélula desplegada, flotando en su dirección, para partir con ella y, entonces sí, no regresar jamás. (★)

# Orden del libro

**Cefalomorfos**  
(Luis Carlos Barragán)  
5

**E6664**  
(Leandro Caraballo)  
17

**Suzdal reivindicado**  
(Tarik Carson)  
39

**La penumbra**  
(Arwen Cruz)  
55

**Las tres clones japonesas**  
(Marcelo Damonte)  
61

**Cuando crezcan de nuevo las flores**  
(Carlos María Federici)  
75

**Los olvidados**  
**(Magela García Cabrera)**  
85

**El rebaño de Taurón**  
**(Juan García Peyrallo)**  
101

**Jauría**  
**(Maielis González)**  
113

**La buena muerte**  
**(Alejandro Kapeniak)**  
127

**Una hormiga en tu zapato**  
**(Álvaro Pandiani)**  
135

**Las alas de la libélula**  
**(Ana Solari)**  
153

MIG 21 EDITORA

**Contaminación Futura vol.1**

(Carsen, Cohen, Dobrinin, González,  
Mainero, Molinari, Ponce,  
Rumel, Salas, Sanchiz)



**Contaminación Futura vol.2**

(Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez,  
Mira de Echeverría, Pons, Pandiani,  
Rodríguez Pappe, Silva Olazábal)



**El bosque que crece  
por las noches**

(Pablo Dobrinin)



**Contaminación Futura vol.3**

(Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares  
Caraballo, Damián Miravete, Figueras,  
Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga)



**Trashpunk**

(Ramiro Sanchiz)



**Contaminación Futura vol.4**

(Arismendi, Candal, Chimal,  
Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña,  
Raggio Miranda, Rossello, Santurde)



**Contaminación Futura vol.5**

(Alonso, Álvarez, Brenda,  
Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo  
Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz)

## **Jauría**

(Maielis González)



## **Contaminación Futura vol.6**

(Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland,  
Jurado, Piaggio, Rehermann,  
Rivero, Santullo, Sierra)



## **Lo mejor de Ruido Blanco**

(Bonanata, Botta, Carbajal, Cebrián,  
Dobrinin, Marchesky, Molinari, Morales,  
Peña, Pons, Rossello, Sanchiz)



## **Contaminación Futura vol.7**

(Barceló, Botta, Caraballo,  
Dobrinin, Frick, González, Loza,  
Raggio, Velázquez, Yoss)



## **Playlist**

(Néstor Darío Figueiras)



## **Contaminación Futura vol.8**

(Aboaf, Bonanata, Cohen, Damonte  
Marchesky, Paz Soldán, Ponce,  
Pozzolo, Sanchiz, Vera)



## **Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2**

(Barragán, Caraballo, Carson, Cruz, Damonte,  
Federici, García Cabrera, García Peyrallo,  
González, Kapeniak, Pandiani, Solari)

# HYPERPULP

## **1. El pornógrafo**

(Hank T. Cohen)



## **2.Ñachi**

(Ignacio Frtiz)



## **3. Un hoyo en el cielo**

(Pablo Dobrinin)



## **4. Rockabilly**

(Mike Wilson)



## **5. Nadie recuerda Mlejnas**

(Ramiro Sanchiz)



## **6. La gloria de vladimir**

(H.K. Siborski)



# LO MEJOR DE RUIDO BLANCO VOL. 2

**Cefalomorfos**

Luis Carlos **BARRAGÁN**

**E6664**

Leandro **CARABALLO**

**Suzdal reivindicado**

Tarik **CARSON**

**La penumbra**

Arwen **CRUZ**

**Las tres clones japonesas**

Marcelo **DAMONTE**

**Cuando crezcan de nuevo las flores**

Carlos María **FEDERICI**

**Los olvidados**

Magela **GARCÍA CABRERA**

**El rebaño de Taurón**

Juan **GARCÍA PEYRALLO**

**Jauría**

Maielis **GONZÁLEZ**

**La buena muerte**

Alejandro **KAPENIAK**

**Una hormiga en tu zapato**

Álvaro **PANDIANI**

**Las alas de la libélula**

**ANA SOLARI**